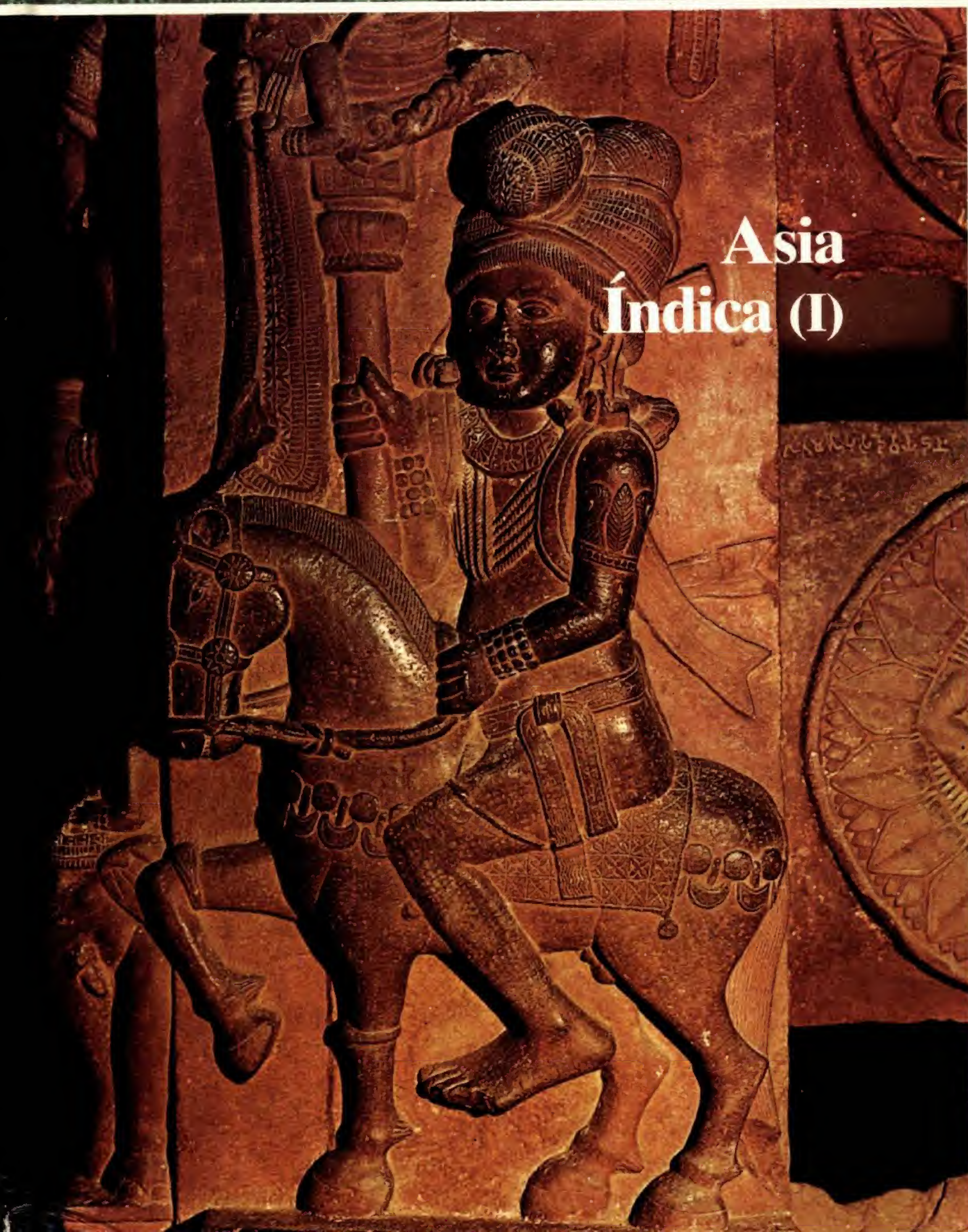


ORIGENES DEL HOMBRE

Asia
Índica (I)

49

folio



EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

Asia
Índica (I)

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé

Autor: Philip Rawson

Asesores: John Boardman, Basil Gray, David Oates,
Courtlandt Camby

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology, London)

Título original:

Indian Asia

Traducción:

Domingo Santos

Coordinación técnica: Pilar Mora

Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:

Ediciones Folio, S. A.

Muntaner, 371-373

08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved

© Ediciones Folio, S.A., (13-4-1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)

84-7583-993-2 (volumen I)

Impresión:

Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B-10694-94

Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN I

Introducción	7
Tabla cronológica.....	8
Capítulo primero: La India y su cultura	9
La danza como ritual hindú.....	27
Capítulo segundo: Conocimiento occidental del Asia Índica	33
La excavación de Taxila.....	55
Capítulo tercero: El desarrollo de la civilización india.....	63



Introducción

La civilización india, entre aproximadamente el 500 a.C. y el 1200 d.C., fue quizá la más gloriosa e influyente que haya visto nunca el mundo. Sorprendentemente, los logros indios todavía no han sido reconocidos como corresponde; puede que en cierta medida los actuales problemas de la India los oscurezcan. Pero ya no existe ninguna razón por la que el mundo occidental deba seguir ciego a la importancia especial y el valor de la contribución de la India a la historia y la cultura del mundo.

El subcontinente indio, que incluye además los modernos Pakistán y Bangladesh, tiene aproximadamente el tamaño de Europa. Puede que los occidentales lo encuentren difícil de creer, pero de hecho su cultura, literaria y artística, ha producido más obras de arte e intelectuales importantes que toda la tradición europea; y eso pese al extraordinariamente destructivo clima tropical que ha consumido incontables cantidades de esculturas, pinturas y manuscritos. Si se tiene en cuenta todo el arte y la cultura del sudeste asiático indianizado, la riqueza de la civilización integrada aparece tan enorme que supera el alcance de la imaginación.

El potencial creativo de la cultura india se dejó sentir mucho más allá incluso de las fronteras de los reinos indianizados del sudeste de Asia. Los logros culturales de los fértiles conceptos indios se asentaron en China, Japón, Tibet, Asia interior y el mundo mediterráneo. Su genuina influencia en occidente todavía está creciendo. Ya no puede haber ninguna duda de que tanto el islamismo como el cristianismo deben los cimientos de sus logros tanto místicos como científicos a las iniciativas indias. También es sorprendente que los historiadores occidentales, cuando hablan de Asia, dejen de lado casi por completo la tradición india del comercio marítimo, ya establecido más de un milenio antes de que los árabes subieran al escenario de la historia, y que prosiguiera a lo largo de toda la Edad Media. Los aventureros comerciantes indios estaban ya explorando las costas de Asia y desarrollando un comercio internacional a lo largo de miles de kilómetros de mar en grandes barcos de carga y pasajeros mientras los romanos todavía desarrollaban el Mediterráneo.

Lo que sabemos de la cultura material del Asia índica es poco en relación con lo que en su tiempo existió. Pero ciertamente una enorme cantidad aguarda todavía a ser desenterrada, y la arqueología, en este sentido, apenas ha empezado. Es posible que aún queden por hacer descubrimientos extraordinarios. Sabemos, por ejemplo, que en algún lugar contiguo a la región de Kabul, en el moderno Afganistán, existió en el siglo IV d.C. una escultura reclinada del Buda agonizante de 300 metros de largo, tallada en la cara de un risco. Ya no es visible. Es inconcebible que haya sido destrui-

da. Probablemente todavía se halle tendida en su posición, enterrada quizá bajo un alud de rocas.

Definir el carácter de toda una civilización que se extendió al menos durante dos mil años y a lo largo de muchos miles de kilómetros es una tarea abrumadora. Pero para el Asia índica existe una clara raíz unificadora. Se trata de un complejo de antiguas ideas simbólicas que fue fijado y condensado en dos cuerpos de texto considerados como sagrados, y así conservados sin cambios a lo largo de más de dos milenios y medio. El primero son los Vedas hindúes, una colección de antiguos himnos con su literatura sánscrita asociada y su famoso apéndice llamado los *Upanishad*. El segundo es la literatura del budismo. Ciertamente, en sus formas modernas dispersas por toda esta vasta área del mundo, las distintas expresiones de las ideas hindúes y budistas pueden parecer absolutamente distintas unas de otras, cada cual íntimamente entretejida en el entramado de su sociedad específica. Pero a través de las artes visuales se hace muy evidente su intrínseca unidad como ramas surgidas de una misma raíz.

Esta raíz se extendió a partir de la India para penetrar profundamente en el suelo de las distintas regiones de Asia, con sus enormemente variadas poblaciones y sus totalmente distintos entornos físicos. El budismo en particular se naturalizó en las heladas extensiones de Mongolia entre una población de nómadas criadores de caballos que vivían en tiendas, en el cultivado corazón de China, y entre los bosques tropicales de las vastas llanuras fluviales del sudeste de Asia. El hinduismo se estableció durante distintas extensiones de tiempo en las llanuras de Indochina y en las islas volcánicas del sudeste; allí, en Bali, todavía florece.

El arte que sobrevive para atestiguar la grandeza de la cultura del Asia índica representa una manifestación totalmente única del espíritu creativo humano. Ha necesitado muchas décadas para conseguir el reconocimiento adecuado en Occidente; este proceso será cartografiado en este libro. Afortunadamente, entre los monumentos supervivientes hay muchos que han sido rescatados de la presa de entornos muy hostiles —desiertos rocosos o junglas tropicales— y restaurados a sorprendentemente buenas condiciones; su escultura y sus ornamentos, si no su pintura superficial, pueden estar relativamente bien conservados, y proporcionan una buena idea de su magnificencia original. La forma en que todavía son usados algunos monumentos puede proporcionar claves vitales sobre el significado y uso de obras antiguas comparables hoy abandonadas. Pero cuando las circunstancias políticas y financieras lo permitan finalmente, podemos esperar un considerable incremento en nuestra comprensión y apreciación de la espléndida civilización que fue el Asia índica.



Tabla cronológica

	NORTE DE LA INDIA	SUR DE LA INDIA	MALASIA Y BIRMANIA	TAILANDIA	INDOCHINA	INDONESIA
a.C.	c. 2000 Los arios entran en la India c. 1300 Los arios se establecen en el Punjab c. 900 Completada la compilación de los Veda c. 800 Sabio Kapila c. 600 Cristalizan los <i>Upanishad</i> c. 527 Muerte de Mahavira c. 489 Muerte del Buda c. 450 Fundación de Pataliputra 327 Alejandro entra en la India 323 Muerte de Alejandro Reinos griegos del noroeste 321 Fundación de la dinastía mauryana 272-232 Stupas Asoka Maurya	Neolítico	Neolítico	Cultura costera de la Edad de Bronce con base neolítica	Cultura costera de la Edad de Bronce con base neolítica	Cultura costera de la Edad de Bronce con base neolítica
100	c. 200 Inicio del <i>Kamasutra</i> 187-75 Shunga en Magadha c. 120 Eudoxo navega directamente a la India 75-30 Dinastía Kanva Shaka en Ujjain Se escriben textos budistas Florece el comercio con Occidente	Colonización de Ceilán	Estaciones comerciales indias			
d.C.	Los kushanos controlan el noroeste Florece la escultura Mathura Gran rey kushano Kanishka		Centros budistas	Centros budistas	Reino de Funan fundado por un brahmán junto al río Mekong	75 Príncipe Shaka coloniza Java Centros budistas
100	c. 120 Los kushanos abren la ruta por tierra al Mediterráneo Budismo en China Florece el arte gandharano	Shatavahana patrocina los grandes stupas del sudeste			192 Primer fundación real en Champa	
200		Segunda oleada de tallado de cuevas en los Ghates occidentales Apogeo del arte Shatavahana en el sudeste	Arte budista en Malasia		Mi Son, capital cham en el norte	
300	Ascensión de la dinastía Gupta Se inicia la creación del arte de los templos hindúes Compuesto el <i>Natyashastra</i>	Importantes pinturas en Ajanta	Bronces budistas	Bronces budistas	Arte budista en Funan	
400	c. 440 Gran dramaturgo Kalidasa Gran matemático Aryabhatta	c. 360 Pallava (hindú) toma el control del sudeste	c. 470 Gran ciudad pyu en Prome, en Birmania		Fundada Chen-la	
500		Gran serie de templos chalukyanos en Aivalli y luego Badami (s.viii)	Florecimiento de reinos en Malasia		Elaboración de importantes iconos 616 Fundado reino khmer	
600	606-47 Rey Harsha de Kanauj Declive del budismo Gran era de edificación de templos hindúes	Últimas pinturas en Ajanta Empieza la arquitectura Pallava en el sudeste	Reinos mon en el sur de Birmania y Tailandia		Ascensión del hinduismo	
700	Primeros templos orissanos Ascensión de la dinastía Pala en el nordeste, patronizando el budismo vajrayana, que florece en el Tibet	Mamallapuram	Gran reino pyu de Birmania Gran reino de Malasia		Los cham oprimen a los khmer Declive de Chen-la	La escritura pallava adoptada en Java central Prominencia de la dinastía Shailendra de Java central Templos hindúes Construcción de Borobudur Lara Jonggrang, Prambanam
800	Ascensión de Chandella e inicio de Khajuraho	Chalukya controla el oeste, edifica mucho arte Templo cueva de Elephanta Tallado de los santuarios en roca de Ellora Shankaracharya, mayor filósofo hindú Los Chola vencen a los Pallava en el sudeste, también a los shaivas Los Chola construyen enormes templos, vaciados de bronce	Bodhisattva de bronce de Chaiya	Los khmer gobiernan el sur de Tailandia	Recuperación de los khmer	
900	Las principales dinastías septentrionales y occidentales construyen santuarios hindúes	1005 Rey de Shrivijaya dedica un templo en el dominio de Chola	1056 Decreto del rey Anawratha en Birmania		c. 880 Fundación de Angkor Construcción de Bakong	927 Ascensión del reino del este de Java, construcción y escultura
1000	IncurSIONES del Islam Templo Rajarani, Orissa Templo Lingaraja, Orissa Ascensión de Sena (hindú) en el nordeste, compitiendo con Pala				961 Pre Rup, Angkor Retirada cham al sur	
1100	Templos de Jagannatha, Puri, Orissa Conquista gradual del norte por el Islam 1196 Extinción de Pala, fin del budismo en la India c. 1230 Templo Konarak, Orissa	Ascensión de Hoyshalasin Mysore Eclipse de Chalukya en el oeste	Se inicia Pagan, mucha construcción		Baphuon, Angkor	
1200					Angkor Wat 1177 Angkor saqueada por los cham 1181 Los cham derrotados 1215 Completadas Angkor Thom y Bayon Santuarios cham en Binh Dinh	
1300			1287 Pagan saqueada por los mongoles La obra budista continúa en Mandalay, Rangún	Los raciales thai ocupan todo el país		
1400		1386 Eclipse de Hoyshal				1268 Chandi javanesa oriental Jago Infiltración del Islam



Capítulo primero: La India y su cultura



El territorio de la India. La India es un subcontinente de más de 3.000 kilómetros de norte a sur. Pero geográficamente es una unidad, aislada tan efectivamente por sus rasgos geográficos naturales de la masa de tierra de Asia como del mar por sus costas. En el norte, en la gran cadena montañosa de 2.500 kilómetros de largo del Himalaya («el lugar de descanso de las nieves»), sólo unos pocos pasos, altos y difíciles, dan acceso a la meseta del Tibet. A lo largo de las montañas del sur del Himalaya hay una franja de alto, empinado y boscoso terreno habitado todavía por resistentes pueblos de la montaña como los gurkhas y los sherpas. Al nordeste, densas junglas tropicales se extienden ininterrumpidamente a lo largo de centenares de kilómetros hacia el interior de China y Birmania, cubriendo innumerables crestas y escarpadas gargantas; han sido infranqueables durante toda su historia. Esta jungla estaba habitada por resistentes poblaciones

tribales, de entre las cuales los principales supervivientes son los nagas, con su propia cultura y afinidades con los grupos étnicos de los habitantes de las montañas del suroeste de China y Birmania, pero virtualmente sin ningún contacto hasta muy recientemente con el resto de la India. En el oeste, el territorio que ahora es la árida altiplanicie montañosa de Baluchistán, más allá del valle del Indo, ha sido, si no infranqueable, ciertamente inhóspito. Invasores y fugitivos se han abierto camino a y desde el sudeste de Irán. Los pasos de Bolan, cerca de Quetta, han visto un gotear de comercio. Pero la esquina noroeste del subcontinente, ahora compartida entre Afganistán y Pakistán, ha sido de importancia cardinal. Porque, a través del corredor que avanza a lo largo del valle del río Kabul sobre el paso de Khyber y desciende hacia la cuenca del Indo con sus tributarios, ha fluido un inmenso volumen de comercio indio. Pueblos y ejércitos invasores han penetra-

Página anterior: Músicos itinerantes en las montañas Karakoram, cerca de Gilgit. El paisaje tipifica el terreno septentrional que aísla la India del Asia central.

Izquierda: Paisaje cerca del paso de Bolan, en el moderno Pakistán, un reseco valle fluvial típico del terreno occidental que los monzones han abandonado.

Página opuesta: Mapa de la India y del sudeste asiático, que muestra los principales puntos de difusión de la cultura india.

Abajo: Bañistas en el río sagrado Ganges; para todos los hindúes, este gran río es una diosa cuyas aguas lavarán todos sus pecados.



recorre más de 1.500 kilómetros más o menos de oeste a este, y que tiene entre 150 y casi 500 kilómetros de ancho, ha sido el corazón económico y político del subcontinente, alimentada por las aguas de muchos ríos menores. En especial su tramo medio en la zona de Bihar, llamada en tiempos antiguos Magadha, ha alimentado los más grandes imperios del norte de la India. Las bocas de su delta, que se abren en la bahía de Bengala, son alimentadas también por el Brahmaputra, que llega hasta allí procedente de una virtualmente impenetrable barrera de colinas recubiertas por la jungla al nordeste. Él también nace lejos, en el norte del Himalaya.

Entre unos 150 y 500 kilómetros al sur del Ganges se

Un bote sobre una laguna en Kerala. Este paisaje, con todos sus cocoteros, es típico del extremo sur del Decán, donde se hablan los lenguajes dravídicos.



extienden de este a oeste una irregular serie de cadenas montañosas, que terminan en el oeste en las montañas Vindhya. Éstas, aunque no altas, fueron pese a todo una barrera, atravesada por una brecha importante que discurría entre los valles de los ríos Son y Narmada. Las principales arterias del comercio y de la conquista pasaron o por esta brecha desde la llanura del Ganges superior hasta el Decán noroccidental, o alrededor del extremo occidental de las Vindhya. La región costera occidental alrededor y al sur de la boca del Narmada fue, en especial durante los siglos inmediatamente antes y después del inicio de la era cristiana, una importante región comercial, con puertos y ciudades que alimentaban el comercio occidental hasta el Punjab y el valle del Ganges.

Paralelamente a y cerca de la costa occidental del Decán se extiende una cordillera de altas montañas, rotas por gargantas, llamadas los Ghates occidentales. Sus mesas de empinados costados han proporcionado desde hace mucho tiempo poderosas fortalezas. Los puertos a lo largo de la costa tienden a estar directamente relacionados con rutas que avanzan hacia el interior de los Ghates, cruzando la meseta que desciende hacia el este. Pero con mucho la más importante de estas rutas fue la que avanzaba junto al valle del río Tapti, cuya desembocadura se halla cerca del Narmada, pero cuyo curso abre un paso hacia el sudeste. Se relaciona con el valle del Godavari, el más importante de los ríos del Decán, que se desvía hacia el sudeste, atravesando una mucho menos significativa cadena de montañas llamadas los Ghates orientales. Al norte del delta del Godavari, en la bahía de Bengala, se halla el estado de Orissa. Pero toda la región al norte del valle principal del Godavari y al sur del extremo oriental de la principal barrera montañosa este-oeste en la parte meridional de la llanura del Ganges fue siempre un terreno difícil y peligroso. Incluso a lo largo de la costa este había relativamente poco contacto entre el sur de Bengala, con las desembocaduras adyacentes del río Mahanadi, y el delta del Godavari.

Al sur de ese delta se extiende a lo largo de unos 1.300 kilómetros la larga llanura costera tropical del sudeste de la India, una tierra de palmeras habitada principalmente por una población de habla tamil, étnicamente distinta de los pueblos del norte. Desarrollaron sus propios grandes reinos dinásticos sobre la base económica de esa fértil llanura, regada principalmente por los ríos que fluyen hacia el este, notablemente el Krishna. En el punto más meridional del triángulo del Decán, otra dorsal de montañas se ve rota por la garganta de Coimbatore, que ha proporcionado desde al menos el siglo I a.C. una forma fácil para las mercancías de cruzar de costa a costa, evitando el viaje marítimo alrededor de Ceilán o a través del poco profundo estrecho entre Ceilán y la costa india.

Comercio y comunicaciones. El mar y los ríos han proporcionado las principales arterias para el transporte de mercancías desde una parte de la India a otra. Las carreteras, que arrancaban del armazón principal acabado de describir, proporcionaban otra. La gran ventaja del transporte por agua era el hecho de ser relativamente gratuito, aunque peligroso. El transporte por tierra era a menudo mucho más peligroso todavía, con el riesgo de guerras y disturbios civiles; y los reinos que podían controlar las carreteras también podían enriquecerse con peajes. Muchas de las guerras y movimientos dinásticos en la historia de la India tuvieron lugar con el fin de capturar y controlar el comercio. El desarrollo del comercio marítimo con occidente tuvo lugar desde los tres últimos siglos a.C. En los días de la civilización del valle del Indo ya existía un comercio regular con el golfo de Arabia. En Lothal (distrito de Ahmadabad), se ha descubierto y excavado un puerto de escasas mareas y un refugio para barcos grandes. Sin duda siguió existiendo algún comercio costero hasta que se inició el comercio regular entre los estados coloniales del este del imperio romano y la zona alrededor de la desembocadura del Indo. Según fuentes clásicas, un navegante, Eudoxo, fue el primero en efectuar el viaje directo desde Egipto hasta la India el año 120 a.C. La primitiva prosperidad de la ciudad de Mathura (siglo II a.C.-V d.C.) estuvo probablemente conectada con el tráfico que ascendía por el Indo desde, entre otros lugares, el Egipto ptolemaico y romano. Los motivos artísticos egipcios y romano-egipcios fueron ciertamente asimilados aquí, aunque la influencia se vio reforzada por un comercio más directo por tierra en el siglo II d.C. Fue del comercio costero del que se beneficiaron los puertos de la costa oeste alrededor de la desembocadura del Narmada.

Se ha excavado un importante yacimiento en la costa sudeste de la India, en las llanuras del Tami, llamado Arikamedu. Fue un puerto al lado de una laguna, y puede datarse de cerca del inicio de la era cristiana. Produjo cerámica romana y artículos para comercio de aproximadamente esta fecha. Su existencia encaja muy bien con las proezas de un legendario marino griego, Hipalos, del que se dice en el siglo V d.C. que descubrió la habilidad de navegar con los monzones directamente del golfo de Adén a través del mar Arábigo, para desembarcar muy al sur de la costa de Malabar. Arikamedu pudo entonces servir como almacén de depósito para las mercancías llevadas alrededor de la costa de la península o por tierra vía la garganta de Coimbatore. Luego podían pasar al valle del Ganges por el delta, en el cual había una gran y antigua ciudad portuaria llamada Tamralipti.

El desarrollo de los reinos indianizados a lo largo de las costas del sudeste de Asia fue una función directa del es-



Arriba: Relieve tallado en piedra de Borobudur, Java, c. 800 d.C., que ilustra el tipo de bote con mástil en trípode y recio flotador lateral que efectuaba el comercio entre las islas.

Abajo: Paneles inferiores de una piedra conmemorativa del siglo IX en Eksar, al sur de la India, que ilustra barcos con bancadas de remos que debieron de efectuar el comercio indio con el resto de Asia.



tablecimiento de modelos regulares de navegación a vela alrededor de las costas, así como de los enlaces por carretera por tierra firme. Puede haber pocas dudas de que los indios y sus contrapartidas del sudeste asiático fueron unos grandes marineros. Tenemos una o dos representaciones de importantes barcos de vela y bancadas de remos de entre los siglos VII y XII d.C. (por ejemplo las pinturas en Ajanta; una piedra conmemorativa en Eksar, India occidental, siglo IX; y relieves en Borbudur, Java, *c.* del 800, que muestran barcos con flotadores laterales). Lee-mos en fuentes literarias acerca de barcos que podían llevar además de carga hasta 200 pasajeros.

Nuestro conocimiento de la distribución de los puertos indios y sus pequeños reinos asociados en el sudeste asiático dista mucho de ser completo. Pero queda claro que todos estaban en función de la coincidencia entre las rutas marítimas prácticas y las áreas disponibles de terreno fértil relativamente hospitalario. Al sur, las rutas que pasaban a

Estanque o depósito cerca de Madrás, en el sur de la India. Estos depósitos retienen el agua de los monzones para utilizarla durante la estación seca, y la fertilidad de buena parte de la India depende de ellos.

través del estrecho de Malaca generaron reinos al sur de Sumatra (Palembang) hasta Java, y en Borneo, las Célebes y las Filipinas. Al norte, la principal ruta comercial cruzaba probablemente el cuello de la península de Malaca en el istmo de Kra, donde floreció un reino de distribución llamado Suvarnabhumi («tierra de oro»). Las rutas marítimas alcanzaron desde allí partes de la costa sur de Tailandia, donde se fundó el reino oriental de Mon, e Indochina, donde florecieron Funan, Chen-la y los reinos de los khmer y los cham. Los productos del primitivo comercio marítimo en Indochina que se han excavado hasta ahora incluyen objetos ptolemaicos, romanos y sasánidas. La conexión marítima estaba fortificada por al menos una importante ruta terrestre que corría entre la parte inferior de Birmania y la llanura de Thai. Los estacionales monzones hacían posible viajar a vela con vientos predecibles en ambas direcciones a través de la bahía de Bengala entre la costa sudeste de la India y Malasia y el estrecho de Malaca.

Clima. Los monzones son el rasgo climático dominante de toda esta región tropical. La India confía particular-





Mapa que ilustra la distribución de los lenguajes en la India; en el norte están los lenguajes basados en el sánscrito, en el extremo sur los lenguajes del grupo dravídico.

mente para su fertilidad en el monzón del sudoeste, que sopla desde junio durante unos tres meses. El resto del año es seco, excepto en unas pocas zonas muy al sur. Este viento sopla como consecuencia de que la atmósfera inferior sobre la masa continental asiática se calienta durante el verano y asciende. El aire húmedo fluye entonces a través del océano Índico para ocupar su lugar, y cuando alcanza las montañas costeras —los Ghates occidentales— y se aproxima luego al Himalaya, deposita lluvias torrenciales sobre el suelo. La meseta del Decán, que se halla «a la sombra de la lluvia» de los Ghates, resulta relativamente poco beneficiada por el agua. Las llanuras del sur del Himalaya reciben la mayor parte de la lluvia. Las nubes monzónicas, a medida que avanzan y se acumulan sobre un terreno cuarteado por meses de sofocante calor, son recibidas por la gente con alivio, esperanza y placer. Las semillas germinan, los árboles florecen y la tierra cambia casi de la noche a la mañana de parda a verde. Buena parte de la poesía india celebra las primeras tormentas y el desatar de las lluvias, como heraldos y metáforas de las delicias del amor humano consumado. El agua es sagrada: representa la vida. Si el monzón falla, como ocurre ocasionalmente, se suceden las hambrunas. Muy frecuentemente, por otra parte, produce enormes inundaciones en las áreas que alcanza, lo cual causa una amplia destrucción y pérdida de vidas, además de la dispersión del fértil limo

aluvial. Los ríos pueden incluso cambiar sus cursos decenas de kilómetros en una sola estación. La India es realmente una tierra de extremos.

Este clima puede ser devastador para la cultura material. Sus extremos de calor y humedad, y su población tropical de insectos, han destruido incontables cantidades de arte. Bajo estas condiciones, la más urgente necesidad de la gente ha sido siempre contener y controlar las inundaciones monzónicas y retener tanta agua como sea posible para usar más adelante en el año, cuando el país vuelva a secarse de nuevo. El agua necesita ser distribuida a través de complejos sistemas de regadío entre los campos. Incluso los grandes ríos se ven sometidos a amplias fluctuaciones estacionales de nivel. El propio Ganges puede descender a primeros de junio unos 25 metros por debajo de su nivel de inundación.

Hablando en términos generales, las mayores ciudades de la India han florecido en las orillas de los principales ríos, cuyas aguas pueden ser constantemente sorbidas mediante diversos medios mecánicos para irrigar las tierras interiores de las que se alimentan las ciudades. Pero muchas ciudades, en especial las capitales dinásticas, han florecido lejos de los ríos. Todas ellas han dependido de enormes embalses, o depósitos, que llenan los monzones. La construcción de estos depósitos, y la reparación de sus a menudo enormes represas, fue una de las principales funciones de los gobernantes y los gobiernos, una función interpretada en la religión india como una parte esencial de la meditación entre el cielo y la tierra implicada en el status real. Las ciudades, con sus templos y sus jardines, se construían alrededor del abastecimiento de agua. Y romper un dique era considerado uno de los crímenes más horribles.

Pero la India es fundamentalmente una tierra de poblados. El país se halla cuadrículado en pequeños poblados unidos entre sí por una red de caminos; están situados entre uno a tres kilómetros unos de otros, según la capacidad de la tierra de sostener su población. Cada uno de estos poblados necesita su propio suministro de agua. En las tierras bajas pueden perforarse pozos hasta la tabla de agua. Allá donde es posible el poblado tiene su propio manantial, depósito o estanque. En partes de las tierras altas cada pliegue del terreno tiene su pequeña represa, que contiene durante tanto tiempo como es posible las aguas dejadas por los monzones del último año. Así, no es sorprendente que un simbolismo de lujuriente follaje proporcione uno de los elementos principales a la decoración de la arquitectura religiosa-dinástica, y que la energía creativa divina sea interpretada en la India como una especie de jugo o savia del universo. También es natural que las habilidades ingenieras hidráulicas, fortificadas por

doctrinas religiosas, proporcionarán unos fuertes cimientos económicos para sus reinos de ultramar. Las costumbres locales que reflejan estas ideas a pequeña escala han sobrevivido hasta hoy. Todavía es posible, por ejemplo, contemplar a un monje budista thai pasar todo el día subiendo repetidamente una pequeña vasija dorada con la forma de un ánade hasta la cima de un stupa, llena de agua que ha bendecido, y derramarla sobre la cúpula utilizando una cuerda; u observar cómo pequeñas figuras que representan al dios fertilizador y a la diosa fértil en plena relación sexual ser llevados de un lado para otro por los sembrados de arroz en Indochina.

Generalmente se acepta que la huella de los monzones era distinta en tiempos históricos. La documentación es incierta; pero parece que en el siglo VII d.C. los monzones se corrieron hacia el este y dejaron de verter sus aguas sobre el cinturón de tierra que se extiende al oeste de Rajasthan. El valle inferior del Indo, en sus tiempos húmedo y boscoso, ya no lo es. El Thar es un desierto. La relación histórica exacta de clima y bosque en la India todavía es muy poco comprendida. Pero lo que sí es cierto es que la mayor parte de la India estuvo en sus tiempos llena de bosques, y que estos bosques estaban habitados por poblaciones cuya reliquia son los actuales adivasis (aborígenes). El épico *Mahabharata* (c. 400 a.C.) describe los grandes bosques del centro de la India. Y hay muchas referencias en la literatura, hasta y en el período medieval, respecto a ermitaños que se retiraban a vivir a bosques remotos.

Distribución del lenguaje. Exactamente cómo y cuándo se establecieron los distintos grupos étnicos y lingüísticos en la población india es algo de lo que tenemos muy pocos conocimientos ciertos. Nuestra mejor información se refiere a los invasores arios de habla sánscrita del noroeste; porque han conservado cuidadosamente los recuerdos de muchos detalles de su propio pasado, de cuando se hallaban en el proceso de asentarse en la India, en su enorme masa de antigua literatura sagrada centrada en los Veda. Antes de ellos, al menos tres, y posiblemente más, grupos étnicos sucesivos que no dejaron literatura penetraron en el subcontinente y lo colonizaron, probablemente de forma más bien dispersa. La actual distribución del lenguaje, sin embargo, tiene mucho que ver con los esquemas históricos. En el norte hay unas pocas bolsas aisladas de antiguas lenguas: el santali en Bengala, que probablemente está relacionado con el lenguaje mon hablado originalmente en Birmania inferior, Tailandia y Camboya; y los brahui y gond, relacionados con los modernos grupos del sur de la India. La abrumadora preponderancia en el norte corresponde a los lenguajes sánscritos, cada



El Jarasandha-ka-Baithak en la antigua Rajgir, la base de una torre de guardia de madera que en sus tiempos se alzó junto a la puerta de la ciudad.

uno de ellos un derivado regional de la arcaica lengua aria.

El sánscrito, que en su forma más antigua es un lenguaje complejo y altamente inflexionado, parece que se afirmó definitivamente como el lenguaje raíz en todo el norte de la India allá por el 800 a.C. A medida que transcurría el tiempo, quienes hablaban el sánscrito fueron evolucionando una forma simplificada de sánscrito; luego, a medida que su distribución geográfica se ampliaba, evolucionó un grupo de variantes aún más simplificadas llamadas prakrits. Estas formas fueron los lenguajes hablados en las diferentes regiones culturales del norte; y una enorme cantidad de literatura —que apenas ha sido leída por ningún occidental— fue escrita en los prakrits regionales que prevalecieron durante el período al que se refiere este libro. Uno de estos lenguajes simplificados es el pali, que todavía es el lenguaje sagrado de la vasta literatura budista theravada de Ceilán, Birmania, Tailandia y Vietnam. Muy probablemente fue el prakrit que se habló en la región del oeste de la India alrededor de Ujjain y Sanchi en los siglos III y II a.C. El magadhi fue probablemente el prakrit hablado por el Buda, que vivió en Magadha. La extensa literatura del jainismo fue compuesta en él. Los modernos lenguajes que descienden de los prakrits suelen recibir los nombres modernos de las regiones en las que se hablan. Descontando las variantes que existen incluso dentro de ellos, éstos son en la actualidad trece: rajasthani, punjabí, pahari-newari, hindi, bihari, bengalí, oriya, marathí, gujaratí y cingalés en Ceilán. El baloch y el pashtu se hablan en el moderno Pakistán y Afganistán. El persa, también un lenguaje de tipo ario, utilizado por la dinastía musulmana Mughal en los siglos XVI a XVIII, se ha



fundido con sánscritos vernaculares para producir el moderno indostaní.

El grupo meridional de lenguajes tiene unos antepasados completamente distintos del sánscrito. A veces reciben el nombre de dravídicos, y una opinión es que pudieron descender del habla de los habitantes de la civilización del valle del Indo de *c.* 2800-1350 a.C., que fueron empujados gradualmente hacia el sur por los arios invasores del norte. Étnicamente, sin embargo, quienes hablan dravídico no poseen unas características nítidas. Aunque, por supuesto, el lenguaje no ha de tener una conexión esencial con la raza. Todos los lenguajes dravídicos produjeron grandes y vitales literaturas. Son el tamil, telugo, canara y malayalam. Pero puesto que todo el sur de la India terminó suscribiendo la cultura literaria de los brahmanes arios, todos estos lenguajes tienen muchas palabras y giros tomados del sánscrito.

Cultura material. La cultura material de la India histórica primitiva es poco conocida. Las excavaciones han puesto a la luz las plantas de varios asentamientos y ciudades,

Fachada de la cueva de oraciones budista en Bhaja, siglo II a.C. Sus rasgos imitan la arquitectura de piedra de los millones de casas que en un tiempo existieron por toda la India, pero que en la actualidad han desaparecido por completo.

y sin duda harán lo mismo con muchas más. Sabemos por la literatura que los asentamientos arios primitivos (antes del 1000 a.C.) en el Punjab consistían en chozas redondas y cuadradas construidas con bambú, de quizá más de un piso. Chozas y corrales para el ganado estaban rodeados con empalizadas y muros de tierra. Los jefes eran enterrados bajo montículos de tierra amontonada sobre una cámara de madera construida alrededor de un poste central, una especie de túmulo. A medida que transcurría el tiempo, los asentamientos arios fueron avanzando por la llanura del Ganges y haciéndose más ricos, y las casas de madera se hicieron más grandes, con varias habitaciones, incluida una para el fuego sagrado, todas ellas techadas con paja. Los *Grihya Sutas* (*c.* 700 a.C.), parte de la literatura sagrada escrita en sánscrito, mencionan casas aún más grandes con sus propios estanques y pozos, que contenían un conjunto de habitaciones, almacenes y letri-

nas y estaban rodeadas por jardines. Se crearon plazas públicas, junto con carreteras y puentes. Había bandejas, tazas, cucharas y espejos de metales preciosos, ropas y joyas muy elaboradas, finas camas y muebles de madera. También se creaban imágenes de deidades, pero no tenemos la menor idea de cómo eran. Porque, para atestiguar toda esta opulencia descrita con palabras, sólo han sobrevivido unos pocos objetos aislados y banales: la espada de Fort Munro, una o dos hachas, y fragmentos de tosca cerámica gris.

Del período primitivo que siguió al año 600 a.C. en el norte nos quedan también algunos restos, notablemente en la antigua Rajgir, no lejos de la moderna Patna, en Magadha. La ciudad está en un valle; en las cimas de las colinas que la rodean, un cercado de 40 kilómetros de largo de ciclópeo muro de piedra lo protege. Fragmentos

Derecha: Sección de pared junto al camino que asciende a Sihagiri en Ceilán, pintada con figuras de muchachas celestiales, c. 500 d.C.

Abajo, a la derecha: Una de las muchachas celestes pintadas sobre mortero en Sihagiri.

Abajo: La roca león en Sihagiri, de 180 metros de altura. En su parte superior había un palacio, que estuvo habitado c. del 500 d.C.; a sus pies había un palacio y una ciudad recientemente excavados.



de otros muros similares sobreviven también en otros lados. La entrada del valle estaba protegida por un foso y terraplenes de piedra: conocemos fortificaciones de tierra en otros lugares, por ejemplo en Ahicchatra (al norte de Orissa), que estaban revestidas con ladrillo cocido. Esta última ciudad tenía un templo central donde convergían las dos calles principales. Junto a la puerta de la antigua Rajgir se alza una enorme plataforma de piedra, llamada el «Jarasandha-ka-Baithak» («el trono de Jarasandha», un rey mítico). De hecho, parece ser la base de una gran torre de guardia de madera; y plataformas similares más pequeñas en la ciudad eran también probablemente las bases de otros edificios de madera. Todos ellos han desaparecido, más allá de toda posible recuperación. Y esto nos conduce a un punto muy importante relativo al conjunto de la cultura material india.

Lo que ha llegado hasta nosotros, salvo unas pocas excepciones, consiste en piedra, arcilla cocida (terracota) y estuco, aunque incluso sólo una pequeña fracción de las obras hechas con estos materiales más duraderos sobrevive. Desde los tiempos más primitivos hasta los últimos, millones y millones de casas y palacios, grandes y pequeños, se han construido con ladrillos de barro y maderas de los extensos bosques. Los textos nos hablan de que muchas de ellas estaban espléndidamente talladas, contenían pinturas murales y paneles pintados, y sus muebles estaban soberbiamente elaborados. De todo eso no sobrevive virtualmente nada. El terrible clima de la India lo ha destruido todo. Allá donde la casualidad ha conservado algunas primitivas terracotas, unos pocos paneles de marfil, un puñado de pinturas murales sobre yeso, nos vemos obligados a usar nuestra imaginación para reconstruir las florecientes artes que sabemos que existieron una vez. De todas las imágenes y libros iluminados que sabemos que se han producido en la India, sobre hojas de palma, corteza de abedul o tela de algodón, no sobrevive nada que sea más antiguo del año 1000 d.C., aparte algunos manus-

critos budistas fragmentarios conservados en las secas arenas del Asia central.

No existe una historia consistente del primitivo arte indio. Por ello, es imposible reconstruir nada excepto una imagen conjetural de la cultura material india a partir de los pocos restos que quedan. Algunas de las primeras esculturas figurativas en los stupas de Sanchi y Barhut (siglo I a.C.) son transcripciones sobre piedra de enormes salones de madera, con incluso los extremos de las vigas cuidadosamente imitados. En consecuencia, sabemos hasta cierto punto qué aspecto tenían algunos de los edificios desaparecidos. Todos comparten dos rasgos principales: una bóveda túnel hecha con travesaños curvados de madera y probablemente techada con paja; y una ventana en arco enmarcada por una moldura sobresaliente de forma ojival, llamada arco *chaitya*, que normalmente estaba cubierta por un enrejado de madera para dejar pasar el aire fresco y mantener fuera la brillante luz del sol. Este arco es una forma temática india, adoptada en la arquitectura de ladrillo y piedra por todo el sudeste asiático, modificado según las regiones.

Lo que sobrevive lo hace porque fue ejecutado en materiales más permanentes. Hay una relativa abundancia de cerámica primitiva y pequeñas terracotas figurativas, que nos dicen mucho sobre el aspecto y los placeres de al menos los ciudadanos más a la moda. Cualquier estructura abandonada de ladrillo y piedra que la naturaleza no haya destruido, o los antiguos montículos que las contienen, ha sido normalmente desmantelada y saqueada sistemáticamente por la gente del lugar para aprovechar los materiales de construcción. Y parece probable que se considerara necesario o apropiado durante nuestro período que sólo los edificios religiosos fueran ejecutados en piedra o ladrillo cocido, aunque incluso hoy existen par-

Página en hoja de palma de un texto de sabiduría budista, escrito en escritura nagari en sánscrito. Datado del 1112 d.C. Museo Victoria y Alberto, Londres.



tes en la India donde los templos se siguen construyendo con madera, sobre todo en las regiones del Himalaya y partes del lejano sur. En la antigua Taxila, en el territorio alto del noroeste, es cierto que existen reliquias de mampostería que cubren el período de *c.* 300 a.C.-300 d.C. En el antiguo montículo-ciudad fortificado de Kaushambi se han hallado las ruinas derrumbadas de la única bóveda de mampostería (*c.* 400 a.C.) que se conoce en la India premusulmana. Pero aparte estos casos muy aislados, todas las reliquias de la cultura material de la India son religiosas.

Es posible que la arqueología descubra las plantas de ciudades y palacios y descifre las ciudades a nivel material, porque hay un gran número de excavaciones que aguardan todavía a realizarse. En Ceilán, En Sihagiri (Sigiriya), por ejemplo, se han puesto al descubierto los cimientos de un enorme palacio de finales del siglo V d.C. Puede decirse que hasta cierto punto la arqueología india puede haberse decantado hacia el descubrimiento y la conservación de las estructuras religiosas, ignorando otras búsquedas; pero eso fue debido principalmente al hecho de que éstas aún sobrevivían en relativa abundancia por encima del suelo, y estaban hechas de piedra. Las esculturas de piedra de los edificios religiosos son el principal testamento a la gloria artística de la antigua India, junto con un pequeño número de pinturas murales. Pero señalan la existencia de escuelas de arte seculares que florecieron allá donde la riqueza y el mecenazgo debieron de animarlas.

De hecho, el carácter de muchas obras religiosas supervivientes es claramente secular; algunas de las pinturas murales, por ejemplo en el monasterio budista tallado en la roca de Ajanta, son de estilo extremadamente sensual, y altamente inapropiadas como entorno para un cuerpo de monjes ascéticos. Y esto sugiere que tales pinturas fueron hechas no por monjes pintores, sino por artistas seculares, acostumbrados a decorar casas privadas, que aportaron sus habilidades cuando se les pidió una representación de temas budistas. En consecuencia es una cuestión digna de considerar hasta qué punto el arte de la India fue tan uniformemente religioso como parece ser. Este tema será examinado en el último capítulo. Pero lo que ha llegado hasta nosotros como cultura material india es inequívocamente religioso; y así este libro examinará esa cultura en términos de las dos grandes religiones que la generaron, trazando la evolución del santuario budista y del templo hindú.

Fuentes literarias. En un sentido especial, las raíces de la civilización india son lingüísticas y literarias. Se desarrolló y se extendió a través de tipos particulares de literatura, y mantuvo su vitalidad durante milenios. Las diferentes regiones de la India y del sudeste del Asia tuvieron, por supuesto, poemas, obras teatrales e historias seculares,



Escultura de una diosa en Nepal, siglo X. Una inscripción dedicatoria detallando sus virtudes ha sido grabada en la roca circundante en una versión de la escritura nagari.

como cualquier otra cultura. Pero además compartieron un amplio cuerpo de textos antiguos, hindúes y budistas, que eran considerados como sagrados, y constituían una fuente constante de ideas e inspiración cultural. Esta literatura ha sobrevivido cuando la cultura material se desvaneció, pasada a las memorias de grupos sociales especializados y copiada de manuscrito a manuscrito. El lenguaje sánscrito fue el vehículo de buena parte de estos textos, como hemos visto, con uno de sus derivados, el pali, como vehículo para los textos budistas theravada, y otra, la magadhi, usada para los textos jainíes.

Más importante ha sido el papel de un sánscrito relativamente simplificado como *lingua franca* para los más instruidos. El desarrollo de este sánscrito literario tiene su propia historia. Representa una supervivencia del primer estadio de la simplificación del sánscrito arcaico y complejo, quizá mantenido vivo en el oeste de la India, un tema que examinaremos más adelante. Pero tuvo lugar una gran ascensión de la poesía, el drama y la prosa cortesanos en las principales ciudades del norte de la India en los siglos justo antes y luego después del nacimiento de Cristo, que adoptaron este sánscrito clásico como medio. A manos de una hueste de sofisticados escritores, consiguió una sutileza y una complejidad de sonidos y significados sin paralelo en ningún otro lenguaje. Usado por filósofos y lógicos, logró intensificar y condensar el pensamiento hasta un grado extraordinario; y algunos de los textos indios mejor conocidos en el mundo occidental son esas condensaciones.

Este sánscrito fue adquirido y cultivado por los escritores en toda la India, cuyas lenguas maternas habladas se

habían convertido en mutuamente ininteligibles. Todavía es así. A través de este medio consiguieron comunicarse entre sí; y se levantaron enormes bibliotecas de literatura sánscrita en todas las regiones de la India, así como en los reinos hindúes del sudeste de Asia. Había ligeras variaciones regionales. El sánscrito usado por los budistas mahayana era idiosincrásico, con un vocabulario especializado, pero aun así seguía siendo perfectamente inteligible para los no budistas. Fue el lenguaje de los grandes textos budistas mahayana los que fueron traducidos al chino, tibetano, mongol, coreano y japonés, al igual que al antiguo javanés y al mon. Alguna forma de sánscrito y su literatura fueron el agente de la expansión de la cultura india a las regiones del sudeste asiático, donde las poblaciones fundamentalmente tribales del neolítico o la edad de bronce no tenían literatura escrita ni erudición técnica propias. Hasta el día de hoy, el poema épico sánscrito *Ramayana* sigue siendo la principal fuente de leyendas y dramas en muchas partes del sudeste de Asia, aunque muy modificado por la mitología local.

Este lenguaje sánscrito ha proporcionado a la cultura india su coherencia y su fuerza. El sánscrito es la lengua más antigua del mundo que ha sobrevivido intacta, porque la casta sacerdotal de los brahmanes arios originales consideraba su deber religioso conservar sin cambios la gran masa de textos sánscritos conocidos como los Veda, centrados en cuatro colecciones de himnos. Consideraban este texto, y su vehículo la palabra, como algo sagrado, una manifestación audible del Principio Supremo, el Brahmán. Todas las manifestaciones canónicas de la palabra sagrada eran atesoradas de un modo similar. Los Veda eran algo demasiado sagrado para ser escrito; así, eran aprendidos de memoria, y transmitidos de generación en generación de enseñantes en línea descendente de maestros a pupilos, cantados de boca a boca. Los himnos en sí se remontan como mínimo al segundo milenio a.C. Su sánscrito, arcaico y gramaticalmente elaborado, es una relación de las perdidas formas arcaicas del griego y otras lenguas europeas, del grupo llamado «indoeuropeas» por los lingüistas. Los himnos invocan y alaban a todo un panteón de deidades, y su objetivo es ser cantados durante las ceremonias sacrificiales. A lo largo de los milenios, el significado oculto en los himnos, y su hermosa estructura lingüística, fueron explorados y profundizados por los brahmanes, que pasaban años de sus vidas meditando sobre este foco de su religión. En el siglo IV a.C. se había reunido alrededor de los himnos toda una masa de textos explicativos, que incluían especulaciones fonéticas, metafísicas, míticas y lógicas, aunque ya nadie hablaba realmente aquel lenguaje. Quizá nadie llegó a hablarlo nunca en su forma más estricta y elaborada. Allá por el siglo V a.C. dos gran-

des poemas épicos, las primeras versiones del inmenso *Mahabharata*, que es el más arcaico, y el *Ramayana*, el más sofisticado, fueron compuestas en el relativamente simplificado pero hermoso sánscrito. Consolidaron la forma clásica del lenguaje.

Los inicios del alfabetismo. La cuestión de cuándo fueron escritos por primera vez los textos sánscritos todavía no se ha resuelto por completo. Muchos estudiosos creen que el sánscrito y sus derivados debieron ser escritos al menos en el siglo V a.C. Porque es virtualmente cierto que la administración de las grandes ciudades y reinos entonces en existencia hubiera sido imposible sin alguna forma de escritura. Las bibliotecas debieron de existir allá por el

Bronce del sur de la India de un devoto real, siglo XV; sus manos están devotamente unidas. Imágenes como ésta eran dedicadas en los santuarios por toda la India, y los reyes acababan a menudo sus vidas como ascetas. Museo Delhi.



siglo II a.C. Pero la más antigua escritura de tiempos históricos conocida por nosotros es un conjunto de inscripciones talladas sobre rocas y sobre columnas de piedra por toda la India por orden del emperador Asoka, en el tercer cuarto del siglo III. Sus lenguajes son prakrits locales. La escritura usada recibe el nombre de brahmi (en el noroeste se utilizó otra llamada kharoshthi, derivada del arameo aqueménida). El brahmi es completamente capaz de anotar el sánscrito clásico. Sigue el cuidadoso sistema fonético desarrollado por los brahmanes para permitirles comprender su arcaico y sagrado sánscrito védico; y todas las demás escrituras indias derivan del brahmi. (El kharoshthi permaneció como un uso ocasional tan sólo en el noroeste y en Asia central al principio de la Edad Media.)

Es preciso recordar siempre, sin embargo, que nuestra única evidencia de la primitiva escritura es en forma de inscripciones oficiales sobre piedra o en monedas; y que estos materiales tienden a distorsionar las letras de formas específicas. No sabemos nada de la letra cursiva que debió de ser necesaria para los manuscritos. Tan sólo podemos estar seguros de que tuvo que existir. Porque incluso los brahmanes debieron necesitar poner por escrito la enorme masa de literatura menos sagrada que ellos mismos producían; y el carácter de la literatura secular sánscrita primitiva, incluida la épica, parece ser la del texto escrito, no puramente memorizado. En el norte, el brahmi adquirió gradualmente floreos y una línea transversal cruzando la parte superior de cada letra, para convertirse en el hermoso y a menudo estéticamente elaborado devanagari, la escritura de la «ciudad divina» de principios de la Edad Media, que hoy es estándar para todo el sánscrito y la mayoría de las publicaciones vernaculares. Esto a su vez desarrolló variantes, notablemente el bengalí después del siglo XI y el tibetano después de que la cultura india se estableciera en el Tíbet en el siglo VIII. En el Decán y en Ceilán, el brahmi se volvió cada vez más y más redondeado, hasta terminar en una escritura enlazada. Todavía se usa para registrar sus textos pali en estos países del sudeste asiático que se adhieren al budismo theravada. En la India central y en las llanuras del Tamiel evolucionaron gradualmente versiones más angulares del brahmi. Las más antiguas inscripciones conocidas en el sudeste asiático, que datan de los siglos IV y V en Malasia y Borneo, son de hecho en sánscrito, escritas en una forma primitiva de la escritura del sudeste de la India. Algunas inscripciones posteriores, por ejemplo las de los khmer, están hechas a la vez en fino sánscrito y con unas letras soberbias.

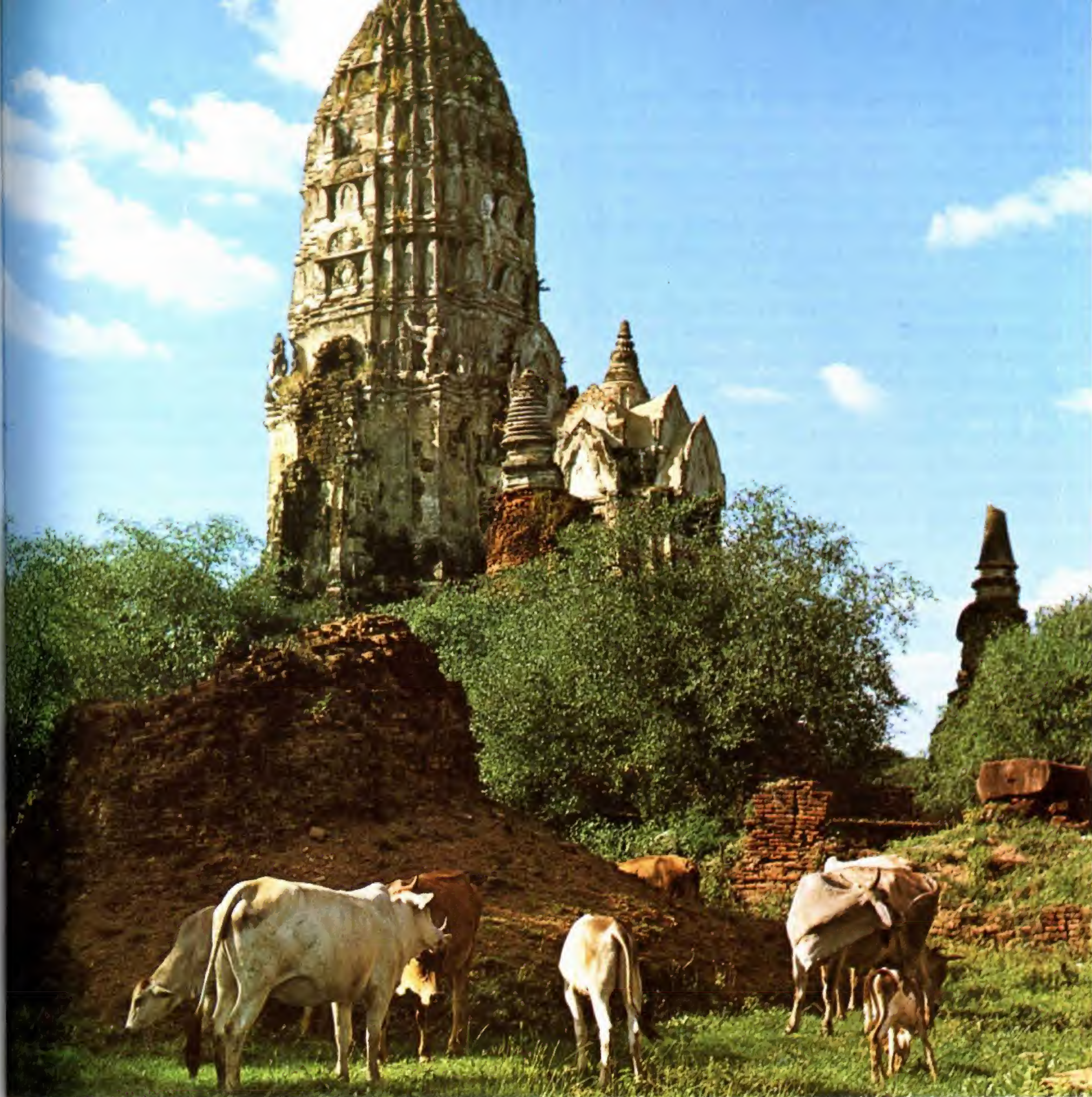
Hay regiones del sur de la India donde han florecido lenguajes no sánscritos, con su propia escritura y literatura, notablemente el tamil, en las llanuras del sudeste. La

literatura poética tamil fue registrada en los primeros siglos d.C., cuando se recopilaron las primeras antologías de poemas compuestas por bardos errantes. Éstas permanecieron casi desconocidas hasta finales del siglo XIX, cuando fueron desenterrados y publicados algunos raros manuscritos de viejas bibliotecas. Pero primero los budistas, y luego los brahmanes, «colonizaron» la parte sudeste de la India bajo el patronazgo de las dinastías reales. Así se hallaban en posición de dominar la expansión comercial y cultural india en ultramar que se originó en las regiones tamil. Brahmanes y budistas constituían dos grupos sociales especializados rivales, cada uno de los cuales preservaba su propio cuerpo de literatura sagrada, y uno o los dos proporcionaba un núcleo cultural o social allá donde se establecían colonias indias. Son la clave principal de la larga y constante vitalidad y la inmensa difusión geográfica de la cultura india.

Los brahmanes reclamaban para ellos el status más antiguo. Puesto que cada brahmán tenía la facultad de

Icono de la deidad dinástica Visnú, sujetando su disco y su concha, en el estilo del nordeste de la India del siglo XII. Museo Delhi.





conservar en su memoria el enorme cuerpo del texto sagrado, era visto por el resto de la sociedad como el depositario de todo tipo de conocimientos, y la comunidad lo mantenía. Los brahmanes eran así libres de desarrollar habilidades intelectuales y conceptuales hasta una extensión casi desconocida por ninguna otra cultura primitiva. Además de conservar la literatura religiosa y filosófica sobre la cual descansaba su status, actuaban como ministros del estado y administradores; eran abogados y filósofos morales. Hicieron evolucionar las ciencias de la lógica, matemáticas, astronomía, ingeniería (especialmente hidráulica), medicina (completa con una amplia farmaco-

Vista de un stupa en ruinas en la gran ciudad antigua de Ayutthaya, en Tailandia, que se hallaba en el foco de las rutas comerciales y produjo arte y arquitectura de un estilo característico durante la Edad Media.

pea) y metalurgia. Fueron responsables de desarrollar y registrar la enorme herencia del antiguo pensamiento y literatura indias no sólo en sánscrito, sino también en prakrits. Incluso hoy existen enormes bibliotecas de manuscritos que todavía no han sido completamente exploradas. Sobre todo debido a su trabajo intelectual de milenios, se ha conservado mucha más literatura y erudición indias que de casi cualquier otra civilización. Y es preciso recordar que por cada intelectual cuyo nombre se men-

ciona en los modernos estudios sobre la cultura india, hay docenas escasamente menos importantes que contribuyeron al desarrollo de todas las escuelas de pensamiento. Cuando el hinduismo viajó a ultramar, fue la erudición de los brahmanes la que sostuvo una teoría del reinado y una organización ceremonial del estado sobre la que se fundó el éxito de los reinos al otro lado del mar.

La importancia del sánscrito. Demasiada poca gente en Occidente comprende con claridad el inmenso papel histórico y cultural que todavía tiene el sánscrito en el mundo. Los descubrimientos intelectuales hechos en la India son hoy aceptados como un ingrediente fundamental de la consciencia del hombre moderno. Uno de los principales ejemplos es el sistema numérico decimal utilizado en las matemáticas modernas, incluido el cero, sin el cual muchos logros de la ciencia hubieran sido imposibles. Llamamos a los números arábigos; pero los árabes tan sólo

Vista del gran monumento budista en Borobudur, a través del lujuriante paisaje del centro de Java; construido c. 800 d.C.



los transmitieron al mundo occidental desde la India, y ellos mismos los llaman «indios». Su primera aparición registrada en la India es en una inscripción datada del 695 d.C., pero ciertamente fueron usados por los matemáticos en sus cálculos algunos siglos antes. Junto con los números en sí iba el concepto del número como algo potencialmente infinito, que quedaba reflejado en las cosmologías con «universos tan innumerables como las arenas del Ganges» y que ya era familiar en el siglo II d.C.

Desde el siglo VII hasta el XII los matemáticos indios desarrollaron muchas técnicas y conceptos muy por delante de los occidentales. Entre ellos estaban el uso de cantidades positivas y negativas, la extracción de la raíz cuadrada y cúbica, la solución de algunas ecuaciones de segundo grado, una clara intuición sobre las implicaciones del cero y el infinito en trigonometría, geometría esférica y cálculo, sobre todo aplicado a la astronomía. En el siglo V el astrónomo Aryabhatta propuso una teoría heliocéntrica de los planetas, junto con la noción de que la Tierra giraba sobre su propio eje. Estas ideas matemáticas eran abstracciones de la fértil matriz de la introspección y la observación brahmín, alimentada por un intenso interés en la lógica. Este último interés brahmín todavía no ha sido enteramente investigado, puesto que pocos sanscritistas, occidentales u orientales, son capaces de seguir hasta el final los extremados refinamientos conceptuales, en especial los de las últimas escuelas de Navya-Nyaya.

Otra ciencia primitivamente desarrollada en la India fue la lingüística. Evolucionó a partir del estudio de la gramática y del significado, inicialmente debido a que el sánscrito arcaico en el que estaban compuestos los Veda se volvió ininteligible para los brahmanes cuya tarea era memorizarlos y utilizarlos en el ritual. Los dos gramáticos más grandes fueron Panini (siglo V a.C.) y Patanjali (siglo II a.C.), y quizás el más grande teórico del significado fue Bhartrihari (siglo V d.C.). Fue su descubrimiento de Panini lo que impulsó en Alemania a los hermanos Grimm a iniciar el estudio comparativo de la estructura lingüística sobre la que se basa nuestra comprensión moderna del lenguaje. También en Alemania, a principios del siglo XIX, los Schlegel y el filósofo Schopenhauer, entre otros, reconocieron la importancia seminal de la lengua sánscrita, su literatura y su filosofía, e incorporaron lo que pudieron a la tradición idealista alemana. Esto, aunque temporalmente resultó una desventaja en Occidente, está empezando a reafirmar su gran influencia en sus tiempos sobre el pensamiento occidental.

Hinduismo. Los brahmanes, por supuesto, se identifican con el hinduismo. Pero el hinduismo histórico no es ni

con mucho un reflejo directo del antiguo pensamiento védico ario. En la práctica es una amalgama del sistema social ario con una adoración popular a los dioses, y con una teoría del reinado basada en una relación funcional entre el rey humano y su deidad. En el sistema social ario, que evolucionó hasta convertirse en el sistema de castas, el papel de los brahmanes fue fundamental. Los dioses locales de la gente fueron gradualmente asimilados a un grupo de deidades mayores; sus distintos mitos locales fueron recopilados y sintetizados por los brahmanes en sus enciclopedias medievales de leyendas, las *Purana*, de tal modo que al final Siva, Visnú, la diosa bajo varios nombres, Surya el dios sol, Ganesa el dios de la riqueza, y Brahma el creador, se convirtieron en las figuras principales del panteón hindú. No eran deidades védicas principales, aunque los demás dioses de los Veda se mantuvieron vivos en los textos de los brahmanes, y a veces fueron introducidos conscientemente en la iconografía hindú al final de la Edad Media. Los grandes dioses del hinduismo histórico, sin embargo, fueron patrocinados por los brahmanes, que generalmente se ocupaban de sus templos, y que se aseguraban de que fueran identificados por toda una riqueza de mitología como personificaciones del Principio Supremo. Fueron esos dioses a los que los reyes hindúes tomaron como patrocinadores metafísicos. Dentro del hinduismo se desarrollaron una serie de sectas, principalmente sobre la base de la elección individual de una u otra de las deidades como señor personal. Es innecesario decir que las propias sectas produjeron cantidades considerables de literatura devocional y teológica.

La vida de un ario después de la infancia estaba codificada en cuatro estadios. Se convertía sucesivamente en estudiante, cabeza de familia, morador de los bosques y finalmente un asceta sin hogar que había renunciado al mundo, incluso a la calma del bosque, para buscar una realización espiritual definitiva en un ascetismo total. Durante el último estadio podía perseguir los límites del conocimiento a través de una de las muchas técnicas distintas de meditación, incluidas las yogas, mucho más intensamente de lo que hubiera sido posible en cualquier estadio anterior. La mayoría de los arios normales nunca llegaban más allá del estadio de cabeza de familia. Pero muchos brahmanes se tomaban en serio sus responsabilidades, y así generaron toda una categoría de ascéticos errantes, que eran considerados por la gente como especialmente santos e invitaban a la imitación. En el siglo VI a.C., cuando el Buda, el fundador del budismo, y Mahavira, el fundador del jainismo, vivían todavía, se había convertido en una costumbre incluso para los no brahmanes que sentían la llamada volverse ascetas y seguir diversas enseñanzas. Las inscripciones asokanas (tercer cuarto del

siglo III a.C.) llamaban al populacho a respetar a «brahmanas y shramanas», estos últimos sin duda los ascetas no brahmánicos. Entre esta gente la historia conoce a varias sectas ortodoxas y no ortodoxas diferentes.

Budismo. La literatura budista describe al Buda probando varias de estas enseñanzas antes de descubrir su propio camino. Cuando alcanzó su iluminación definitiva bajo la higuera de la India en Bodh Gaya, se dio cuenta de cuatro santas verdades: la vida es sufrimiento; la causa del sufrimiento es el deseo; la forma de liberarse del sufrimiento es abandonar el deseo; la forma de abandonar el deseo es el noble camino óctuple de la disciplina del Buda. Tras esta iluminación, y hasta su muerte y su paso al Nirvana, el Buda siguió predicando, convirtiendo a muchos laicos, y edificando su orden de monjes ascetas que formarían después el meollo del budismo. Conservaron sus enseñanzas y, a medida que transcurría el tiempo, elaboraron un enorme cuerpo de doctrina.

La tradición budista se conservó en tres formas básicas. Primero estaba el theravada («camino de los ancianos») o hinayana («pequeño vehículo»). Era una escuela «fundamentalista», cuyos textos se conservan en pali, y que se cree es la que está más cerca a las enseñanzas originales del Buda. Sobrevive especialmente en Ceilán, Birmania y Tailandia. El mahayana («gran vehículo»), cuyos textos están en sánscrito, compartía un gran cuerpo de texto disciplinario con el hinayana; pero desarrolló una serie de doctrinas y textos metafísicos que iban mucho más allá del alcance más limitado del hinayana. Allá donde el último se limita a los métodos de enseñanza para la salvación de cada individuo, el mahayana realza la compasión universal como un principio básico, e implica que el hinayana está viciado por el egoísmo. La tercera escuela, el vajrayana («vehículo del trueno», post 550 d.C.), acepta los principios del mahayana, pero añade todo un arsenal de técnicas más antiguas, mágicas y meditativas, muchas de ellas adoptadas de las sectas hindúes.

Durante la difusión del budismo a través de la India y del sudeste de Asia, la orden budista de los monjes literatos tuvo un papel comparable al de los brahmanes en el hinduismo. De hecho, parece que en el período medieval la distinción entre hinduismo y el budismo en el sudeste de Asia se había vuelto confusa; porque incluso hoy los brahmanes de la India son empleados para llevar a cabo ciertos ceremoniales de culto en Bangkok, la capital de Tailandia, donde el budismo es todavía la religión del estado. En el centro del budismo, sin embargo, había una teoría de renunciación total. Mientras que la teoría brahmánica permitía lugares y momentos de la vida para los deseos y ambiciones normales humanos, aunque se afir-

mara como último recurso que eran obstrucciones al logro espiritual definitivo, el budismo enseñaba que todas las formas y costumbres excepto el camino óctuple eran barreras absolutas a cualquier avance. Se suponía en teoría que los monjes budistas se disciplinaban y se centraban en su dedicación, abandonando por completo cualquier finalidad humana. En la práctica puede que no lo hicieran. Porque, una vez el budismo hubo desarrollado sus propias poderosas instituciones, basadas normalmente en monasterios bajo patronazgo dinástico, los monjes se dedicaron a representar papeles políticos y económicos.

También desarrollaron poderosas escuelas de lógica y psicología. Pero fue característico del budismo que su falta de compromiso hacia cualquier sistema exterior específico le permitiera adaptarse a los sistemas sociales de muchas poblaciones diferentes, y presentarse a sí mismo como algo espiritualmente definitivo contra el fondo de casi cualquier otra religión extranjera. Enseñaba en principio que ningún sistema de sociedad, pensamiento o conocimiento tenía ningún valor final; en consecuencia, nunca se planteaba el imponer un sistema social o doctrinal alternativo propio en ningún área en la que penetrara. En esto era distinto al hinduismo, para el que era esencial un sustrato de teoría de castas. El budismo, en sus varias formas, fue así capaz de sobrevivir y prosperar en muchos países del este: China, Corea, Japón, Mongolia, Tibet, Birmania, Tailandia, Ceilán, Camboya, Vietnam, y partes del gran archipiélago de Malasia y Sumatra hasta las Célebes. El hinduismo penetró en el sudeste de Asia continental y Java; pero después de un gran éxito inicial perdió su agarre sobre la población, que acabó aceptando

el budismo. En la India propiamente dicha, por otra parte, el budismo, tras un milenio y medio de existencia, cedió su presa sobre la población, dejando el campo al hinduismo con su atrincherado sistema social. Para un gran número de pueblos no indios en Asia, sin embargo, el budismo sigue siendo la base de la auténtica moralidad y el camino a la liberación definitiva.

Jainismo. Queda por mencionar una religión muy importante en partes de la India, pero que no se sabe que floreciera fuera de ella hasta mucho después del período cubierto por este libro. Es la jainí, fundada por Mahavira, el contemporáneo más viejo del Buda. El jainismo enseña que el camino a la liberación del espíritu de las ataduras de la materia reside en la total abstinencia de causar daño a ninguna criatura viva. Poca gente es capaz de llevar esta doctrina hasta su última conclusión, que es, por supuesto, el suicidio en la inmovilidad más absoluta por hambre y sed. Porque ningún animal ni planta puede ser ingerido como comida, pisado o respirado, ni puede beberse agua, ni siquiera con sus insectos filtrados; porque la doctrina sostiene que contiene un espíritu vivo. Los santos heroicos del jainismo son pues aquellos que alcanzan deliberadamente el suicidio por abstinencia. Están representados en el arte como jinas, seres inmóviles y radiantes. Su triunfo espiritual era conmemorado a menudo con la erección de una columna; y muchos reyes indios abdicaron para terminar sus vidas de esta forma. Los templos jainíes se parecen mucho a los hindúes, excepto que un icono del jina, el vencedor espiritual, ocupa el lugar central.

La danza como ritual hindú

Este bronce de Chola de principios del siglo XII, procedente del sur de la India, compendia la conexión entre danza y ritual en la India. Esta misma postura la utilizan los bailarines modernos en la tradición viva de Kuchipudi. La danza de Siva simboliza aquí la actividad de la creación, el acto divino que teje constantemente el mundo con sus entramados de fenómenos y luego lo elimina. Danza de este modo en el centro de sus fieles adoradores. La danza

se convirtió en la Edad Media en uno de los elementos estándar del ritual en los templos hindúes, aunque también era una diversión secular cortesana. Pero, con la asimilación del lenguaje de las imágenes en corte y cielo, la distinción entre raza secular y religiosa, ambas basadas en las mismas leyendas para sus temas, dejó de tener significado. Las tradiciones de las danzas indias fueron adoptadas y desarrolladas por todo el sudeste de Asia.





Arriba: Un personaje paccha en la tradición de la danza kerala kathakali.

Arriba, a la izquierda: El ketjak, una moderna danza balinesa en la que el coro de monos, que canta y ondula rítmicamente, tiene el papel más importante. Las danzarinas entran en trance.

Izquierda: Una *apsaras*, muchacha celestial, esculpida en el Bayon, Angkor, Camboya, c. 1200 d.C., un prototipo celeste de la danzarina terrestre al estilo lakon.

Abajo: Danzarina camboyana de la moderna compañía de la corte actuando en la corte del siglo XI de Angkor Wat. Lleva una corona parecida a la de las danzarinas esculpidas, y los dedos de sus manos se curvan como pétalos de loto.



Extremo izquierda: Friso de danzarinas en el templo medieval tardío de Chidambaram. Las danzarinas llevan aquí elaboradas faldas más cercanas al moderno atuendo manipuri que al bharatnatyam del sur de la India.

Izquierda: Esta escultura de un músico celeste tocando una flauta fue tallada en un templo en Bhuvaneshvara, Orissa, en el siglo XI. Ilustra la música como un arte celeste, y está íntimamente relacionada con la danza. Se cree que todas las artes se originan en y conectan a la humanidad con las regiones celestes. Los modos musicales son esencialmente divinos, y tocarlos bien depende de la inspiración trascendente. Museo Victoria y Alberto.

Derecha: Porción de un friso de un templo del siglo XIII en el estado de Bombay, en la colina Shatrunjaya, que ilustra bellezas celestes y músicos y bailarines masculinos. La imagen del templo demuestra ser aquí una especie de corte real celeste.





Arriba: Danzarina thai realizando una versión moderna de la danza de palacio en Bangkok.

Arriba, a la derecha: Relieve en el monumento budista de Borobudur, *c.* 800 d.C., que representa a una bailarina de la corte entreteniendo a un príncipe y su consorte.

Derecha: Danzarina ejecutando una danza de la espada, representando un papel en la historia india del *Ramayana*, tallada en un friso en el templo de Siva Prambanam, *c.* 900 d.C.

Abajo: Escultura khmer de una danzarina celeste del siglo XII d.C.; otra imagen de los prototipos celestes de los danzarines terrestres. Musée Guimer, París.





Izquierda: Pintura mural del siglo VI d.C. en la Cueva 1 de Ajanta, que muestra a una danzarina y músicos, actuantes en las cortes de la época, un tema sorprendente para un monasterio budista.

Página opuesta: Bailarines de la tradición manipuri, una de las cuatro antiguas tradiciones hindúes que sobreviven en Assam, pertenecientes a la compañía Triveni.

Abajo: Kamala realizando el bharatnatyam, la versión del sur de la India de la antigua tradición de los templos y cortesana. La danza india comprende un elaborado lenguaje mímico.





Izquierda: La compañía moderna de ballet Ramayana de Jogjakarta representa el episodio del Demonio Ravana, que ha raptado a la esposa de Rama, Sita, matando al águila que es la auxiliar de Rama. Los estilos tradicionales de danza javaneses mantienen viva una tradición que se originó hace mucho tiempo en la India.



Izquierda: Un grupo de danzarines balineses representa al Barong, un monstruo benévolo caracterizado por una máscara basada en el monstruo Kala de un arte más antiguo. Aquí, Barong se enfrenta a la malvada bruja Rangda con una danza ritual en trance.

Abajo: El solo balinés de danza, el baris, expresa el profundamente inspirado carácter del héroe épico.



Capítulo segundo: Conocimiento occidental del Asia Índica



La India y Occidente. La India ha sido conocida en Occidente de dos formas distintas: primero, como una cultura contemporánea; segundo, como un objeto de estudio anticuario y arqueológico. Fue conocida por los griegos y romanos contemporáneos, que mostraron una cierta admiración ante lo que pudieron captar de su cultura. Luego, durante la Edad Media, la India se convirtió en una remota región de fantasía. Sólo con el Renacimiento establecieron los europeos unos pocos contactos directos, aunque a la fantasía le costó morir. En el siglo XVII los viajeros occidentales, en especial el francés Bernier, escribieron excelentes relatos de primera mano de lo que veían cuando visitaron Oriente. Posteriormente, un creciente comercio y las guerras concomitantes llevaron a los europeos a un contacto cada vez más cercano con la realidad india. Se abrieron estaciones comerciales, y los mercaderes europeos se hallaron enfrentados directamente a formas extrañas de vida. A finales del siglo XVIII las potencias europeas habían empezado a gobernar a todos los efectos distintas regiones de la India y del sur de Asia, y sus administradores civiles y militares empezaron a tomar en cuenta seriamente las costumbres, leyes, geografía y economía nativas. Sin embargo, toda esa gente estaba preocupada por las realidades de su momento, no por la comprensión o apreciación de los logros del pasado a los que este libro se refiere.

El interés serio en el pasado de la India se desarrolló a lo largo del siglo XVIII. La publicación, ilustrada por Banks, de los viajes del capitán Cook, tuvo una tremenda influencia sobre el interés de la gente en las regiones exóticas. Los eruditos europeos que vivían en la India, y que habían sido educados en las literaturas griega y latina clásicas, empezaron, bajo la guía de los pandits indios, a investigar la tradición sánscrita y a aplicar los métodos de la erudición clásica al material nativo. Su trabajo creó un gran impacto en la cultura occidental. Durante el siglo XIX este movimiento ganó fuerza. Además, los funcionarios de la Compañía de las Islas Orientales, y más tarde, después de 1859, de la Administración Pública India y del Ejército Indio, muchos de los cuales eran hombres de viva inteligencia, se dedicaron a explorar la herencia cultural india. Sus incentivos eran mixtos. Necesitaban saber acerca de la gente que estaban administrando; de modo que publicaron nomenclátors geográficos de primer orden de los distritos indios. Pero al mismo tiempo eran también a menudo hombres educados en la tradición europea del «curioso», el aficionado que perseguía el conocimiento por el conocimiento, y coleccionaba y codificaba extraños objetos naturales, raros artefactos e información poco convencional. Sólo gradualmente empezaron a darse cuenta la mayoría de ellos que estaban enfrentándose con los restos de una gloriosa civilización que tenía varios miles de años de antigüedad.



Arriba: Soldado extranjero esculpido en la balaustrada de Barhut, siglo II a.C. Lleva una espada y una diadema griegas. Museo Indio, Calcuta.

Página anterior: Un mercader inglés en Bengala en 1760, retratado por Dip Chand, fumando su narguile y atendido por indios. Museo Victoria y Alberto, Londres.

No fue nada raro a lo largo del siglo XIX que los cristianos europeos creyeran que el mundo fue creado el año 4004 a.C., según los cálculos del obispo Ussher basados en las genealogías bíblicas. Pero a medida que en Europa se desarrollaban las ciencias de la arqueología y la evolución darwiniana, las perspectivas europeas se ampliaron. Ingenieros y magistrados de distrito se lanzaron a la búsqueda de documentos relativos a las raíces de la civiliza-

ción india y los orígenes del hombre en la India, dando a los estudios indios una desviación hacia la antigüedad que todavía tienen. Resulta significativo que incluso hoy no se haya producido o se esté produciendo ninguna investigación por parte de la intelectualidad occidental con respecto a la cultura material y la arqueología india medievales. Este libro, necesariamente, tiene que reflejar esta desviación. Además, muy pocos intelectuales indios se han dedicado a integrar sus estudios de su propia cultura con los del sudeste asiático. En el conjunto de la India y el sudeste asiático, pese a sus innegables logros, la arqueología y la investigación intelectual se hallan todavía en su infancia. Los occidentales, sin embargo, están empezando a dar por sentado que cualquier comprensión genuina de la historia humana debe incluir un conocimiento decente de la cultura, el arte y la historia indios. La filología y la religión comparativa en particular son inconcebibles sin un estudio profundo de las fuentes indias.

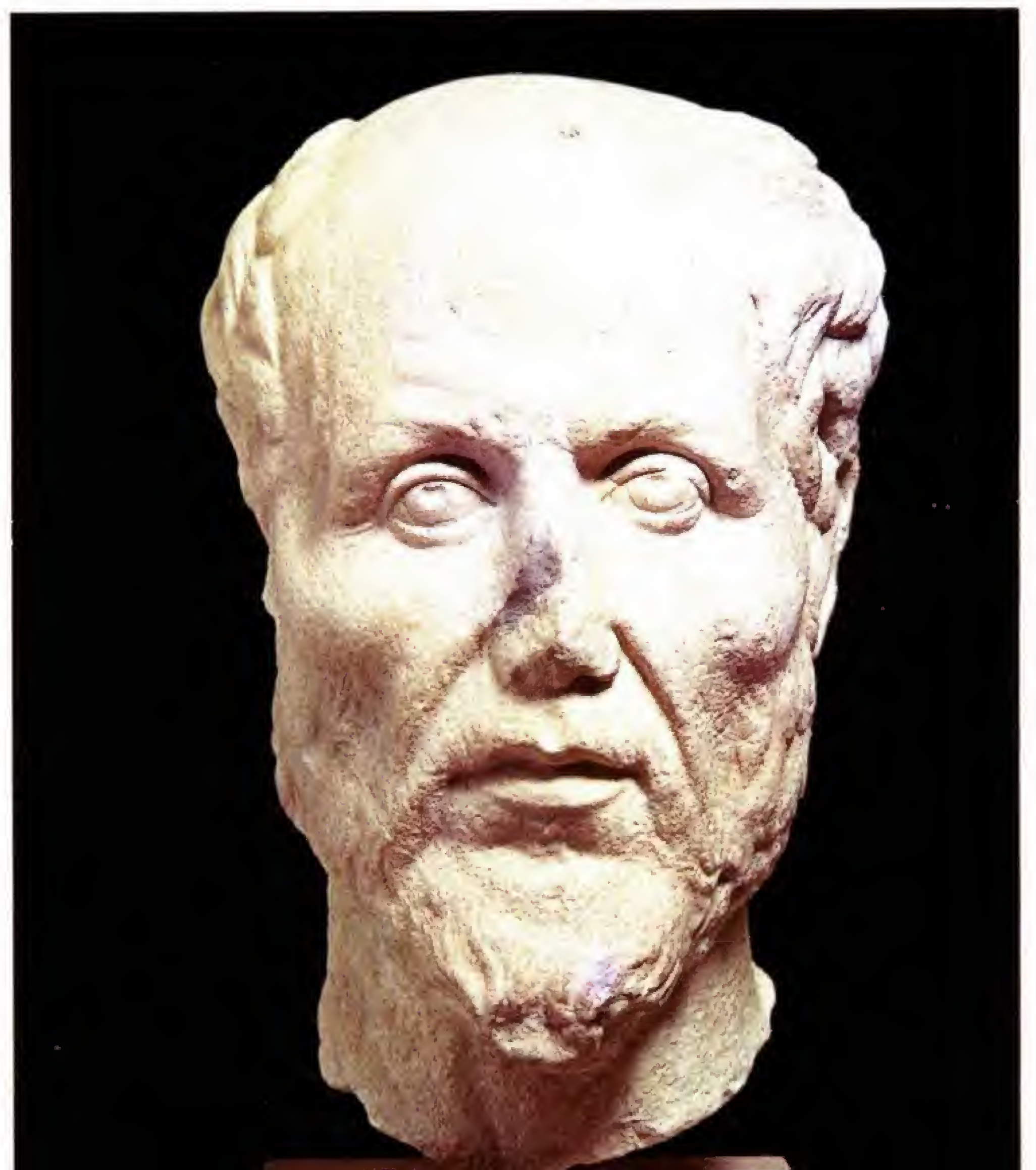
La relación entre la India y las civilizaciones primitivas del Mediterráneo oriental está muy poco documentada; pero algunas especulaciones son aceptadas generalmente como válidas. Las conexiones originales del comercio marítimo establecidas durante el tercer y el segundo milenio a.C. entre Asia occidental y la cultura del valle del Indo parece que sobrevivieron al menos intermitentemente en la época clásica. Se sabe que el año 975 a.C. Hiram, rey de Tiro, importó animales exóticos —monos y pavos reales—, así como marfil, casi con toda seguridad de la India occidental.

Los griegos en la India. Los griegos tuvieron algo más que algunas conexiones casuales con la India. Para empezar, compartieron una buena cantidad de cultura, así como elementos lingüísticos comunes, con los arios: ambos adoraban a un padre del cielo (el griego Padre Zeus, el sánscrito Dyaus Pitar) que habitaba la bóveda del cielo (el griego Ouranos, el sánscrito Varuna), una madre tierra y el sol. Los guerreros de ambos pueblos se hubieran comprendido muy bien unos a otros. Y hay que recordar que el término «griegos» se refiere no sólo a los habitantes de Atenas y Esparta, sino también a los pueblos de las ciudades de Asia Menor y del helenizado Egipto. Los ejércitos del imperio persa que invadieron Grecia el año 480 a.C. incluían a griegos asiáticos, muchos de cuyos familiares todavía vivían y trabajaban en Irán. También incluían tropas indias. Fue ese mismo imperio quien invadió y reclamó la soberanía sobre la región india de Gandhara (510 a.C.), que más tarde fue una de las partes más importantes, cultural y políticamente, de los primeros imperios históricos de la India. Así, no resulta en absoluto irrazonable suponer que algunos griegos e indios tuvieron al menos un conocimiento superficial unos de

otros, aunque esto no quedara reflejado en sus escritos. Cuando Alejandro Magno entró en el Punjab y descendió por el Indo (326 a.C.), probablemente estaba comprobando los límites del imperio persa que acababa de conquistar, al tiempo que perseguía un interés natural hacia una región legendaria. En la gran ciudad de Taxila, en Gandhara, él y su séquito debieron hallar a la primitiva civilización india en su estado más sofisticado.

Darío el Grande de Persia envió, hacia el 510 a.C., a un mercenario griego llamado Scylax a navegar Indo abajo. Regresó a Arsinoe, en Egipto, tras un viaje de dos años. Parece que la información que reunió fue la fuente del relato de Herodoto sobre la India (siglo V a.C.), que se haría familiar a todos los europeos occidentales post-Renacimiento con una educación clásica. Herodoto sabía de las «dos razas», los «blancos» arios y los «oscuros» aborígenes; de los cocodrilos en el Indo, y del algodón del que los indios elaboraban sus ropas y que era «mejor que la lana de las ovejas». También sabía de una secta religiosa que no comía nada que tuviera vida y que vivía del mijo. Éstos debían de ser los jainitas, cuya religión había sido fundada un siglo antes por Mahavira. El relato de Herodoto contiene también algunas «maravillas», una de las cuales es la muy popular historia de las hormigas gigantes que guardan el oro indio. Otro escritor griego sobre la India, unos 100 años más tarde, fue Ctesias, que vivió durante 20 años en Susa, al sur de Irán. Su relato sobre la India,

Plotino, neoplatónico del siglo III, que probablemente introdujo elementos de especulación india en Occidente. Museo Ostiense.



sin embargo, contiene demasiadas de esas «maravillas», y éste fue el tipo de historias que se hicieron corrientes durante la Edad Media europea, oscureciendo un conocimiento más exacto.

Quizás el probable contacto más importante entre las culturas india y griega se produjo en el campo de la filosofía. Este contacto no está documentado; pero aquella no era una época de documentación. Muchos estudiosos europeos, incluidos Colebrooke, Garbe, Winternitz y Rawlinson, aceptan la validez del contacto. De hecho, un escritor griego cuya obra ha sido muy citada, Megástenes, comentó el parecido entre muchos aspectos de las filosofías griega e india. Se hallaba en una excelente posición para juzgar. Porque alrededor del 300 a.C. fue enviado por Seleuco, uno de los oficiales griegos dejados como gobernadores de las colonias establecidas por Alejandro, como embajador a la capital de Chandragupta Maurya en Pataliputra, en Magadha. Al parecer las ideas filosóficas que tienen una deuda con la India fueron importadas a la filosofía griega en especial por los pitagóricos (siglo VI a.C.) y los neoplatónicos. Uno de los principales entre estos últimos fue Plotino (siglo III d.C.), que viajó a Persia, y cuya influencia, añadida a la de Platón, sobre toda la tradición europea mística ha sido profunda y muy penetrante. A este respecto parece que Occidente tiene una deuda no reconocida con la India desde hace más de 2.000 años. Otro importante neoplatónico, Iamblico, escribió la biografía de Pitágoras, describiendo sus viajes a través del Asia occidental en persecución de las enseñanzas filosóficas, y esto refuerza la probabilidad de que el contacto sea genuino. Las dos ideas especialmente acreditadas a la influencia india son, primero, la teoría de la reencarnación, que fue desarrollada en la India en los *Brahmana* y los principales *Upanishad* alrededor del 900 a.C.; y segundo, la idea del rescate o liberación del mundo accidental por la

Marineros naufragados en la India reparan su barco mientras repelen a unos cangrejos gigantes; una fantasía típica sobre la India, de *India Orientalis* (1598). Museo Victoria y Alberto, Londres.



Panel de terracota de Harwan, India occidental, siglo V d.C., que muestra la influencia occidental en las cabezas de los monjes conversando. En medio hay tres ascetas; en el fondo gansos. Museo Nazionale d'Arte Orientale, Roma.

iluminación. Además, los estudiosos del campo han relacionado literalmente centenares de paralelismos entre las expresiones filosóficas griegas e indias. En otra parte de este libro se hallarán referencias de contactos comerciales directos entre el mundo clásico mediterráneo y la India que han podido ser documentados por la arqueología. Tienden a sostener intensamente la probabilidad de que la conexión filosófica sea real.

El conocimiento de la filosofía india fue registrado por muchos otros escritores clásicos. El sabio Apolonio de Tiana (c. 50 d.C.) fue a Taxila, y estudió con maestros brahmanes. Un gnóstico llamado Bardasanes aprendió mucho de una embajada india que visitó Siria c. del 220 d.C. Supo de los brahmanes y budistas, y de cómo vivían. Su relato de la vida en un monasterio budista es completamente exacto; y su descripción de un templo cueva en la parte oriental de la India que contiene una imagen de una deidad medio masculina, medio femenina es sorprendente; porque hoy en día no se conoce ningún templo o icono de esa fecha con estas características, aunque pudo muy bien haber existido y sería completamente ortodoxo. El cristiano padre Clemente (150-218 d.C.) conoció a los budistas en su ciudad natal de Alejandría en Egipto, y es el primer escritor occidental que menciona al Buda por su nombre y lo llama Boutta. Sabía que los budistas «adoraban una especie de pirámide debajo de la cual creen que



están enterrados los huesos de alguna divinidad», una descripción tendenciosa pero bastante clara del stupa budista. La colección de fábulas atribuida al griego Esopo, que vivió en Lidia, contiene muchas historias que aparecen también en las leyendas indias, y parece que se originó en la India. Porque las fábulas animales es uno de los tipos de literatura india más populares.

Existe una documentación muy amplia del constante contacto entre los comerciantes cristianos y las comunidades budistas en el oeste de Asia, hasta que la llegada del Islam en el siglo VII puso un final inmediato a toda esta relación. Sin embargo, los propios árabes musulmanes mantuvieron relaciones con la India y, por ejemplo, el estudioso al-Biruni (nacido el 973 d.C.) aprendió el sánscrito para leer los clásicos hindúes cuando acompañó al invasor, Mahmud de Ghazni, en sus campañas de saqueo y destrucción a través del norte de la India. Fueron, como hemos visto, estos musulmanes quienes transmitieron el conocimiento matemático y astronómico indio a occidente a través de su propia lengua franca, el árabe. Pero también es probable que los indios aprendieran mucho de los logros de los matemáticos griegos, y desarrollaran sus propias ideas con su ayuda.

Redescubrimiento europeo de la India. Puede decirse que Europa redescubrió en sentido físico la India en 1498. En este año los portugueses coronaron con éxito una serie de expediciones exploradoras que habían estado realizando alrededor de las costas de África, y alcanzaron Calicut en la costa sudoeste de la India. Fueron ayudados por un marinero indio (no, como se dice a menudo, un árabe). En 1511 Albuquerque había capturado Malaca, obteniendo así el control de las rutas marítimas a las Indias, y luego los mercenarios portugueses alcanzaron Birmania, Tailandia, Vietnam e Indonesia. Lo que buscaban era dos cosas: primero, descubrir la semimítica comunidad cristiana fundada por el legendario «Preste Juan»; y segundo, mucho más importante, flanquear a los turcos y árabes musulmanes que obstruían el acceso europeo a «las Indias», tierras de fábula y tesoros, especias y todas las delicias. Incuestionablemente iban en busca de saqueo o, alternativamente, comercio; pero sus motivos, así como los de los otros europeos que les siguieron, contenían un fuerte elemento de cruzada contra el Islam. Porque el recuerdo portugués de la ocupación de la península Ibérica por parte de los musulmanes del norte de África todavía estaba muy vivo. Tras el establecimiento de su colonia en Goa (mediados del siglo XVI), se dedicaron sistemáticamente a masacrar no sólo a los musulmanes, sino también a los hindúes. San Francisco Javier de Navarra, que está enterrado en Macao, se convirtió en uno de los Azotes del Este, convirtiendo masas de asiáticos al catolicismo bajo

amenaza de tortura y muerte. Los viajeros portugueses Paes y Ninuz dejaron un relato de los reinos hindúes; mientras que los misioneros jesuitas que habían aprendido el persa aparecieron más tarde en el siglo XVI en la corte del mughal Akbar, en un breve y fracasado intento de iniciar un debate allí. Se efectuaron algunas traducciones portuguesas de unos pocos clásicos indios; y el mayor poeta épico portugués, Camoens, navegó hacia Oriente con una de esas expediciones. Naufragó en 1560 en la desembocadura del río Mekong en Camboya. En su *Os Lusíadas* ofrece un heroico relato de las dificultades y triunfos en estas fabulosas y peligrosas tierras y mares.

Los portugueses llevaron sus descubrimientos por todo el sudeste asiático hasta las Filipinas —una posesión española después de 1565— y subieron hasta China y Japón. Albuquerque envió una embajada a Tailandia en 1511-1512, donde oyó hablar de Camboya. Varios misioneros viajaron por esas regiones, y uno de ellos, Antonio de la Magdalena, incluso visitó Angkor, aunque su relato quedó sin publicar. El primer relato publicado fue el de G. de Santantonio en Valladolid, España, en 1604. Un portugués, Felipe de Brito, se nombró rey en Siria del 1602 al 1613. En 1596 el holandés J. H. van Linschoten publicó un libro que revelaba claramente a Europa por primera vez todos los detalles de los descubrimientos portugueses en Oriente, que hasta entonces habían sido guardados celosamente en secreto. En parte debido a que el terrorismo católico de los portugueses había hecho acto de presencia sin ser bien recibido, su poder se desvaneció rápidamente, y dos países protestantes, Holanda e Inglaterra, que habían estado en guerra contra las potencias católicas en Europa, empezaron a desalojarlas del comercio con Oriente. En esto se resistían específicamente a las bulas papales que habían dividido el «mundo colonial», adjudicando el oeste —las

Portugueses e indios, reflejados en un álbum portugués del siglo XVII sobre las costumbres y atuendos de la gente de África y Asia.





Vista del gran templo moderno del Buda Reclinado en Bangkok, con un monje budista en primer término. Fue en estos templos donde los europeos encontraron por primera vez el budismo como una religión viva y conocieron a monjes de una fe no cristiana.

Américas— a España, y el este —las Indias— a Portugal. Los barcos y los cañones europeos dieron a estos nuevos comerciantes una superioridad militar imbatible frente a las potencias orientales. Gran número de comerciantes y aventureros empezaron a aposentarse en recintos y estaciones comerciales y a viajar por toda la India. Tras el establecimiento de la Compañía Inglesa de las Islas Orientales en 1600, la sangrienta lucha por el comercio indio y del sudeste asiático entre las potencias europeas entró en una nueva fase.

Comerciantes y misioneros. No forma parte del propósito de este libro describir la historia de esta época. Sin embargo, resulta interesante señalar que algunos de estos comerciantes y misioneros estuvieron entre los primeros en discernir vagamente algo de la calidad real de la antigua

cultura india. El italiano Nicolo dei Conti, a principios del siglo xv, dejó un relato del esplendor del reino hindú de Vijaynagar. Y el jesuita inglés Thomas Stevens, que alcanzó Goa en 1579, fue uno de los primeros en estudiar en serio los lenguajes indios, para sus propias finalidades misioneras, por supuesto, aunque admiró enormemente las cualidades del lenguaje marathi. Más interesante aún fue el mercader florentino Filippo Sasetti, que vivió durante cinco años en Goa (1583-1588) y registró sus experiencias en las cartas enviadas a su casa. Era un hombre instruido que había estudiado en la Universidad de Pisa, y sentía un interés especial hacia las ciencias, la medicina y el folclore. Estudió los textos sánscritos sobre estos temas, y parece que fue la primera persona que observó una relación entre el sánscrito y los lenguajes europeos. Esto era muy poco usual; porque los enclaves comerciales tendían a estar en el sur, donde los lenguajes indios meridionales eran los que más aprendían los europeos para sus inmediatos propósitos prácticos. Muchos otros viajeros de todo tipo visitaron la India durante los siglos xvii y xviii, la mayoría en persecución de la riqueza a través del comercio o de conversos los misioneros. Muchos de ellos escribieron relatos de sus impresiones de lo que veían; y Europa tendía a aceptar sus exóticas pero inexactas descripciones. A raíz de ello, y bajo la influencia del enormemente distorsionado relato del Abate Dubois en *Maneras, costumbres y ceremonias hindúes* (1817), el hinduismo acabó siendo considerado como algo especialmente lúgubre y nocivo.

Hubo sin embargo algunos viajeros que escribieron relatos ajustados a la realidad. J. B. Tavernier, un mercader de joyas, vio probablemente más de la India que cualquier otro hombre durante sus cinco visitas entre 1641 y 1688. Su relato, sin embargo, no es tan valioso como el relato de François Bernier (1670-1671), un médico francés que vivió durante 12 años en la corte del mughal. Sigue siendo todavía una principal fuente de información sobre la India de aquella época, y de oídas sobre otras partes del sudeste asiático. Regresó a Francia y, a través de su amistad con el escritor de fábulas La Fontaine y el filósofo Pascal, transmitió a la sociedad francesa un conocimiento mucho más exacto de la India del que era habitual en otros países. Se trajo consigo de vuelta un manuscrito de los *Upanishad* en persa, el lenguaje de la corte del mughal. Este manuscrito fue a parar a manos de Anquetil Duperron, que ya había traducido en 1771 el antiguo clásico religioso persa, el *Avesta*, tras un trabajo de 12 años. Duperron publicó esta traducción de segunda mano de los *Upanishad* en 1801; y éste fue el libro que impresionó profundamente al filósofo alemán Schopenhauer. Un jesuita francés, el padre Bouvet, escribió en 1687 la primera descripción clara de la arquitectura budista pintada y dorada de Tailandia, y mencionó que sus «pirámides» —stupas— estaban adornadas con un orden ar-

quitectónico como el occidental, pero «más cargadas con esculturas», y así menos atractivas a los ojos occidentales.

De hecho, no faltaron los relatos eruditos y relativamente exactos de la literatura india, aunque no fueron ampliamente difundidos. El sacerdote alemán H. Roth (1610-1688) produjo la primera gramática sánscrito-latín; pero se quedó en manuscrito. La primera mención euro-

Retrato de sir William Jones, el gran erudito inglés que fue el primero en traer la literatura india a la atención de Europa y fundó la Sociedad Asiática de Bengala.



pea de los Veda fue en un libro de un predicador holandés llamado Abraham Roger, que había vivido en el sur de la India, cerca de Madrás, y en Indonesia. Incluía traducciones de algunas de las famosas canciones de Bhartrihari. Fue en este libro, traducido al alemán en 1663, que el gran escritor romántico alemán Herder (1744-1813), de quien volveremos a hablar más adelante, encontró por primera vez la literatura india. Pero la primera obra sólida y definitiva sobre el sánscrito la llevaron a cabo dos jesuitas. El alemán Hanxledon, en Malabar desde 1699 hasta 1732, compuso un diccionario sánscrito manuscrito. Éste fue usado por «Fra Paolino de San Bartolomeo» (su auténtico nombre era Wessdin), que también vivió en Malabar, aprendiendo mucho sobre la cultura india, y que más tarde se retiró a Roma para escribir una gramática sánscrita definitiva y otros textos, que *fueron* publicados. Un misionero sajón, Ziegenbalg, publicó la primera gramática tamil en 1716. Un misionero francés llamado Coerdoux, que trabajó con un pandit del sur de la India, Maridas Pillai, en Pondicherry en el siglo XVIII, sugirió una vez más la relación entre el sánscrito y los lenguajes europeos. A medida que avanzaba el conocimiento general, Alexander Dow hizo el primer intento serio de aferrar el sánscrito como un todo en el prefacio de su *Historia de la India* (1768). Señaló que la historia hindú se extendía mucho más atrás que la de cualquier otra nación, un reconocimiento que marcó época y pregonó la búsqueda de la India antigua.

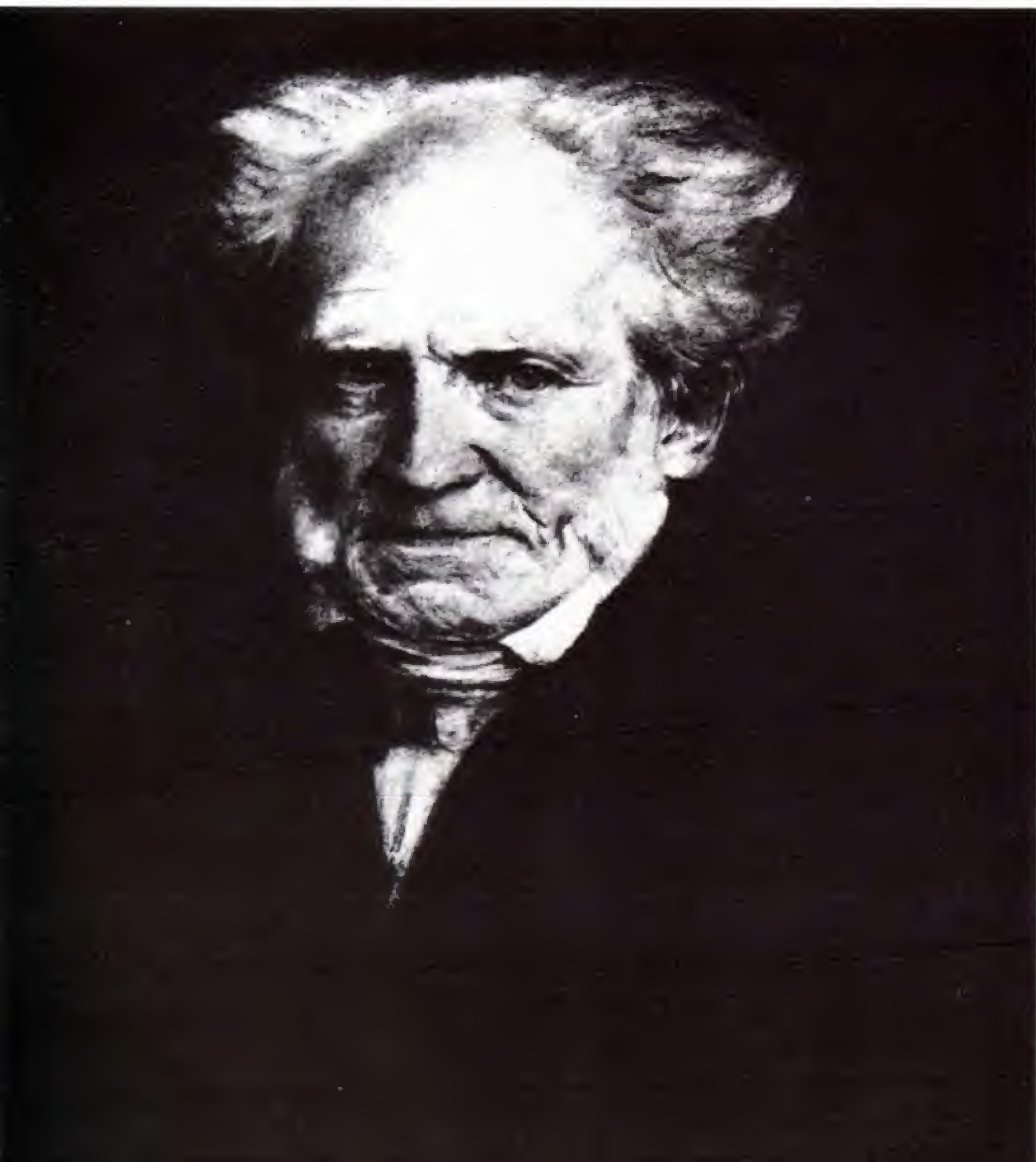
Los primeros estudiosos. A partir de entonces la historia del conocimiento directo europeo de la India ha avanzado a lo largo de dos canales paralelos. Uno es el interés romántico, literario y filosófico en el contenido de la cultura india; el segundo, el interés erudito en los hechos de su historia. Ambos, por supuesto, se influenciaron mutuamente; los estudiosos se beneficiaron del impulso romántico para explorar y admirar una cultura exótica; mientras que el interés en su contenido se basó en los estudiosos para obtener su material y se benefició de sus resultados. Ambas tendencias sobreviven hoy en formas modernas. En la práctica ambas brotaron de las mismas fuentes, la obra de sir William Jones (1746-1794) y dos de sus colegas que trabajaron con él en la India, Charles Wilkins (1749-1836), el primer inglés en convertirse en un estudioso del sánscrito, y Henry Colebrooke (1765-1837). Los tres recibieron el aliento directo del más grande administrador británico que trabajó nunca en la India, Warren Hastings. Jones consiguió ser nombrado en la India juez del tribunal supremo de Calcuta en 1783, y vivió allí diez años hasta su temprana muerte. Conocía ya el árabe y el persa, y tan pronto como llegó a la India empezó a estudiar el sánscrito con la ayuda de Wilkins. En Inglaterra, su reputación era ya absolutamente extraordi-

naria. El ímpetu que impulsó sus estudios no fue el simple deseo desapasionado del conocimiento, sino una profunda admiración hacia la cultura india.

En 1784 Jones fundó la Sociedad Asiática de Bengala, en cuyo periódico y serie de *Investigaciones asiáticas* se publicaron los primeros intentos sistemáticos de descubrir las antiguas raíces de la cultura india. En 1786 incluso publicó un sorprendentemente exacto estudio sobre el sistema de la música india. Su obra más influyente, sin embargo, fue su traducción del sánscrito de la obra de teatro *Shakuntala*, del gran poeta y dramaturgo gupta Kalidasa (¿siglo IV d.C.?). Fue publicada en 1789, y en el espacio de cinco años arrasaba en toda Europa. Jones y sus colegas siguieron proporcionando más traducciones de clásicos sánscritos, que se añadieron al impacto de la literatura sánscrita en Europa.

J. G. Herder (1744-1803) fue el principal escritor responsable de iniciar la oleada de entusiasmo hacia la literatura india en Alemania. Incluso antes de que leyera la traducción alemana del *Shakuntala* de Jones en 1791, ya había proclamado su convicción de que la India era la fuente de la humanidad, y poseedora de una verdad y sabiduría que contrastaban enormemente con la frialdad del intelecto europeo. Pasó el resto de su vida propagando su entusiasmo hacia la literatura y sabiduría indias y estudiando ardientemente toda la literatura india que

El filósofo Schopenhauer, que quedó profundamente impresionado por la filosofía india y la asimiló con la suya propia. Retrato de F. von Lenbach.



podía encontrar. Goethe (1749-1832), el mayor poeta-dramaturgo alemán, compartió su entusiasmo por Kalidasa, y describió varias veces la impresión que le había causado y cómo el escritor indio había influenciado sus propios escritos. También buscó otras traducciones de las obras sánscritas a medida que fueron apareciendo. Lo que hechizaba a estos autores era evidentemente, en primer lugar, la radiante atmósfera de dulzor y erotismo del que está imbuido el *Shakuntala*; pero también percibían la profundidad tanto de la habilidad artística como de las implicaciones filosóficas que contenía. Schiller, Novalis, Schelling y Heine fueron otros escritores alemanes que se sintieron también profundamente afectados, una lista que podría extenderse enormemente. Los papeles de Beethoven están llenos de anotaciones de escritos religiosos indios. Pero los más importantes difusores del conocimiento de la literatura sánscrita en Alemania fueron los hermanos Schlegel. Friedrich (1772-1829) aprendió el sánscrito de Alexander Hamilton, al que conoció a su regreso de la India en 1802; se convirtió en el primer hombre que tradujo textos sánscritos directamente al alemán. Su hermano August Wilhelm (1767-1845), el famoso traductor de Shakespeare, estudió también el sánscrito y tradujo muchos clásicos sánscritos importantes.

Influencia india en las culturas occidentales. Dos de los más grandes filósofos alemanes se vieron profundamente influenciados por el contenido de la literatura sánscrita. El primero fue Immanuel Kant (1712-1804). Los estudiosos Jacobi y Stcherbatsky han señalado varias de sus principales ideas cuya forma y expresión tienen una deuda con la filosofía budista y la teoría de la poética hindú. El segundo fue Arthur Schopenhauer (1788-1860), cuya filosofía, que él mismo consideraba como una continuación directa de la de Kant, culmina en una versión del pensamiento monista indio. Más tarde en su vida se sintió profundamente impresionado por el budismo, y tenía una estatua del Buda en su estudio, y se refería a sí mismo y a sus seguidores como «nosotros los budistas». Uno de los más importantes de estos seguidores, como filósofo y como sanscritista, fue Paul Deussen (1845-1919), traductor y comentador de los *Upanishad*. Otro fue el compositor Richard Wagner (1813-1883), que utilizó motivos indios para sus primeras obras. Y el filósofo Friedrich Nietzsche (1844-1900), pese a su hostilidad hacia Wagner, apreciaba de tal modo el código moral expresado en el antiguo código legal sánscrito, el *Manusmriti*, que afirmó que todos los demás códigos eran meras imitaciones y caricaturas suyas.

Aunque los alemanes fueron, quizá, los más entusiastas en su asimilación de las ideas indias, hubo muchos escritores en otros países que hallaron también su inspi-



Hoja de palma de un manuscrito de sabiduría budista, cuya iluminación representa al Buda; siglo x d.C., Nepal. Museo Británico.

ración en los clásicos indios. Entre ellos estaba Victor Hugo (1802-1885), que escribió un poema imitando directamente un *Upanishad*, y Mihai Eminescu, el mayor poeta rumano, que era también sanscritista y seguidor de Schopenhauer. El pensamiento y los escritos del norteamericano R. W. Emerson (1803-1882) se dedicaron a expresar sus intuiciones sobre la unidad de toda la vida y el trascendente principio de la realidad; describió repetidamente su deuda con la India. H. D. Thoreau (1817-1862) fue otro norteamericano importante que leyó extensamente la literatura india. Su principal obra, *Walden*, está llena de referencias a las escrituras sánscritas. En 1850 escribió que la inspiración de los Vedas había caído sobre él como la luz «desde una alta y muy pura luminaria»; y la «vida» natural que intentó vivir imitaba la de la casta superior hindú, vegetariana y abstemia.

Esta corriente de inspiración que fluía desde el contenido de la literatura y el pensamiento indios ha llegado hasta los tiempos modernos. El libro de sir Edwin Arnold

sobre el Buda, *La luz de Asia* (1879) vio numerosas ediciones. Poetas como W. B. Yeats integraron la filosofía india en sus visiones personales del mundo. El alemán Hermann Hesse (1877-1962) ha impresionado a generaciones modernas enteras con sus novelas que tratan de temas indios. Las dos últimas tenían una deuda especial con la obra de la teósofa rusa H. P. Blavatski, que propagó vigorosamente su propia interpretación de la espiritualidad india. Pese a lo bajo que ha caído en la actualidad su reputación, el movimiento que inició tuvo un importante papel tanto en la política india como en la vida cultural europea. P. D. Ouspenski (1878-1947) fue otro ruso cuyas especulaciones extremadamente significativas sobre la naturaleza del tiempo se vieron estimuladas por las ideas indias.

Interés europeo. La corriente del interés erudito europeo en la India remontó el vuelo en el siglo XVIII. Los franceses habían empezado a recopilar textos sánscritos y tamiles, incluidos los Veda, ya en el año 1718, aunque fueron incapaces de leerlos hasta más adelantado el siglo, cuando, con ayuda del pandit tamil Maridas Pillai, algunos estudiosos que visitaron Pondicherry aprendieron las es-

crituras y los lenguajes indios. Es probable que el historiador francés del siglo XVIII Desvignes, trabajando a partir de manuscritos recopilados por el astrónomo viajero Le Gentil, fuera el primero en fijar la correspondencia cronológica que puso el estudio de la historia india sobre un pie firme. Logró esto fijando la identidad del rey «Sandrakottos», mencionado por Megástenes, con Chandragupta Maurya. Jones hizo pública su correspondencia como la base esencial para la historia india. Una vez más fueron de nuevo, en la práctica, los miembros de la Sociedad Asiática de Bengala quienes primero publicaron y tradujeron el cuerpo de literatura india del que se alimentó el interés científico. Jones, Wilkins, Colebrooke y H. H. Wilson trabajaron con colaboradores indios dispuestos a ayudar. Colebrooke estaba particularmente interesado en el material científico; Wilson compuso un diccionario, tradujo el *Visnupurana*, y sólo en 1832 se convirtió en el primer profesor Boden de sánscrito en la Universidad de Oxford, 18 años después de que Chèzy hubiera sido nombrado para una cátedra de sánscrito en París. Y este hecho es el primer indicativo de la degeneración del interés hacia la cultura india en Gran Bretaña, muy distinto del despertado en el continente, pese a la ocupación británica de la India.

En la actualidad Gran Bretaña tiene muy pocas cátedras de sánscrito, y las que hay están ocupadas principalmente por filólogos, en contraste con Alemania, donde, desde que se estableció la primera cátedra en Bonn en 1818, casi cada universidad ha tenido florecientes departamentos que cubrían un amplio campo de estudios indios. La gran excepción fue F. Max Müller (1823-1900), el erudito alemán sobre el sánscrito de enorme producción, que retuvo la cátedra de filología comparativa en Oxford durante muchos años. Fue tanto un científico como un dedicado abogado de las ideas indias.

En la práctica, sin embargo, el estudio desapasionado y objetivo de los asuntos indios avanzó entre los británicos que vivían en la India, al principio entre aquellos que trabajaban para la Compañía de las Indias Orientales y que administraban grandes extensiones del subcontinente, en especial Bengala; y luego, después de 1860, para la corona.

Sólo durante el siglo XX empezaron de nuevo la mayoría de los administradores, abogados y militares británicos a ocuparse algo más que superficialmente de la religión, la literatura y la vida indias. Entre ellos quien cabe destacar más quizá sea sin John Woodroffe, el juez del tribunal supremo en Calcuta, que bajo el seudónimo de Arthur Avalon dedicó su vida a exponer y defender la religión tántrica.

En la Europa continental, una larga serie de distinguidos eruditos se dedicaron al estudio de la literatura sán-



Arriba: Tres de los *rathas*, pequeños santuarios monolíticos del siglo VII en Mahabalipuram, cerca de Madrás, un lugar visitado a menudo por los europeos en el siglo XVIII.

Página opuesta, arriba: La escultura de «dos monos» espulgándose, en Mahabalipuram, de la que se burló William Chambers.

Página opuesta, abajo: La columna mauryana, ahora en Delhi, que lleva grabada la inscripción del emperador Asoka, siglo III a.C., en la escritura brahmi descifrada por James Prinsep en 1837.

crita y la historia india. En Francia la Société Asiatique, la primera de tales sociedades, se fundó en 1822. J. L. Burnouf hizo grandes progresos con el estudio comparativo del sánscrito y los lenguajes europeos. Su hijo Eugène leyó ampliamente la literatura india, y descubrió la naturaleza del lenguaje pali utilizado para los textos theravada; en 1840 tradujo del sánscrito el enorme *Bhagavata Purana*. Pero una de las características del interés oriental erudito francés fue su amplitud, que abarcaba dentro de su campo de acción China y todo el sudeste de Asia. Cuando los franceses ocuparon como colonias primero Saigón (1859), luego Cochinchina (1867), Vietnam (1883) y Camboya, y luego Laos (en 1893), el interés específico francés en el sudeste de Asia quedó formulado. Émile Guimet fundó, primero el Lyon, luego en París, el museo que ahora lleva su nombre, y que contiene colecciones que reflejan esa amplia erudición e interés estético francés. Toda una serie de estudiosos franceses trabajaron en la India y en el sudeste de Asia. Dutreuil de Rhins exploró Khotan, y trajo de vuelta manuscritos primitivos escritos sobre corteza de abedul; también trabajó sobre inscripciones budistas. Émile Sénart, Sylvain Lévi, Edouard Chavannes, Louis Finot y Alfred Foucher trabajaron también sobre materiales indios, tanto en Oriente como en Francia; Foucher en particular estudió lo que llamó el arte greco-budista de Gandhara. También fue él quien fundó otras tres importantes instituciones en el este: la



École Française d'Extrême Orient en Indochina, que sustentó una larga serie de las más importantes publicaciones sobre arte oriental; la misión arqueológica francesa en Afganistán, y la franco-japonesa en Tokio. Toda una serie de distinguidos eruditos trabajaron en estas instituciones, entre ellos el más sobresaliente Joseph Hackin (muerto en 1941), el excavador de Begram.

Alemania no tenía intereses coloniales en los países de Oriente. En consecuencia sus estudios se mantuvieron a un nivel académico, estético y lingüístico, con un cierto interés en la numismática. Sus logros fueron sin embargo considerables. Th. Benfey publicó en 1859 su edición de la gran colección de historias indias, el *Panchatantra*, que causó furor. Pudo ilustrar con detalle cómo las historias en esta colección habían penetrado gradualmente a través de las persas, árabes, hebreas y latinas en los lenguajes europeos, y cómo muchas habían sido introducidas por La Fontaine. En 1852 A. Weber publicó la primera historia consistente de la literatura india. En Holanda, Italia, Checoslovaquia y Hungría florecieron también los estudios indios. El húngaro Csoma de Körös (1784-1842) visitó y trabajó en la India, estudiando en especial el lenguaje y la literatura en los límites del Tibet, donde murió. El interés en el Asia india cubrió pues de forma virtual todo el continente.

Primeros encuentros con el arte indio. Resulta fascinante leer los antiguos relatos de los oficiales británicos de su primera visión de los que hoy son monumentos reconocidos del arte indio. Los ejemplos pueden proporcionar el aroma de la época. En el primer volumen de *Asiatick Researches* (*Investigaciones asiáticas*, 1784), el arquitecto William Chambers describe la visita que hizo en 1772 a los restos de Pallava en Mahabalipuram. «La roca o más bien colina de piedra sobre la cual se ha ejecutado una gran parte de la obra es una de las señales principales para los marineros cuando se acercan a la costa ... y es conocida por el nombre de Siete Pagodas... Algunas de este número estuvieron en su tiempo aquí, y fueron sepultadas por las olas... [la colina] es lo que primero llama la atención cuando uno se acerca al lugar; porque, como se alza bruscamente de una nivelada llanura de gran extensión, consiste principalmente en una única piedra, y está situada muy cerca de la playa, es el tipo de objeto que un viajero inquisitivo se desviará naturalmente de su rumbo para examinar. Su forma es también singular y romántica y, desde lejos, tiene el aspecto como de algún antiguo y encumbrado edificio. Cuando uno se acerca hasta el pie de la roca desde el norte, imágenes y esculturas se apiñan ante los ojos, como si quisieran favorecer la idea de una ciudad petrificada, como aquellas que han sido fabuladas en distintas partes del mundo por viajeros demasiado crédulos.»

Una nota a pie de página explica que «Entre todos ellos, un objeto, aunque de poco significado, atrae la atención, una muestra de la naturaleza grotesca y ridícula del diseño: consiste en dos monos tallados en piedra, uno de ellos en una postura agachada, mientras el otro le retira los insectos de la cabeza». Más adelante, Chambers registra el relato mitológico que le contaron los indios sobre la fundación, historia y abandono del majestuoso lugar, en el que figuran dioses y reyes de leyenda. «Así —escribe— es el modo en el que los brahmines decidieron explicar la caída de un lugar dedicado a sus retorcidas supersticiones.» Las suposiciones culturales siglo XVIII de las que está permeado este relato son fascinantes en sí mismas, y explican en gran medida la forma en que se desarrollaron los primeros estudios del arte indio.

Otros artículos en las publicaciones de la Sociedad Asiática proporcionaban informes sobre, por ejemplo, el budismo en Ceilán, o los templos cueva en Elephanta (vol. 6) y templos en otras partes de la India. Francis Buchanan describió el lenguaje y la religión y literatura de los «Burmas» (vols. 5 y 6); escribió acerca de las pagodas birmanas: «...Godama exigía que sus imágenes y reliquias fueran adoradas. Los templos más grandes y más celebrados tenían generalmente forma de pirámide, y se supone que contenían algunas de esas reliquias; como un diente, un hueso, un cabello o un adorno. A estos templos, como contenedores de la sagrada reliquia, van dirigidas las plegarias del devoto, y a él se presentan sus ofrendas. Las pirámides son a menudo de gran tamaño, construidas con sólidos ladrillos enlucidos, y situadas en general sobre una terraza prodigiosamente elevada. La base de la pirámide se halla con frecuencia rodeada por una doble hilera de otras más pequeñas; y las cimas de toda la zona están siempre coronadas con parasoles, hechos con una combinación de barras de hierro en una especie de filigrana y adornados con campanillas. Muchas de estas pirámides tienen de cien a ciento cincuenta metros de altura. En los templos más grandes el parasol y al menos la parte superior de la pirámide, y a menudo su totalidad, están enteramente doradas; y al edificio se le concede el título de shwe o dorado».

Intentos de cronología. La variedad de tópicos adjudicados como etiquetas por las primeras publicaciones de la Sociedad Asiática de Bengala es realmente impresionante. La tradición que siguieron estos escritores fue la desarrollada en la Inglaterra de finales del siglo XVII, cuando los estudiosos como Wharton estaban evolucionando una historia exacta de Gran Bretaña. Uno de los temas más importantes era la cuestión de la cronología de la cultura india. En *Asiatick Researches*, volumen 2, se hizo el intento de abarcar la totalidad dentro de un único esquema y correlacionarla con los datos bíblicos; pero sin éxito. El estudio del capitán Wilford de la cronología de los reyes en Magadha y Andhra fue otro estudio preliminar más detallado, erróneo pero importante. Elphinstone, en su importante *Historia de la India* (1839), tuvo que escribir que para la historia india «no puede fijarse ninguna fecha de un acontecimiento público antes de la invasión de Alejandro, y no puede intentarse ninguna conexión relacionada con las transacciones nacionales hasta después de la conquista mahometana». Se necesitó la dedicada investigación de generaciones de estudiosos, registrando, comparando y correlacionando inscripciones y monedas a lo largo de todo el siglo XIX, para establecer finalmente una secuencia válida para la historia india. Incluso esta secuencia, sin embargo, es tan sólo muy ampliamente esbozada, y carece de detalles comparada con las nociones occidentales de su propia historia. Y algunos detalles cruciales —como por ejemplo las fechas base o cualquier fecha para el gran rey kushano Kanishka— todavía no han sido decididos. El estudio de los materiales base indios ha sido estructurado a través de la epigrafía y la numismática. Éstas son herramientas esenciales de la historia; y las publicaciones de la sociedad, desde los primeros volúmenes de *Asiatick Researches*, estuvieron llenas de informes de antiguas inscripciones, acompañados por copias de los originales para que posteriores estudiosos pudieran usar-

Rollo de plata impreso con una inscripción en escritura kharoshthi, de Taxila. Un ejemplo de epigrafía sobre materiales duros, datada del 78 d.C.





Anverso y reverso de medallas de (de arriba abajo) el gobernante seléucida Antíoco II, el emperador kushano Kanishka, el emperador gupta Samudragupta y el rey pactriano Eucrátides. Museo Británico.

las. Quizás el progreso más importante en el campo de las inscripciones fue cuando James Prinsep, secretario de la Sociedad, publicó en 1837 la clave para el alfabeto brahmi utilizado por el gran emperador primitivo Asoka (272-232 a.C.) para sus proclamaciones grabadas en piedras y columnas.

La razón principal por la que la creación de una historia india coordinada eran tan difícil fue que, aunque hay cuerpos enteros de tradición histórica en la India, tienden a estar combinados con mitos y ser algo confusos o extravagantes. Los estudiosos indios nativos no sintetizaron registros históricos fechados como habían hecho en Chi-

na y en Occidente. Esto era parcialmente resultado, en primer lugar, de la repetida fragmentación de los imperios indios, con la consiguiente ausencia de muchos registros prolongados de acontecimientos; en segundo lugar, especialmente en los primeros tiempos, por el uso de un surtido de distintas fechas base para las eras que tenían los años registrados en las inscripciones; y en tercer lugar, por el hecho de que la historia no parece haber sido nunca un importante esfuerzo cultural en la India como lo fue en Occidente y en China. En consecuencia, para los estudiosos europeos, montar un esquema cronológico para la civilización india era principalmente un asunto de combinar sincronismos y secuencias. Los sincronismos son aquellos acontecimientos que pueden relacionarse por su fecha, según las evidencias documentales, primero con escalas de tiempo establecidas de otras culturas no indias, y segundo entre sí. Muchos de tales sincronismos aparecen anotados en este libro. Las secuencias son las listas de acontecimientos sucesivos en la India que pueden establecerse a partir de registros tales como listas de leyes en los *Purana* o inscripciones y monedas; la mayor parte de las veces son simplemente los nombres de miembros de las familias de los reyes. Algunos de estos nombres pueden luego identificarse con cifras que aparecen en la literatura, por otra parte no fechada, para proporcionar nuevos sincronismos. Un ejemplo es la identificación de un tal rey «Milinda», que aparece como interlocutor en un texto budista, con el rey Menander, un gobernante griego de Gandhara y el Punjab, cuya acuñación de monedas y lugar en la historia son relativamente bien conocidos. Esta obra puede ampliarse con el estudio, por ejemplo, de antiguos nombres de lugares y geográficos. No hace falta decir que la prosa donde se encuentran todos estos datos puede ser muy árida.

Las principales tradiciones indias que sobreviven, y que fueron de un valor fundamental como material comparativo, incluyen los anales contenidos en dos textos budistas pali de Ceilán, llamados el *Dipavamsa* (¿siglo IV d.C.?) y el *Mahavamsa*, que incluyen ambas versiones de la historia india —en especial de la dinastía Maurya— que no concuerdan. Luego hay cinco de los 18 *Purana* que contienen las listas de los reyes, la más fiable de las cuales es el *Visnupurana*. Un poema sobre los «Hechos del rey Harsha» fue escrito por Bana c. del 610 d.C.; y en el siglo XII el poeta Bilhana escribió unos comparables «Hechos de Vikramanka», su propio maestro real. El *Rajatarangini* es una crónica del siglo XII de los reyes primitivos y medievales de Cachemira; y hay numerosas crónicas sagradas jainíes en manuscrito, algunas ya estudiadas, otras todavía no. También hay algunos otros textos disponibles a los especialistas. Pero es interesante señalar cómo la investigación arqueológica está vindicando en la actualidad

la exactitud de las descripciones de ciudades, de la vida diaria y de los acontecimientos tal como están registrados en la primitiva literatura no datada, lo cual proporciona fechas generales a lo que previamente aparecía como carente de raíces históricas, incluso sospechoso. Las secuencias establecidas por la arqueología pueden arrojar también luz sobre la historia desde el punto de vista material, aunque se hallan concentradas sobre ciertos períodos con exclusión casi completa de otros. La actividad en el campo de la historia india, sin embargo, es intensa, y se ha ido incrementando a lo largo de casi dos siglos.

Epigrafía. La epigrafía, o el estudio de las inscripciones, se aplica a los registros inscritos sobre piedra, sellos, relicarios o placas de cobre, que aquellos que las encargaron deseaban que fueran conservadas. Junto con la numismática, el hallar, coleccionar y estudiar inscripciones constituyó una de las principales actividades de los arqueólogos hasta principios del siglo xx. Normalmente las inscripciones recuerdan a los reyes muertos o conmemoran las conquistas reales de un territorio, registran la piadosa dedicación de edificios y esculturas, o testifican los virtuosos hechos de la gente en todas las avenidas de la vida, incluidos los peregrinos. También documentan a menudo las transferencias de tierras y los ingresos de las fundaciones religiosas. Pueden ser muy largas, y ser verdaderos panegíricos sobre las virtudes del patrón, lo cual suele reducir su fiabilidad. Algunas señalan que fueron escritas por un «supervisor de los registros», lo cual sugiere que se debió compilar mucho que ahora ha resultado irremediablemente perdido, como muchas otras cosas en la India.

Es imposible ofrecer aquí una relación del curso que han seguido los estudios epigráficos indios, puesto que el material es tan enorme, y los progresos de acumulación y evaluación no han cesado prácticamente. Junto con Prinsep, los principales pioneros entre 1783 y 1821 fueron Colin Mackenzie, que fue un considerable dibujante topográfico y más tarde (1815) Inspector General de la India, y que recopiló numerosos registros escritos de la antigua Presidencia de Madrás; y Walter Elliot, que publicó ensayos sobre las «inscripciones hindúes» en varios números del *Journal of the (London) Royal Asiatic Society*. Más tarde, Theodore Hope recopiló y fotografió muchos antiguos registros en Madrás y Mysore, que fueron editados por J. F. Fleet. Tres largas series de publicaciones contienen buena parte del material fundamental: las *Antigüedades indias*, iniciada por James Burgess en 1872; *Epigrafía india*, editada también por Burgess (1888-1892) y continuada por E. Hultsch, que más tarde fue profesor en la Universidad Halle en Alemania; y las *Inscripciones del sur de la India*, publicadas por primera por Hultsch en 1890. Están complementadas por numerosas

obras adicionales, muchas de estudiosos indios. La más importante quizá fue el estudio de Fleet de las *Inscripciones Gupta*, consecuencia de su crucial descubrimiento en 1887 de los sincronismos que establecieron la fecha de apertura de la era Gupta, sobre la que las opiniones han fluctuado enormemente. Pero como ilustración de lo prolongada que puede ser la investigación epigráfica, es interesante señalar que sólo gracias al descubrimiento de un sello de arcilla roto en Nalanda en 1943 se pudo situar al más grande de los reyes Gupta, Budagupta, en su auténtico lugar dentro de la secuencia de Fleet. Otra obra importante fue la de F. Kielhorn *Inscripciones del norte de la India* (1898-1899). Las más recientes publicaciones importantes han sido la serie continuada de *Epigrafía india* y, desde 1945, el Informe Anual sobre la Epigrafía Índica del departamento epigráfico del gobierno. Uno de los más distinguidos epigrafistas recientes del gobierno para la India ha sido el profesor D. C. Sircar, que se retiró de ese puesto en 1961.

Numismática. La numismática, el estudio y clasificación de las monedas, en especial para establecer secuencias, avanzó mano a mano con la epigrafía, de la que en cierto sentido es una rama. Las inscripciones sobre monedas, sin embargo, suelen ser breves; pero los yacimientos y niveles a los que se encuentran las monedas proporcionan importantes evidencias adicionales.

Las primeras publicaciones de monedas indias «griegas» fueron las de Mionnet en 1811 y Visconti en 1814. Lue-



go, en 1824, el coronel Tod publicó, en el primer volumen de las *Transactions* de la Royal Asiatic Society, toda una memoria sobre «medallas» griegas, partas e indias, con grabados. Charles Masson viajó a Afganistán, y publicó tres memorias (1834-1836) sobre las monedas que descubrió allí. Proporcionaron el elemento necesario para que Prinsep descifrara antiguas escrituras. Muchos otros oficiales y exploradores coleccionaron y publicaron también, notablemente el general Ventura, un oficial al servicio de Ranjit Singh, el sikh gobernante del Punjab, en los años 1820. Las placas de Tod fueron usadas por A. W. von Schlegel en el *Journal Asiatique* de 1828 para el primer intento válido de construir una cronología india a partir de las monedas. Su trabajo fue seguido diez años más tarde por la historia de Lassen de los reyes griegos e indos, basada en la acuñación de las monedas, primero en alemán, luego dos años más tarde en inglés. En 1841 H. H. Wilson publicó el primer resumen de investigación numismática con relación a otros trabajos arqueológicos.

A mediados del siglo XIX el trabajo más importante fue probablemente obra de E. Thomas, que elaboró un catálogo completo de monedas bactrianas en 1857, y editó los ensayos de Prinsep. Es significativo el énfasis que se puso, y todavía se pone, en el noroeste y Afganistán. Porque fue allí donde occidente y oriente se encontraron, y esos sincronismos son los que pueden establecerse mejor. Pero las vitales listas de las colecciones de museo, hechas por Rodgers y Lahore, Delhi y Calcuta, proporcionaron la base para un estudio numismático más amplio por todo el

norte de la India. Para el sur, Bhagawanlal Indraji supervisó las monedas de Shaka-Shatavahava; y Walter Elliot publicó *Monedas del sur de la India* (1886).

El principal trabajo de codificación tuvo lugar a finales del siglo XIX. La serie de ensayos de Von Sallet sobre las monedas de los seguidores de Alejandro en Bactriana y la India (1879) fue el primero. Luego siguieron los estudios de Vincent Smith sobre las acuñaciones Gupta (1884, 1889, 1894) y el catálogo de Percy Gardner para el Museo Británico de las monedas de los reyes griegos y escitas de Bactriana y la India (1886). El libro general de E. J. Rapson *Monedas indias* (1898) fue el primero en sintetizar el trabajo de generaciones de estudiosos en una supervisión comprensiva, y todavía tiene un gran valor. En 1908 completó su catálogo de las monedas del Museo Británico de la India occidental primitiva. El catálogo del Museo Británico de J. Allan de *Monedas de las dinastías Gupta etc.* (1914) fue otro hito. El trabajo continúa, ahora en estrecha asociación con la excavación arqueológica.

En 1904 se inició el Suplemento Numismático del *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, y se desarrolló el interés intelectual hacia las acuñaciones medievales y posteriores, un campo en el que toda una serie de estudiosos indios han publicado importantes investigaciones. Notables entre ellos cabe destacar a R. D. Banerji, el profesor Altekar y el doctor Agrawala. Otro estudioso indio, que ha trabajado especialmente en las primitivas monedas punzonadas de las ciudades-estado es D. D. Koshambi. Un importante texto auxiliar es el del doctor B. Sahari,

Página opuesta: Vigas de madera utilizadas en los cimientos del siglo III de la capital mauryana de Pataliputra, moderna Patna, durante su excavación en los primeros años de este siglo.

Derecha: Colección de esculturas medievales en Tewar, India central, tal como fueron fotografiadas a finales del siglo XIX, inmediatamente después de su excavación por los Estudios Arqueológicos de la India.

Abajo: El Maniyar Math, un santuario circular excavado en la antigua Rajgir, cerca de Patna. Las finas esculturas Gupta de estuco que lo recubrían han desaparecido arrastradas por las fuertes lluvias monzónicas.





Arriba: Vista de la «Pagoda Gran Dragón de Rangún y su paisaje al oeste de la Gran Carretera»; dibujo de J. Moore, grabado por H. Payli, publicado en 1825.

Abajo: Colección del tesoro de espléndidos broncecillos medievales recuperados de templos, fotografiados en los primeros años de este siglo en Bagalkot, en la Presidencia de Bombay, por los Estudios Arqueológicos de la India.



Técnica de acuñar monedas en la antigua India (1945). Durante este siglo el trabajo de refinar los estudios numismáticos ha continuado en todos los campos, y ha sido publicado especialmente en el *Journal of the Numismatic Society of India*. Porque las constantes excavaciones arqueológicas ofrecen a menudo nuevo material numismático a la luz. Particularmente importantes son las monedas extranjeras, como las acumulaciones romanas halladas en muchos yacimientos primitivos, que pueden ser utilizadas para proporcionar sólidos sincronismos.

La exploración arqueológica en la India. Otro importante escritor sobre las monedas indias fue Alexander Cunningham. Su *Monedas de la India antigua* (1891) y su *Monedas de la India medieval* (1894) fueron el producto de décadas de estudio y de excavación; porque fue el primer Director General de Arqueología de la India. En 1848, como oficial ingeniero, propuso el control y la conservación de los monumentos indios. En la práctica, un cierto número de funcionarios que eran también dibujantes

(como lo eran muchos estos días) habían empezado ya a efectuar registros de ruinas y restos en la India; y se habían dado pasos tentativos para conseguir el reconocimiento oficial de lo que se necesitaba. Sólo en 1860 obtuvo la idea de Cunningham alguna sustancia, cuando el gobierno de la India pasó a cargo de la corona británica. Cunningham fue nombrado entonces (temporalmente) el primer Inspector Arqueológico de la India, y trabajó en Uttar Pradesh y Bihar. Hubo dificultades financieras; pero, ayudado por las presiones de, entre otros, el estudioso de la arquitectura James Fergusson, finalmente se nombró todo un Directorio de Arqueología, con Cunningham como director, para trabajar en el norte de la India. En 1874 sus actividades se extendieron al oeste y al sur, donde James Burgess fue nombrado Inspector.

Los tres estudiosos nombrados produjeron una extraordinaria serie de informes y publicaciones sobre descubrimientos, epigrafía, arquitectura y conservación, con los que el estudio de la India antigua siente todavía una gran deuda. Estudios Arqueológicos inició también un gran número de museos en los yacimientos. Pero Cunningham se retiró en 1885, Burgess en 1889, y Estudios entró en días malos. Las administraciones provinciales hacían sólo contribuciones nominales a la conservación de los restos, aunque empezaran a montar museos, algunos de los cuales se volvieron extremadamente importantes. Ahora hay más de 80 museos en la India. Algunos de los principales son el Museo de Madrás (empezado en 1857); el Museo Estatal de Lucknow (1883), el Museo Indio de Calcuta (1878), que se basó en las colecciones de la Sociedad Asiática de Bengala; el Museo Príncipe de Gales de Bombay, originalmente el difunto Museo Poona (años 1870); y el Museo Curzon en Mathura.

En 1899 lord Curzon fue nombrado Virrey de la India, un hito en la historia de la arqueología en la India, además de en la política. Ese año se intentó organizar la exploración arqueológica en cinco círculos regionales. Curzon, sin embargo, estaba personalmente decidido a que el pasado de la India fuera recuperado y registrado, y aceptó del gobierno la responsabilidad de conseguirlo. En 1902 sir John Marshall fue nombrado director general de los revividos Estudios Arqueológicos, cuando aún era muy joven. Permaneció en el cargo en la India hasta 1931. Pese a las insuficiencias financieras y a la inexperiencia de Marshall, se efectuó un trabajo sustancial en excavar, fotografiar y conservar yacimientos. Entre 1906 y 1909 el explorador sir Aurel Stein excavó los primeros yacimientos en los bordes de la cuenca del desierto de Tarim en Asia central —trabajo en el que fue seguido por el alemán Von le Coq y el francés P. Pelliot—, empezando así por primera vez a aclarar la arqueología del Asia central budista y la geografía y cronología de las antiguas rutas comerciales transasiáticas.

A medida que el departamento crecía, el interés arqueológico derivó de su antigua preocupación primaria hacia la epigrafía y la numismática en favor de la excavación prehistórica. El cambio radical de recursos, que dejó a los estudiosos de la epigrafía a un lado, causó algunas fricciones. Sin embargo, el cambio es comprensible a la vista de los grandes descubrimientos que se hicieron durante la época de Marshall, notablemente la civilización del valle del Indo, con sus dos capitales de Harappa y Mohenjo-daro. Las técnicas de excavación utilizadas fueron relativamente toscas y directas. Para remediar este estado de cosas, en 1938 se le pidió a sir Leonard Woolley, excavador de Ur, que aconsejara sobre métodos y entrenamiento, aunque con escasos efectos. Luego Mortimer Wheeler, un experimentado excavador británico y conservador del museo, fue nombrado director general de los Estudios Arqueológicos de 1944 a 1948. La tarea que realizó en estos cuatro años fue poner al día los métodos de excavación y la propia organización. Los Estudios Arqueológicos, tal como existen hoy en día, y los arqueólogos indios a los que ha entrenado, deben mucho a su administración. Durante la época británica de los Estudios Arqueológicos la imagen de la cultura material de la antigua India empezó a perfilarse gradualmente y a correlacionarse con el trabajo de historiadores y estudiosos de la literatura. En esta última actividad los autores indios fueron naturalmente de particular importancia, en especial Rajendralal Mitra, sir R. G. Bhandarkar y Bhagavanlal Indraji. Desde la independencia india quizá la obra más significativa de los Estudios Arqueológicos ha sido la efectuada por los arqueólogos indios —muchos de ellos alumnos de Wheeler— a la hora de excavar los yacimientos de las ciudades históricas primitivas, como Hastinapura y

Dibujo «vista NNE del Gran Templo Piramidal de Bara Budur en el Distrito de Cadu, Java», hecho en 1815 durante la ocupación británica de Java en tiempos de Raffles.



Kaushambi, cuyos informes en el periódico *Ancient India* todavía no han sido integrados en un cuadro general unificado.

A medida que se han ido descubriendo, investigando, excavando, fotografiando y algunas veces restaurando yacimientos, una serie de publicaciones han intentado reunir los resultados de la investigación detallada en una unidad coherente. De una importancia particular fueron las obras de Vincent Smith en sus *Historias de la India* (1904-1919) y *Bellas artes en la India y Ceilán* (1911); de J. Ph. Vogel sobre la escultura de Mathura (1910 y 1930) y *Las enseñanzas de la serpiente india* (1928); de H. Cousens sobre la arquitectura del Decán (1926 y 1931); y de H. Jouveau-Dubreuil sobre la arqueología y arquitectura meridional (1916 y 1926). Un notable trabajo erudito fue publicado también por los estudiosos franceses en la serie *Arts asiatiques*, y por los norteamericanos y alemanes en *Artibus Asiae*. Stella Kramrisch, fundadora de la Sociedad India de Arte Oriental y su periódico, ha sido una pionera de los estudios, en especial con textos teóricos sobre arte.

Exploración del Tibet y Birmania. En el volumen I de *Asiatick Researches* (1784), el honorable John MacPherson ofreció un relato general de su peligrosa visita al «Teshoo Loomboo» (el monasterio de Tashi Lunpo) en el Tibet. El Tibet era un país raras veces visitado en el siglo XIX por unos pocos europeos excéntricos, algunos de los cuales hallaron la muerte en ese difícil y peligroso terreno. En el *Journal of the Asiatic Society of Bengal* de 1881, el indio Savat Chandra Das publicó la primera «contribución» bien informada sobre la historia y la religión del Tibet. Sin embargo, sólo fue con la publicación del *Lamaismo* de L. A. Waddell en 1895 que se ofreció el primer relato claro y de amplio espectro sobre la religión y el arte tibetanos. La misión de Younghusband a Lhasa en 1904 trajo de vuelta muchos objetos e información, al tiempo que abría los contactos con la India. Desde entonces muchos estudiosos han aprendido el tibetano, y la cultura ha sido estudiada a partir de su voluminosa literatura impresa. Sólo el italiano G. Tucci ha efectuado serios y prolongados intentos, bajo grandes dificultades, de dar un sentido arqueológico a los numerosos monumentos. Esos esfuerzos se hallan por el momento en suspenso.

Quizá resulte extraño pero, pese al impulso inicial de los primeros miembros de la Sociedad Asiática de Bengala, los arqueólogos de la India británica hicieron pocos esfuerzos por sintetizar su trabajo con el de los arqueólogos que trabajaban en otras partes del sur de Asia. El estudioso indio R. C. Majumdar fue una notable excepción. Los británicos, sin embargo, tras conquistar Birmania, empezaron a mostrar un serio interés en el país en 1858, cuando se publicó el relato de sir Henry Yule de su misión en

la corte birmana en Ava. Un grupo de misioneros liderado por A. Judson había llegado en 1813 y empezado a trabajar con el lenguaje, y el doctor Burney había empezado a buscar fuentes históricas en 1825. Crawford, de regreso de una misión a la corte en Ava en 1827, escribió una cínicamente exacta evaluación de los motivos exhibicionistas de la construcción de templos en ese país. Luego, en 1860, Harwell empezó a estudiar el lenguaje mon, y en 1892 Forschhammer publicó los textos birmanos y pali. Phayre publicó una historia en 1883. En 1899 se estableció una investigación arqueológica y Charles Duroiselle, profesor de pali en Rangún, fue nombrado superintendente. Inició su propia serie de publicaciones: Duroiselle actuó como consejero del estudioso real birmano Taw Sein Ko, e inició excavaciones primero en Prome (1905), luego en Pagan (1907). El trabajo de investigación prosiguió durante los años 1920 y 1930, buena parte de él de conservación; y dos estudiosos en particular, G. H. Luce y U Pe Maung Tin, sintetizaron a medida que se

Escultura de un bodhisattva de Shahbazgarhi, en Gandhara, siglo II d.C., en el estilo etiquetado greco-budista que primero atrajo la atención estética de Europa. Musée Guimet, París.





Una de las copias de las antiguas pinturas murales budistas en Ajanta (Cueva 15), ejecutada c de 1880 bajo la supervisión de James Griffiths, enviada a Londres y publicada en 1896. Museo Victoria y Alberto, Londres.

iban acumulando los materiales de las fuentes para construir una historia del país. Desgraciadamente, todavía no se ha conseguido establecer ningún cuadro consistente de la evolución de los estilos de arte birmanos tras el período medieval Pagan; y todavía falta mucha arqueología por hacer.

Investigaciones en Indonesia e Indochina. El estudio del arte y la arqueología en Indonesia fue iniciado por un inglés, T. Stamford Raffles, que fundó Singapur como un puesto comercial colonial británico en 1819. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales había cedido en 1799 sus intereses a la república de Batavia, que no pudo retener el territorio. Luego los británicos ocuparon Java cinco años (1811-1816), durante cuyo tiempo Raffles realizó enérgicas investigaciones y descubrió Borobudur, el gran monumento budista, y escribió una *Historia de Java*. Indonesia fue luego devuelta a los holandeses, que la gobernaron hasta 1949, al principio sin proseguir la iniciativa de Raffles. Hubo graves problemas y desórdenes.

Aunque algunos administradores individuales habían efectuado exploraciones y fotografías cuarenta años antes, sólo en 1901 se creó una Comisión Arqueológica Holandesa, que se convirtió en un servicio arqueológico en 1913. Nuestro conocimiento de la cultura indonesia an-

tigua tiene una inmensa deuda con un hombre en particular, Th. van Erp (muerto en 1958). Arquitecto, arqueólogo y erudito, fue el principal responsable de recuperar de la destrucción los principales monumentos del arte javanés y publicarlos. Entre muchos otros, dos notables estudiosos holandeses, H. J. Krom y W. F. Sutterheim, publicaron libros y monografías que llenaron el cuadro de la arqueología indonesia.

En Indochina, en especial Camboya y Vietnam del Sur, los estudiosos franceses no fueron activos hasta después de 1860, cuando el naturalista H. Mouhot alcanzó Angkor. Su colorista publicación periodística enfocó la atención del mundo intelectual sobre las colosales ruinas perdidas en la jungla. En 1866 el escocés John Thomson las fotografió, y leyó su simbolismo a partir de paralelismos hindúes. Luego se iniciaron los trabajos de describir y descifrar las inscripciones. En 1873 fueron tomados moldes de las esculturas de Angkor y llevados al Trocadéro en París, donde despertaron sorpresa y admiración. Los monumentos del reino Cham en Vietnam del Sur fueron descubiertos por los franceses en 1885. Los descubrimientos y los estudios siguieron a medida que la administración francesa consolidaba su posición en la región.

En 1865 se fundó la Société des Études Indochinoises, según el patrón de las instituciones británicas en la India. En 1898, Alfred Foucher estableció la École Française de l'Extrême Orient, que fue responsable de la publicación de la mayor parte de investigaciones en esa región. Cuando Francia obligó a Tailandia a devolver Angkor a Camboya en 1907, se inició una conservación; y en 20 años fueron descubiertos más de 800 yacimientos. George Groslier, uno de los principales estudiosos franceses, fundó el gran museo de Phnom Penh para albergar la enorme cantidad de descubrimientos de los yacimientos indochinos. A lo largo de décadas de investigación y controversia, G. Coedes, Ph. Stern, P. Dupont, P. Mus y los Groslier, padre e hijo, han inspirado un intenso desarrollo de la arqueología y la historia de la región. H. Parmentier y L. Finot contribuyeron especialmente al trabajo en Champa y Laos. Se emprendió también una inmensa cantidad de conservación. Los exámenes aéreos han ayudado a revelar la enorme extensión de lo que aún queda por descubrir; por el momento, sin embargo, los trabajos se hallan inevitablemente en un punto muerto. Sólo en Tailandia han proseguido las investigaciones, aunque de momento sólo se ha efectuado una modesta cantidad de excavaciones en los yacimientos de las grandes ciudades, si bien se ha iniciado la conservación, y los trabajos de investigación siguen su marcha.

Actitudes europeas ante el arte indio. El aspecto artístico de los restos de la civilización india y del sudeste asiá-

tico no fue rápidamente apreciado por los europeos que la exhumaron y estudiaron. Había una batalla que librar. Durante las últimas décadas del siglo XIX, la opinión más influyente que prevaleció en Gran Bretaña sobre la calidad del arte indio —que, por supuesto, era conocido en general sólo a través de fotografías— estuvo representado por John Ruskin. En su segunda serie de conferencias como profesor de arte en la Universidad de Oxford (publicadas en 1871 como *Arata Penteleci*), utilizó una fotografía de una escultura de un toro nandi «como un tipo característico del mal arte de toda la tierra. Falso de forma, muerto de corazón, y cargado de riquezas, externamente. Puede descansar en la eterna oscuridad del arte malo, ahora y por siempre. Bien —continuó—, al lado de este toro colosal hay un ejemplo de la obra de Dédalo, ampliado de una moneda no mayor que un chelín», de hecho el anverso de una moneda griega del siglo V a.C. que mostraba a un indudablemente espléndido toro. «Miren a los dos juntos —señaló—, y a través de ello descubrirán lo que significa el arte griego, hasta el final de sus días.» Ciertamente, pensaba en algún tipo de ideal de verdad o moralidad que hallaba en la belleza de la imagen griega.

Nueve años más tarde sir George Birdwood dejó en letra impresa una famosa opinión que seguía estas mismas líneas, y que repitió en un ensayo leído en Londres ante la Real Sociedad de las Artes en 1910. Dijo de un Buda javanés que su «insensata similitud, por su pose inmemorialmente fija, no es más que una imagen de bronce no inspirada, mirando vacuamente de reojo desde su nariz hasta sus pulgares, sus rodillas y los dedos de sus pies. Un budín de sebo hervido serviría igual como símbolo de la apasionada pureza y serenidad del alma». Pese a este severo juicio, sir George fue, de hecho, un gran amigo de la artesanía india de la época, en especial la de descendencia musulmana. Organizó un cierto número de exposiciones destinadas a estimular la economía artesana india, y escribió lo que todavía es un libro clásico sobre las *Artes industriales de la India* (1880). Pero incluso el catálogo oficial de las colecciones indias del Museo de South Kensington (posteriormente el Victoria y Alberto) afirmó: «Las monstruosas formas de las deidades puránicas no son adecuadas para las formas superiores de representación artística: y posiblemente es por esto por lo que la pintura y la escultura son desconocidas, como bellas artes, en la India».

Estas citas, típicas de muchas otras, ilustran ampliamente la actitud europea ante la herencia artística de la India que era habitual en las últimas décadas del siglo XIX. «Monstruosidad», «fealdad», «embrutecimiento», «degradación», eran algunas de las palabras aplicadas a ella. Sólo existía un fino hilo de apreciación paralelo al concedido a la literatura india; e incluso entre los funcionarios que

trabajaban en la propia India había poco entusiasmo hacia el contenido del arte que estudiaban. Su interés residía en la historia y en sus documentos físicos. La tarea de eliminar este prejuicio profundamente arraigado no era en absoluto fácil. James Fergusson, en su *Historia de la arquitectura india* (1876), se refirió a la afinidad natural europea hacia sus propias tradiciones griegas y medievales, pero luego continuó: «Qué diferente resulta la sensación cuando, de este entorno familiar, nos volvemos hacia un país como la India. Su geografía apenas se enseña en las escuelas, y raras veces es comprendida; su historia es un rompecabezas; su literatura un sueño místico; sus artes una absoluta perplejidad. Pero, por encima de todo, los nombres de sus héroes y sus grandes hombres son tan poco familiares y tan impronunciables que, excepto unos pocos que han ido a la India, nadie llega a familiarizarse nunca con ellos, ni despiertan recuerdos agradables o dignos de conservar». De su propia admiración escribe: «De no ser por esto, probablemente no hay ningún país —fuera de Europa al menos— que merezca tanta atención como la India. No hay ninguno en el que todos los problemas de la ciencia o las artes naturales sean presentados de una forma tan clara y agradable. Ninguno cuya naturaleza se muestre con unos rasgos tan enormes y lujosos, y ninguno donde la humanidad exista en unas condiciones más variadas y agradables».

Hoy en día mucha gente se mostraría de acuerdo con estos sentimientos, aunque puede que los problemas de la India hayan disminuido ligeramente el encanto. Pero el cambio en la actitud ha necesitado virtualmente un siglo para consumarse. Ocurrió en tres fases principales. Primero llegó el reconocimiento de que al menos parte del arte indio tenía afinidades con el griego. Luego llegó un fuerte movimiento revivalista desarrollado entre algunos maestros en las escuelas de arte indias y estudiosos cautivados por la atmósfera del arte indio. En tercer lugar estuvo el entusiasmo de los artistas occidentales.

El despertar del entusiasmo. La primera fase se inició en 1870, cuando el doctor Leitner presentó en Inglaterra un gran número de lo que llamó reveladoramente «especímenes» de escultura que denominó «greco-budistas», un nombre que la hacía aceptable. El más antiguo descubrimiento de este arte gandharano, que de hecho es a la vez budista e influenciado por la fase tardía del arte griego, se produjo en 1833, cuando el doctor Gerard desenterró el primer relieve, un Buda, de un stupa cerca de Kabul. Hoenigberger (1833-1834) y Masson siguieron explorando, y en 1848 Cunningham excavó más obras budistas en el yacimiento de Jamalgarhi; fueron publicadas en el *Journal of the Asiatic Society of Bengal* en 1853 con pésimas fotografías, y llevadas a Inglaterra. Desgraciadamente pe-

recieron en el incendio de 1866 del Crystal Palace, donde estaban expuestas, aunque dejaron tras de sí una cierta impresión. Prepararon el terreno para los «especímenes» del doctor Leitner; y el nombre greco-budista fue adoptado por Alfred Foucher para su fundamental estudio *El arte greco-budista de Gandhara* (1905).

La segunda fase en el despertar del genuino entusiasmo por el arte indio estuvo en parte conectado con el establecimiento en los años 1870 de una serie de escuelas de arte al estilo británico en las principales ciudades indias. Tras un período inicial, en el que se hizo un intento de trasplantar los métodos académicos británicos, el personal británico e indio de estas escuelas llegó a ejercer una poderosa influencia en la actitud general india hacia las artes. En cierto modo ayudó a reavivar la conciencia india de su propia herencia artística, cosa que ocurrió hacia finales del siglo XIX, tanto desde el punto de vista estético como del práctico. El despertar se enfocó a empezar con los acontecimientos conectados con las pinturas murales en el gran monasterio cueva budista de Ajanta (ejecutado entre el 100 a.C. y el 600 d.C. aproximadamente). Fue visitado primero por un grupo de oficiales británicos del ejército de Madrás en 1819. Su descripción, cuando fue publicada, suscitó poco interés. En 1843, sin embargo, James Fergusson, el historiador arquitectónico, publicó una descripción completa. Su ojo atento le permitió persuadir a la Compañía de las Indias Orientales a obtener copias con dinero público. Un oficial ingeniero, el mayor Gill, que era también un distinguido artista, recibió el encargo de ejecutarlas con la ayuda de una *camera-lucida*, proporcionada por la Compañía de las Indias Orientales. Hizo 30 grandes copias al óleo, que fueron enviadas a Inglaterra en lotes. Se exhibieron en el Crystal Palace, donde todas excepto cinco ardieron también en 1866, pero no antes de que ellas también causaran un cierto impacto en el público. Luego, entre 1872 y 1885, James Griffiths, jefe de la escuela de arte de Bombay, supervisó la ejecución por algunos de sus alumnos de nuevos conjuntos de copias. Fueron enviadas a South Kensington y publicadas en 1896 en dos enormes volúmenes. Revelaron por primera vez al mundo occidental algo de la extraordinaria calidad del arte indio. Desgraciadamente, muchas de estas copias perecieron también en otro incendio en South Kensington. Y la fama que reportaron a Ajanta tuvo también un efecto desastroso sobre los originales. Porque las paredes fueron saqueadas durante décadas sin ninguna protección oficial, y los desgraciados intentos de conservación no ayudaron mucho. Ahora los maravillosos murales de Ajanta son muchos menos que los de 1819.

Las copias, sin embargo, tuvieron un efecto significativo en las actitudes del público. Desde hacía tiempo se

había producido una acalorada discusión acerca de si la India había contribuido o no en algo a la cultura mundial. Pero, en 1910, fue posible que un grupo de 13 artistas y críticos escribieran una carta indignada al *The Times* declarando su profunda admiración por el arte y la cultura indios. La carta fue promovida por el artículo de sir George Birdwood a la Real Sociedad de las Artes en el que repetía la opinión descrita antes. En 1904 Laurence Binyon, del Museo Británico, había escrito con una gran intuición acerca de la genuina relación artística entre las pinturas de Ajanta y las pinturas murales del siglo VIII d.C. en el gran salón del templo de Horyuji en Nara, en Japón. En París, Rodin, el gran escultor de las primeras décadas de este siglo, había expresado su profunda admiración hacia el arte del sudeste asiático, que conocía a través de los moldes en el Trocadéro, y había adquirido auténticas piezas de escultura india y camboyana. En su admiración seguía los pasos de Gaughin y Degas.

Este despertar del interés estético se vio consumado en la India por la obra de E. Havell, que había ido a Calcuta como director de la Escuela de Arte. Su libro *Escultura y pintura indias*, publicado en 1908, electrificó a la sociedad india, y representó un papel principal en restablecer en la India moderna el orgullo hacia su pasado antiguo, que la sumisión a la dominación musulmana y europea había eliminado casi por completo. Los artistas que habían trabajado con Griffiths en las copias de Ajanta trabajaron también con Havell, junto con otros artistas: entre ellos había miembros de la familia Tagore que, durante décadas, ayudaron a sustentar el movimiento artístico conocido como la Escuela Revivalista Bengalí. Esto tuvo un papel importante a la hora de establecer un auténtico arte nacional del siglo XX en la India.

Publicación de antiguos textos y estudiosos modernos.

En la práctica, ni el entusiasmo artístico ni el arqueológico podía por sí mismo abrir a la conciencia occidental el significado de los logros artísticos indios. Un elemento nuevo y vitalmente importante en la comprensión del pasado oriental fue introducido gracias a las publicaciones de los textos antiguos, muchos de los cuales se hallaban entre los manuscritos cuidadosamente relacionados por los viajeros estudiosos durante el siglo XIX. Uno o dos, como el medieval *Sadhanamala*, que trataba directamente de la interpretación de las imágenes artísticas indias, fueron fácilmente aceptados. Pero las implicaciones del contenido de otros sólo empezó a abrirse camino lentamente en la conciencia de los eruditos, occidentales y orientales; aunque debería decirse que en este aspecto los franceses y holandeses estaban muy por delante de sus contrapartidas británicas. Entre las series más importantes publicadas estaba la sánscrita del Trivandrum (1905-), la serie orien-

tal de Gaekwad publicada en Baroda (1916-), la serie cachemira de Textos y Estudios (1911-), y textos tántricos, editados desde Calcuta por A. Avalon (sir John Woodroffe) (1913-). En los Estados Unidos, Lanman editó un conjunto muy importante de textos sánscritos en la Serie Oriental de Harvard (1891-). Todo ello, además de otras obras publicadas por la Sociedad Teosófica, por universidades y patrocinadores ricos, trajo un elemento nuevo a la comprensión del arte indianizado, que hizo posible una interpretación del significado que habían tenido monumentos, esculturas y pinturas para la gente que los encargó. Hay que citar también el estudio de la iconología y el simbolismo, que se situó de forma paralela, aunque no precedió, a un estudio similar aplicado al arte europeo medieval y del Renacimiento. Sus discernimientos consiguieron insuflar vida a los huesos desnudos del conocimiento, iluminando el significado de los objetos materiales.

Este trabajo estuvo parcialmente basado en el estudio comparativo de los simbolismos que aparecen en diferentes culturas orientales, y fue inspirado por el mismo interés que el que condujo a sir James Frazer a publicar su enorme estudio sobre la religión «primitiva», *La rama dorada*. Su monumento más antiguo en la India fue *Adoración del árbol y de la serpiente* (1868) de James Fergusson. Otra contribución llegó de la pluma de W. Crooke, un oficial de distrito, bajo el título de *Religión popular y folclore del norte de la India* (1893). Una enorme colección de material índico apareció también en la *Enciclopedia de religión y ética* (1908-) de Hastings, que sigue siendo una maravillosa fuente de información. Las principales obras de síntesis, sin las que no es posible ningún estudio en este campo, fueron *Castas y tribus del sur de la India* de Edgar Thurston, en siete volúmenes; y *Elementos de iconografía hindú* (1914-1916) de T. A. Gopinath Rao. El más importante estudioso de principios del siglo xx fue quizá A. K. Coomaraswamy (1877-1947), medio británico, medio cingalés por nacimiento, que inició su carrera en 1903-1908 como geólogo en Ceilán antes de dedicarse al arte en 1910. Vivió en Inglaterra de 1908 a 1917, con cortas estancias en la India. Luego fue, en 1917, al Museo de Boston de los Estados Unidos, donde permaneció hasta su muerte. Su *Arte cingalés medieval* (1908) y su *Historia del arte indio e indonesio* (1927) son todavía textos estándar; pero fue su larga serie de ensayos sobre simbolismo y figuración los que demostraron una nueva comprensión de sus significados que hoy es una parte indispensable de la interpretación de los hechos culturales. Debería mencionarse que sus argumentos, en cuanto a que se aplican al arte antes que a la tecnología, estaban llenos de celo por reformar las actuales prácticas artísticas, completo con censura incluida, basado en el

esquema de un imaginado estado ideal de las cosas en la India antigua.

También realizó un trabajo serio sobre el contenido y el significado del arte indio —hecho posible gracias a la publicación de textos— el estudioso alemán Heinrich Zimmer. Su sorprendentemente perspicaz libro *Kunstform und Yoga (Forma artística y yoga, 1928)* explicaba buena parte del arte indianizado desde un nuevo punto de vista, como la arquitectónica de la meditación. En una etapa posterior de su vida emigró a los Estados Unidos, y allí produjo otras obras importantes, en especial *Mitos y símbolos en el arte y la civilización indios* (1946). Conoció al psicólogo C. G. Jung y su trabajo sobre el simbolismo y los arquetipos, que animaron a Zimmer a desarrollar sus líneas personales de pensamiento. De hecho, durante los años 1920 en Alemania, había una consciencia pública de las artes orientales, y un interés hacia ellas de una forma específicamente estética. Este interés era fomentado por publicaciones como *Java* (1920) de Karl With —todavía un libro importante— y una serie editada por William Cohn, que incluyó las primeras fotografías ampliamente distribuidas de las esculturas eróticas de Konarak (1921). Esta preocupación estética tenía probablemente mucho que ver con el movimiento expresionista en el arte alemán, que había explorado artes exóticas en beneficio propio y extraído inspiración de ellas.

Durante las primeras décadas de este siglo, sin embargo, los estudiosos franceses y holandeses estaban mucho mejor preparados para asimilar las interpretaciones simbólicas del arte y el conocimiento antropológico que los británicos. Muchos arqueólogos en Camboya e Indonesia consideraban como parte de su responsabilidad el interpretar lo que estudiaban. Una de las principales obras que emergió de ello, tanto en tamaño como en importancia, fue la del francés Paul Mus. Su estudio de *Borobudur* (1935), publicado en Hanoi, estableció una nueva meseta para la interpretación del arte; y el texto tenía como prefacio un inmensamente largo y detallado estudio de virtualmente todas las opiniones más antiguas respecto al significado de los elementos sintetizados en ese gran compendio javanés de arquitectura y escultura budistas. Un libro de estudio similarmente indispensable apareció con *El germen dorado* (1948), de F. D. K. Bosch, que elucida el difundido simbolismo artístico oriental del loto y su vegetación. Una considerable cantidad de obras que seguían líneas similares ha surgido de las plumas de muchos otros estudiosos occidentales e indios. Tales estudios combinan a la vez un profundo interés en el contenido de la cultura oriental, una alta apreciación de su valor estético, y la más detallada información científica. En este aspecto, la indología es probablemente única, y establece un valioso patrón para el estudio en otros campos.

La excavación de Taxila

Taxila es una de las grandes ciudades del norte de la India, fundada probablemente alrededor del 600 a.C. Se halla en el valle del río Kabul, en el moderno Pakistán. Fue la ciudad en la que entró Alejandro Magno el 326 a.C. cuando alcanzó por primera vez la India desde Bactriana. El lugar fue excavado, junto con los monumentos religiosos adyacentes, entre 1912 y 1934, notablemente por sir John Marshall, con trabajos posteriores realizados por otros en yacimientos cercanos. La ciudad estuvo ocupada por toda una serie de pueblos después de Alejandro, incluidos griegos bactrianos, escitas-partos y kushanos. En el siglo III a.C. fue la capital occidental del imperio mau-

ryano de Bihar, y el gran emperador mauryano Asoka sirvió como gobernador allí durante su juventud. Su período artísticamente más productivo llegó bajo los kushanos a principios del siglo II d.C.

El primer stupa budista en Taxila fue probablemente el Dharmarajika, construido quizá en el siglo III o II a.C. Pero bajo los kushanos, que se hicieron ricos con el comercio, se construyó un amplio número de ellos alrededor de la ciudad, lujosamente decorados al estilo gandhara, con monasterios para monjes. Aquí (*abajo*) se presenta la base de un pequeño stupa del período kushano.





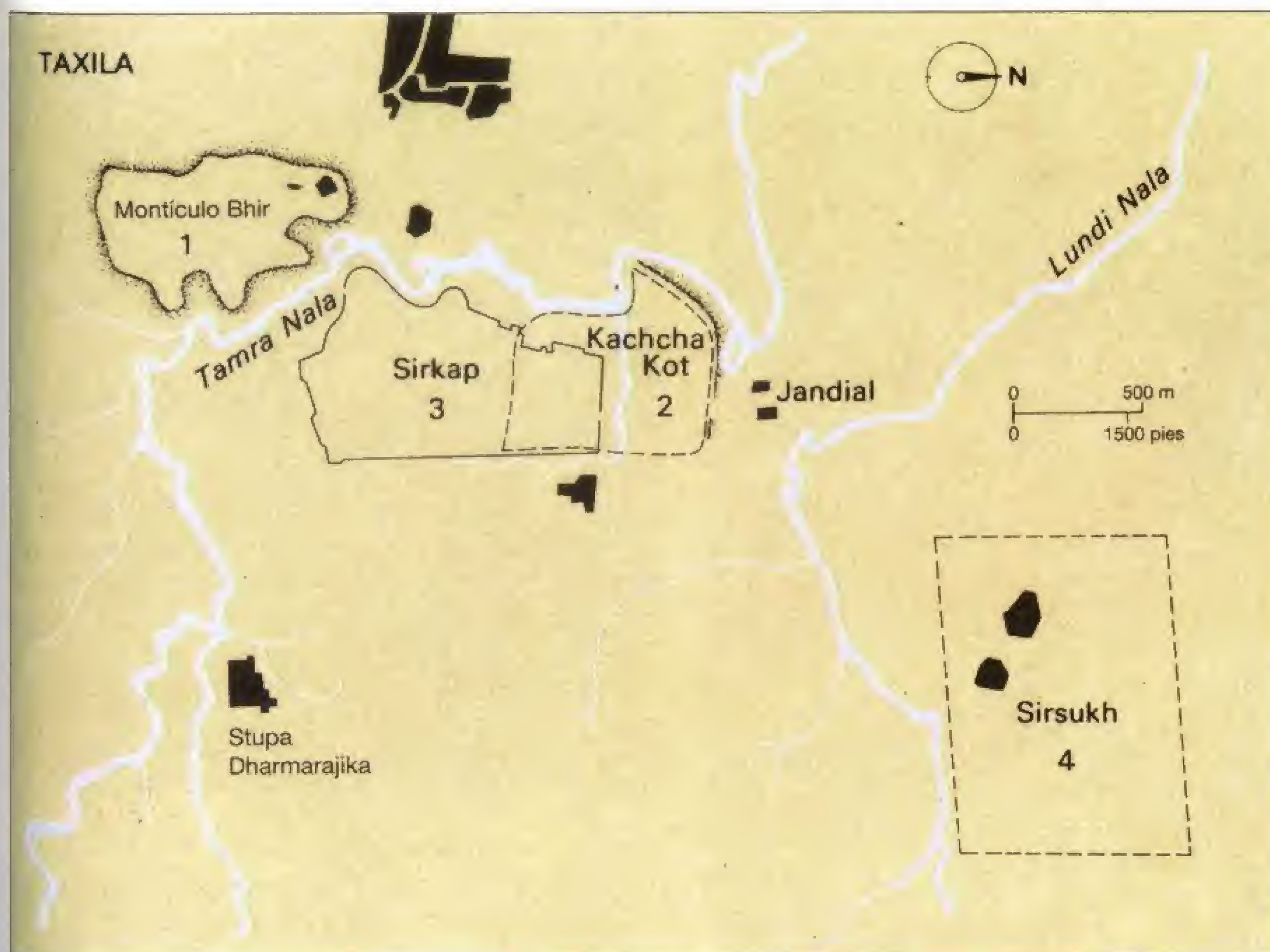
Arriba: Sir John Marshall, el excavador de Taxila, de pie junto a las paredes excavadas del montículo de Bhir. Fue director general de los Estudios Arqueológicos de la India desde 1902 a 1931, durante cuyo tiempo se efectuaron muchas exploraciones en las rutas comerciales del Asia central, en una de las cuales se hallaba Taxila.



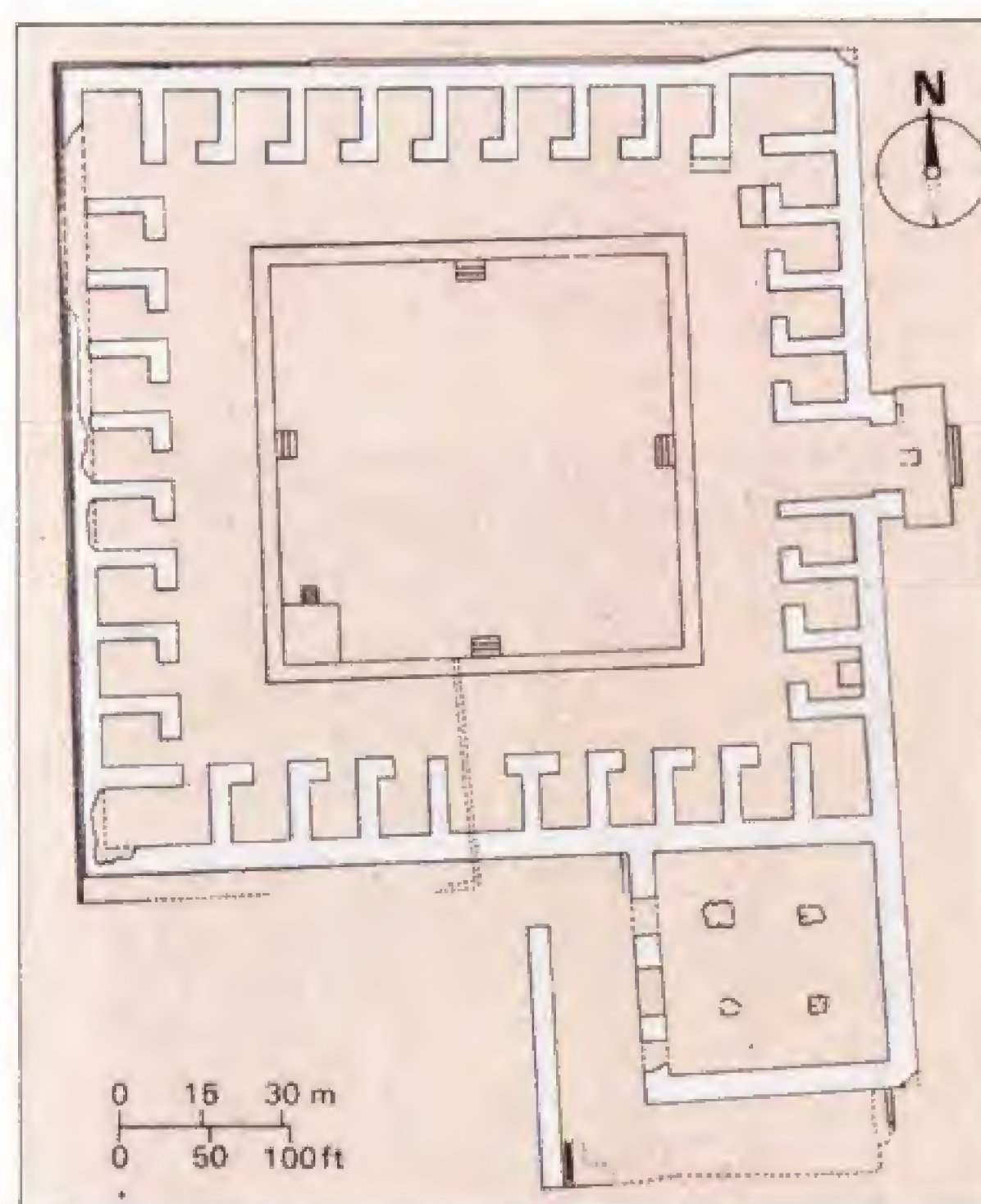
Izquierda: Plinto del templo del águila de dos cabezas, Sirkap. Entre las columnas de tipo corintio hay puertas de forma india, y dos de dibujo griego. Sobre cuatro de ellas hay «águilas», una de dos cabezas, un motivo quizá introducido desde el Asia occidental por los escitas o los shakas.

Abajo: Vista panorámica del yacimiento de Sirkap durante las excavaciones.





Arriba: Mapa de Taxila, que muestra los cambios en la ocupación del yacimiento. El montículo Bhir al sudoeste contiene la ciudad más antigua, construida con mampostería más bien basta de cascotes. El plano de las calles no era regular, y las casas variaban mucho de tamaño. Entre ellas había una gran mansión con patios y un salón con tres columnas. Un edificio público tenía un extremo absidal y bases para columnas de madera. El Kachcha Kot era una fortificación de ladrillos de barro, construida antes de que se extendiera la ciudad helénica de Sirkap, sobre una planta regular, en el siglo II a.C. Contiene un gran complejo palaciego al sur, un probable templo budista, y un posible templo del fuego zoroastriano con un pórtico con capiteles jónicos sobre sus columnas. En el siglo II d.C. Sirkap fue sucedida por la ciudad kushana de Sirsukh.



Arriba: Un stupa a pequeña escala en el monasterio de Mohra Moradu, situado a unos 1,5 kilómetros al sudoeste de Sirsukh, que pertenece al período kushano, ejecutado en el estilo de Gandhara. Antes de la excavación sus edificios estaban cubiertos en su mayor parte por detritos de la colina de arriba. Los Budas miran hacia fuera desde la base de la estructura.

Izquierda: Plano de los aposentos residenciales del «monasterio de Kunala», junto a un stupa que se dice fue erigido por Asoka para conmemorar la exaltación de uno de sus hijos llamado Kunala. La planta es de forma típicamente «sarai», un patio rodeado por celdas, siglo III d.C.

Abajo: Excavación de cerámica *in situ* en el montículo Bhir.





Izquierda: El stupa Bhallar, que corona una prominencia rocosa a unos 8 kilómetros de Taxila, es una construcción medieval, un espléndido ejemplo del tipo posterior, más alto, formado originalmente por cinco o seis hileras. Se dice que ocupaba este lugar cuando Ashoka construyó un stupa propio para señalar el lugar donde, en una encarnación previa, el Buda sacrificó su cabeza.

Derecha: Un Buda en meditación de una de las capillas del monasterio Jaulian en una colina sobre Sirsukh. Se trata de una construcción kushana, siglo II d.C., y probablemente fue destruida a finales del siglo V. El estilo artístico es Gandhara puro. Jaulian contenía muchas importantes inscripciones en escritura kharoshthi. Museo Taxila.



Arriba: Cabeza de estuco del Buda, tipo Gandhara del siglo V, en el transcurso de una excavación. Estas cabezas, y sus cuerpos, eran reparadas a menudo aplicándoles nuevas capas de estuco de modelar.



Izquierda: Esta base de stupa, ahora en el Museo Taxila, pudo sostener en sus tiempos la cúpula, coronada por hileras de parasoles. Los budas que miran hacia fuera en cada nivel representan la multiplicidad de la naturaleza del Buda; y, aunque llevan ropas romanas típicas del arte de Gandhara del siglo II d.C., ciertamente no ilustran meros Budas humanos. Porque las terrazas están edificadas sobre los lomos de animales míticos, lo cual sugiere que toda la estructura es una «aparición celestial», como los stupas descritos en los textos mahayana.



Arriba, a la derecha: Imagen yacente del Buda preparado para morir y pasar al Nirvana, en una excavación en progreso en el monasterio Bhamala. Un icono de este tipo, de unos 300 metros de largo, se halla según los informes en alguna parte en la región de Gandhara, enterrado sin duda bajo detritos. Éste es probablemente de c. del 300 d.C.



Derecha: Muro adornado con piedras en el stupa Dharmarajika. Los estadios de la evolución del trabajo de la piedra en Taxila pueden usarse para la datación general de los edificios. Los más primitivos trabajos de piedra consistían en grandes piedras irregulares, encajadas en cascos o piedras más pequeñas, bajo los escitas o shakas en el siglo I a.C. Los muros con las piedras más grandes colocadas de forma más regular y las pequeñas formando cuidadosas hileras fueron introducidos en el siglo I d.C., y fueron refinados bajo los primitivos kushanos, como aquí; luego, en el siglo IV d.C., tanto las piedras grandes como las pequeñas fueron cuidadosamente alineadas unas con otras, y franjas de sillería regular separaban cada hilera de piedras grandes.



Derecha: Base de un stupa en plena excavación, de un tipo similar al de la página opuesta, del monasterio Jaulian.





Derecha y extremo derecha: Grupo de figuras budistas durante una excavación, y después de su conservación y exhibición en el museo. Se trata de un conjunto de esculturas de estuco sobre arcilla del monasterio Jaulian, celda 29, datadas *c.* 300. Muestran muchas características romano-helénicas, incluido el atuendo tipo toga y el pecho desnudo. Entre ellas son claramente reconocibles el Buda, celestiales, un monje y un rey extranjero. Puede que se refiera a un episodio específico de la leyenda budista o a una donación.

Izquierda: Cabeza polícroma de estuco de un templo en Taxila. Ésta ilustra la extraordinaria finura de la que eran capaces los trabajadores del estuco en Gandhara. A veces se ha sugerido que los maestros pudieron haber seguido la ruta por tierra desde las ciudades romano-helénicas del este del Mediterráneo, quizás Alejandría, para aprovecharse de las riquezas que se gastaban en arte budista en Gandhara. La expresión de éxtasis de esta cabeza de un celestial nunca ha sido superada. Museo Nazionale d'Arte Orientale, Roma.

Abajo: Disco de plata de elaboración romano-helénica, que representa a un tipo de filósofo barbudo, excavado en Sirkap, en Taxila. Puede que fuera el reverso de un espejo o el centro de un cuenco; pudo ser importado. Estas cabezas se hallan detrás de las del panel de terracota de Harwan en el capítulo 2. Se han excavado muchos otros bronce clásicos, y toda una colección de modelos de yeso alejandrinos (?) para tales obras fueron excavados en Begram.





Derecha: Relicario en forma de vasija en esteatita torneada, del stupa Dharmarajika. Estos relicarios se utilizaban para contener reliquias del Buda y de santos budistas depositadas en los stupas.

Abajo: Brazaletes de oro encontrados en Sirkap, uno de una pareja. Los ejemplos de antiguas joyas indias son más bien escasos. El descubrimiento de muchas piezas finas en Taxila sugiere que fueron cuidadosamente ocultas, quizá bajo la amenaza de invasión, y nunca fueron recuperadas.





Las soberbias joyas de oro, como estos pendientes hallados en la ciudad de Sirkap en Taxila, sugieren que la ciudad en sí debió de estar espléndidamente adornada, si los ciudadanos podían adornarse a sí mismos con oro tan hermosa e inventivamente modelado. Atestigua la riqueza que el comercio tanto con occidente como con oriente debió de reportar a los habitantes de esta gran metrópoli.



Capítulo tercero: El desarrollo de la civilización india



La llegada de los arios. El inicio de la India histórica se conecta normalmente con la llegada de los arios en el noroeste, en algún momento no mucho después del 2000 a.C. La primitiva civilización del valle del Indo había existido desde poco después del 3000 a.C. en lo que era entonces una fértil y boscosa llanura fluvial. Sus principales y más grandes ciudades, notablemente Harappa en el norte y Mohenjo-daro en el sur, habían sobrevivido, con la disposición de sus calles virtualmente sin ningún cambio, durante más de 1.500 años. El encuentro entre su población y los arios no está documentado. Ciertamente, los elementos de la cultura del valle del Indo y su arte sobrevivieron en tiempos posteriores. Éstos incluyen técnicas pastorales de cría del ganado bovino y del búfalo e inventos tecnológicos como los carros y el tejido de telas de algodón, cosas que hoy en día aún se utilizan, así como motivos de arte religioso como la deidad itifálica «señor de las bestias», un culto al toro e imágenes de tauromaquia ritual, una costumbre que algunos grupos adivasi todavía practican. Así que es probable que la población original siga siendo un ingrediente de la moderna India. Puede que quizá Harappa cayera ante los arios invasores; Mohenjo-daro es más probable que fuera abandonada; ambas ciudades se hallaban de todos modos en una especie de declive durante los últimos siglos del segundo milenio a.C.

Al parecer los arios surgieron de un amplio grupo de población que se expandió por las estepas del sur de Rusia y Asia central. Se extendieron hacia el oeste y hacia el este, y aparecieron como invasores en el territorio de varias civilizaciones antiguas. Hablaban un cierto número de lenguajes que son los antepasados de la mayoría de las lenguas modernas europeas y del norte de la India. Todo el grupo indo-ario tiene pues unas grandes afinidades en gramática, vocabulario, y especialmente estructura conceptual. El nombre «arya» es con el que este pueblo se llamaba a sí mismo en la india. El nombre «iran» procede de la misma raíz. Resulta claro que se establecieron en una posición dominante en la India, en la cúspide de la jerarquía social, que organizaron de acuerdo con sus propias ideas. El término «arya» es todavía una forma deferente para dirigirse a alguien en la India. Trajeron consigo el caballo —normalmente no montado al principio, sino unidos en parejas para tirar de los carros de guerra— y una espada de bronce con hoja lanceolada. Quizá trajeron también el hierro en una fecha ligeramente posterior. Lo más importante de todo fue que trajeron su literatura sagrada estandarizada en los Veda, que proporcionó el núcleo de la cultura india durante casi cuatro milenios, y aún sigue haciéndolo.

Los Veda básicos consisten en cuatro grupos de himnos, cada uno de ellos dispuesto finalmente alrededor del 900 a.C. según su propio sistema, cada cual para un uso

distinto. Compuestos originalmente por inspiradas sagas llamadas *rishis*, los himnos eran cantados en los sacrificios, para invitar a los dioses nombrados (*devas* = «los resplandecientes»), que recibían las ofrendas quemadas y respondían favorablemente a las peticiones de aquellos por quienes se ofrecían los sacrificios. Varuna, Indra, Agni, Surya y Soma eran unas cuantas de las principales deidades. Los oficiantes sacerdotales en el sacrificio, cuyo trabajo era conocer y cantar los himnos, así como llevar a cabo los rituales de los que formaban el elemento clave, recibían el nombre de brahmanes. Eran una casta hereditaria, que aprendía de memoria sus himnos y rituales, sin escribirlos nunca hasta muy tardíamente, pese a lo cual conservaron sus textos sin ningún cambio durante unos 3.000 años. Los textos estaban en una forma arcaica y compleja de sánscrito. A medida que transcurría el tiempo y el lenguaje se volvía más y más remoto con respecto a las lenguas habladas a medida que éstas se desarrollaban, los brahmanes compusieron primero toda una masa de material explicativo, y luego recordaron fácilmente resúmenes de ello, todo conservado en sus memorias. Se vieron así obligados a convertirse en filólogos, gramáticos y semánticos de su propio sagrado lenguaje en una fecha primitiva. Se dice que el gran lingüista Panini escribió su gramática de sánscrito alrededor del 450 a.C.

Además de los himnos, los textos védicos principales son los *Brahmana* y el grupo principal de los *Upanishad*; estaban completos quizá allá por el 400 a.C. Los *Brahmana* son enormes compilaciones de mitos y leyendas que «explican» el significado de las antiguas ceremonias. Preservan la más larga y probablemente la más antigua exploración sistemática conocida del mito y el folclore. Los principales *Upanishad* son resúmenes de pensamiento metafísico e imágenes derivadas del resto de los Veda. Hasta nuestros días son considerados por aquellos que los conocen como unos de los más profundos textos religiosos de la humanidad; y han sido vistos como inspiración por muchos filósofos occidentales. Virtualmente todo el pensamiento indio de los últimos tiempos surge de una u otra de las tradiciones védicas. Incluso las religiones no ortodoxas, el budismo y el jainismo, están envueltas en lenguaje y formas conceptuales que sólo son inteligibles en términos de los *Upanishad*.

Página anterior: Columna de la balaustrada del hoy desaparecido stupa de Barhut, siglo II a.C., tallada con un rey o deidad a caballo que transporta una columna coronada con un ser alado. Museo Indio, Calcuta.

Página opuesta: Figuras de terracota de muchachas danzarinas con ondulantes faldas, excavadas en la capital mauryana de Pataliputra. La danza, y otros placeres, interesaban a los habitantes de las grandes ciudades indias primitivas, influenciando las tradiciones estéticas posteriores. Museo Patna.

Sociedad aria y arte. La sociedad aria primitiva se hallaba ampliamente dividida en cuatro estratos sociales hereditarios, llamados *varna*, «colores». Los brahmanes eran uno. Los siguientes eran los kshatriyas, los guerreros, cuyo deber era permanecer continuamente activos en la guerra y el gobierno, y que formaban una aristocracia que apoyaba de cerca a los brahmanes. Los terceros eran los vish, los «todos los demás» que importaban. Más tarde tendieron a convertirse en comerciantes, artesanos y granjeros. Los cuartos eran los shudas, los que no importaban, que no tenían ningún status social. Y finalmente estaban los demás, las poblaciones no arias conquistadas, los esclavos extranjeros, los «sin nariz». Porque los arios se enorgullecían de sus largas narices de altos puentes y su color claro de piel, aún importante todavía hoy en los anuncios de matrimonios. Dentro del conjunto de los *varna*, que es, después de todo, una clasificación más bien amplia y no confinadora, evolucionó un conjunto de categorías ocupacionales, también gobernadas por el nacimiento, que estaban dispuestas según una escala de relativa «limpieza» o «no limpieza». Esto se desarrolló en los primeros siglos d.C. en un sistema de castas, que hoy se halla fuera de la ley. Al principio fue diseñado como un medio de ordenar la sociedad. Luego se convirtió simplemente en algo opresivo.

Los arios se asentaron en la región de los cinco tributarios del Indo (*Panch-ap* = cinco-aguas = Punjab) alrededor del 1300 a.C. Pero puesto que no construían sus poblados con ladrillos y piedra, han dejado poco que la arqueología pueda excavar. Descendieron gradualmente

por el valle del Ganges, y probablemente hacia la región de Narmada, despejándola y empezando a cultivarla. Hacia el 500 a.C. habían establecido grandes ciudades e iniciado lo que llamamos el proceso normal de civilización, que incluía el comercio, para el cual se elaboraron las primeras monedas «punzonadas», y la consolidación de reinos dentro de lo que antes había sido una sociedad estructurada tribalmente.

Durante esta época tuvieron lugar algunos de los acontecimientos formativos de la historia india fundamentales. Probablemente alrededor del 800 a.C. vivió un sabio llamado Kapila, al que se atribuye la concepción original del profundamente importante sistema *sankhya*, un elemento seminal en toda la filosofía india y la contrapartida filosófica al yoga: lo cual sugiere que el yoga existía también. Luego, durante el siglo VI a.C., vivieron los dos maestros que fundaron las grandes religiones no ortodoxas no hindúes de la India, que han florecido hasta la actualidad: Mahavira (c. 599-527), el fundador del jainismo, y Gautama Shakyamuni, el Buda (c. 563-489?), fundador de la religión mundial del budismo. En el año 483 a.C. se celebró el primer gran concilio de budistas para fijar y autenticar las enseñanzas verbales originales del Buda. Tuvo lugar en una de las ciudades donde había vivido y enseñado, la antigua Rajgir, cerca de la moderna Patna. Durante siglos éste fue un lugar sagrado de peregrinaje para los budistas. La colina cercana llamada el Pico del Buitre, que en sus tiempos dominaba un enorme y antiguo depósito, es donde se dice que el Buda pronunció





Mapa de la India que muestra los principales yacimientos donde se han realizado excavaciones o sobreviven restos.

muchos de los textos docentes atribuidos a él. La ciudad se hallaba en un valle protegido por un anillo de ciclópeas paredes que prácticamente lo rodeaban. Fue una de las más antiguas ciudades que menciona la literatura budista; y la arqueología confirma ahora la realidad física de las descripciones literarias. El gobernador de Magadha durante una larga parte de la vida del Buda fue Bimbisara (544-493 a.C.), que aparece también en la literatura budista.

Hacia el 450 a.C. el rey Ajatashatru, hijo de Bimbisara, fundó la ciudad de Pataliputra, en los suburbios de la moderna Patna, junto al río Ganges. Allí fue excavado un gran salón-palacio de madera, y se encontraron muchas y hermosas terracotas. Estas esculturas en miniatura parece que fueron un rasgo característico del arte en la cuenca del Ganges durante los siglos anteriores al nacimiento de Cristo. Representan temas seculares como animales, muchachas danzando y escenas de placer en un estilo sencillo y gráfico. Sin duda había también importantes obras de arte en escultura de madera, y probablemente pinturas, que no han sobrevivido. Así que estos modestos objetos de arcilla cocida son los que establecen para nosotros el tono del arte indio posterior con su dulzura, su énfasis sobre el deleite y sus imágenes de deseable belleza y la ri-

queza representada por las preciosas joyas y los elaborados tocados. En Chandraketugarh, en el Ganges inferior, se ha descubierto una fábrica de estas terracotas, y se han excavado muchas otras en otros lugares. Eran claramente producidas en respuesta a las demandas de las poblaciones urbanas, una parte de las cuales al menos hallaban gran placer en ellas. Por toda la información que podemos conseguir, las grandes ciudades primitivas de la llanura del Ganges estaban muy bien gobernadas, y sus gobernantes aceptaban como parte de su responsabilidad proporcionar jardines fuera de las murallas para disfrute de la población. Los textos budistas describen el alegre ruido que resonaba por todos estos jardines en los frescos atardeceres. El propio Buda nació en una, el Lumbini, en Nepal. Y Panini informa de que por aquella época existían ya en todo su desarrollo el drama, además de la crítica dramática.

Las primeras ciudades. Parece que un gran número de importantes ciudades nacieron a la existencia alrededor del 600 a.C. Eran las capitales de antiguos estados cuyos nombres y recuerdo han quedado canonizados en los dos antiguos poemas épicos sánscritos, el *Mahabharata* y el *Ramayana*, por Valmiki; ambos fueron compuestos inicialmente con toda probabilidad alrededor de esta época, aunque pudieron ser reescritos más tarde. Las ciudades referidas en la literatura, algunas parcial pero no totalmente excavadas, incluyen Ujjayini (la moderna Ujjain) y Vidisha en la India central; Mahishmati en el río Narmada y Nasikya en el Godavari. Rugar, en el río Sutlej (distrito de Ambala), ha proporcionado una serie de tipos de cerámica arqueológicamente relacionada entre sí que alcanza hasta el período del valle del Indo. En la región del valle del Ganges, en el norte de Orissa, las excavaciones han revelado toda una serie de importantes yacimientos de ciudades, muchas de ellas ocupadas de forma continua desde c. del 600 a.C. hasta el 1100 d.C. Ahicchatra (distrito de Bareilly) y Hastinapura (distrito de Meerut), en sus tiempos la capital de los héroes del *Mahabharata*, se hallan ambas abandonadas. Kaushambi (Allahabad), quizá la más antiguamente fundada, que se remonta a c. del 850 a.C., tiene un espléndido palacio en la esquina sudoccidental parcialmente techado junto a las únicas auténticas bóvedas de piedra conocidas en la India premusulmana. Rajghat era el viejo Benarés; en Rajgir se encontró un santuario inscrito con el nombre de la deidad serpiente local, que se menciona en el *Mahabharata*, Maninaga. Vaishali (distrito de Muzaffarpur) fue una ciudad asociada con el Buda, donde se celebró el segundo concilio budista unos 100 años después de la muerte del Buda. En el noroeste, Taxila y Charsada han sido excavadas. Eran las ciudades principales de la región llamada Gandhara, de la que uno

de los emperadores aqueménidas de Irán, Darío, afirmó haber recibido tributo *c.* del 590 a.C.

Tamluk fue un puerto en el este de la India, conocido por el escritor griego del siglo II d.C. Tolomeo. Allí se halló cerámica y porcelana ruletada de tipo romano. En Orissa, en Shishupalgarh, se han encontrado restos sustanciales de enormes fortificaciones de tierra. Se han registrado muchos otros descubrimientos, y todavía faltan muchos más. Estas ciudades pueden relacionarse cronológicamente a través de una compleja secuencia de cerámica, que recorre desde una porcelana gris pintada y una porcelana gris tosca, *c.* del 600 a.C., hasta una porcelana negra finalmente pulida, llamada Northern Black Polished (Negra Pulida Septentrional) o NBP, de entre el 300 y el 150 a.C., que probablemente fue elaborada en uno o más centros junto al Ganges. Sobrepuestas a ella hay porcelanas rojas, entre las que se dice que una posterior, roja finalmente pulida, estuvo inspirada en importaciones romanas samias. A partir de todas las evidencias disponibles, literarias y arqueológicas, podemos reconstruir la imagen de una civilización vivamente cosmopolita, en algunas formas ampliamente comparable a la griega, basada en reinos urbanos que lucharon entre sí —como sin duda los gobernantes kshatriyas se vieron obligados a hacer—, pero por lo demás manteniendo estrechas relaciones. Realizaron un animado comercio entre ellos, que era transportado por carreteras y ríos. Sus principales mercancías eran oro, marfil, telas, esclavos y artesanía. Lo más importante quizá fue el crecimiento dentro de las ciudades de los mercaderes y artesanos educados, que se habían enriquecido con el comercio y a quienes atraían especialmente las nuevas religiones del Buda y Mahavira. Los primitivos textos budistas se refieren a convoyes de 400 o 500 carros tirados por bueyes que recorrían las carreteras; y describen los regalos ofrecidos al Buda y a la orden budista por ricos mecenas que eran miembros de esta clase de sociedad.

El desarrollo del budismo. Los siglos entre los años 500 y 300 a.C. vieron desarrollarse especialmente el budismo. Parece que las poblaciones cosmopolitas de las ciudades se interesaron en las religiones que los implicaban como individuos. Sin duda las ceremonias sacrificiales que los brahmanes realizaron para la aristocracia habían empezado a parecer convencionales, quizá complacientes, exclusivas y remotas. Se habían desarrollado órdenes de ascetas y maestros errantes de muy diferentes sectas y persuasiones, que ofrecían instrucción e inspiración a los aprendices de ascetas, normalmente de las clases superiores. Inicialmente el propio Buda, tras nacer príncipe menor, se convirtió en uno de ellos, y las historias de su vida lo describen intentando una sucesión de distintos maestros y sus doctrinas,

pero sin hallar satisfacción en ninguna. En consecuencia hizo votos de conseguir la auténtica iluminación. La logró en Bodhgaya, tras prolongada meditación y una lucha espiritual bajo una higuera de la India, que pasó a ser conocida como el árbol bodhi. Pasó el resto de su vida como maestro errante, creando a su alrededor su orden de monjes y monjas, que aún encarnan sus enseñanzas en la actualidad. A su muerte pasó al Nirvana. La esencia de su doctrina fue su llamada directa al individuo, fuera quien fuese. Nadie, cualquiera que fuese su clase, se quedaba sin esperanzas de salvación. Todos tenían al menos una perspectiva de alcanzar la iluminación similar a la del propio Buda.

A lo largo de los siglos se desarrolló un gran cuerpo de enseñanzas budistas, y reglas para la disciplina monástica y laica, en las mentes de los miembros de la orden budista, sobre la base de lo que aquellos que habían conocido al Buda en persona le habían oído decir. Se celebraron a intervalos concilios budistas para comprobar y autenticar esas enseñanzas recordadas. Al cabo de unos pocos siglos, sin embargo, las enseñanzas desarrollaron variaciones regionales y sectarias que los concilios no podían contener. Finalmente fueron escritas en alguna fecha incierta en dos

El yacimiento dinástico mauryano de Sarnath durante las excavaciones. Aparecen la famosa columna y el capitel.



lenguajes distintos. La opinión más fundamentada sugiere que esto no se produjo hasta finales del siglo I a.C. La tradición registrada en pali, un lenguaje derivado del sánscrito, es llamada en general theravada, «camino de los ancianos», o hinayana, «vehículo pequeño». Tiende a ser estricta, ligeramente arcaica, y a enfatizar la persecución personal del individuo de su propia iluminación. La tradición registrada en sánscrito casi al mismo tiempo recibe el nombre de mahayana, o «vehículo grande». Desarrolló elaboradas filosofías visionarias, y enfatiza el ideal bodhisattva de la abnegación total. El bodhisattva es un ser que, tras alcanzar el estado virtual de Buda, y teniendo derecho por lo tanto al Nirvana, dedica los resultados de su propio esfuerzo espiritual a la salvación de todas las demás criaturas vivas. Hace votos de no partir a su propio Nirvana hasta que haya permitido que todos los demás seres sufrientes alcancen el suyo.

El budismo se basa en una doctrina de desprendimiento. El Buda enseñó que el anhelo que siente todo el mundo de objetos, posesiones, placeres y status personal, incluso para identidad, era la fuente de todas las luchas, sufrimientos humanos y desesperación individual. El budista debía aprender a detener estos anhelos; y entonces podría alcanzar la paz de la auténtica sabiduría. Pero, por supuesto, esto no resulta fácil. Las órdenes budistas, con su disciplina y meditación, existen específicamente para hacerlo posible. Pero la misma existencia de las órdenes, que no pueden poseer nada y deben suplicar vivir, depende de un fiel cuerpo laico. En parte para cumplir con sus necesidades religiosas, se desarrolló en el budismo una corriente de devoción personal tanto al Buda como a su memoria, y en el mahayana a los infinitamente compasivos bodhisattvas, que impulsaron el desarrollo tanto del stupa como del icono personal, un fenómeno estudiado con detalle más adelante. Puede haber pocas dudas de que fue el desafío y el ejemplo del budismo, en este aspecto, lo que despertó a los brahmanes hacia esfuerzos paralelos propios, induciéndoles a cultivar la devoción popular a las deidades y a santificar a los maestros dentro de su propio sistema.

La dinastía Maurya y Asoka. Una nueva era histórica se inició con la dinastía Maurya, fundada por Chandragupta, que empezó a gobernar desde la ciudad del Pataliputra el 321 a.C., dos años después de la muerte de Alejandro Magno. El año 326 Alejandro había cruzado el paso de Khyber y entrado en el valle del Indo con su ejército para investigar el fabuloso territorio de la India. Se dice que Chandragupta pasó algunos meses en el campamento de Alejandro. Su ejército regresó luego a Irán, parte por mar, parte por tierra a lo largo de la costa. El propio Ale-



Arriba: Antiguo stupa en Sarnath, el lugar donde el Buda predicó su primer sermón, visitado hoy por mucha gente, aunque el budismo fue eclipsado de la India a finales del siglo XII d.C.

Abajo: Cabeza femenina, tallada en piedra, de un monumento perdido del período Shunga, siglo II a.C., con un elaborado peinado y un turbante que ilustran la riqueza y el chic ideales. Museo Delhi.



jandro regresó a Babilonia para morir allí el 323. Dejó tras de sí oficiales de sus guarniciones como príncipes menores en Bactriana y el valle del Indo Superior. La dinastía de Seleucus se convirtió en dominante en el área, la primera de varias familias griegas y partas en mantener cortes en las que se representaban obras griegas, y que dejó como huellas artísticas de su presencia alguna importante arquitectura subclásica en Taxila, muchas monedas indo-griegas, y gemas helénicas inscritas en griego, brahmi y kharoshthi. El templo del águila de doble cabeza en el montículo Jandial en Taxila será examinado más adelante. El impacto de la incursión griega sobre el arte de la India continental, sin embargo, fue por lo demás mínimo. El propio Seleucus es importante para la historia india en parte a causa del hecho de que un embajador griego que envió a la corte de Chandragupta, Megástenes, escribió una vívida descripción de la vida en la capital Maurya, muy citada por otros escritores griegos, aunque el original se ha perdido. Describe con detalles particulares el enorme y espléndido palacio de madera del que se han excavado fragmentos.

Chandragupta sentó los cimientos de un imperio que se extendió enormemente y fue consolidado por su nieto, el legendario Asoka (272-232 a.C.), uno de los más grandes emperadores conocidos por la historia. Tras prolongadas y sangrientas batallas, incluida una campaña genocida en el sur, Asoka sufrió una conversión y adoptó enseñanzas pacíficas, probablemente basadas en el budismo. Se dice que construyó un enorme número de stupas. El colosal ejército que había utilizado se vio parcialmente desbandado. Pero el gran sistema administrativo y económico que había sostenido las conquistas fue adaptado para gobernar un estado unificado de unos 3.000 kilómetros de este a oeste y unos 1.500 de norte a sur. Sabemos de las ambiciones de Asoka y algo de sus logros, en parte a través de la leyenda budista, pero también a través de un extenso cuerpo de inscripciones que ordenó grabar en columnas y rocas por todo su imperio; la mayoría están en una escritura llamada brahmi; dos están en kharoshthi. Fueron descritas por James Prinsep en 1837, aunque no fue hasta que en 1915 se halló una inscripción que identificaba específicamente al rey como Asoka que pudo confirmarse su identidad. Las inscripciones animan al pueblo, al que el rey llama «mis niños», a obedecer a sus gobernadores, que son como una «niñera experimentada» nombrada para el bienestar y la felicidad de esos niños; a evitar el derramamiento de sangre; y a respetar «brahmanas y shramanas» (esta última palabra referida probablemente a las órdenes religiosas no brahmanas).

Asoka fue responsable de la conversión de los reyes de Ceilán al budismo theravada, enviando a su capital Anu-

radhapura un esqueje del árbol bodhi. Alrededor de esa ciudad los reyes construyeron palacios, monasterios y muchos stupas. El budismo theravada de Ceilán se volvió importante en la historia posterior del sudeste asiático debido a que preservaba lo que los budistas fundamentalistas creían que era la forma prístina de las enseñanzas budistas. Como tal, sus monjes y textos estaban en gran demanda, sobre todo en Birmania y Tailandia.

Sociedad y literatura post-mauryana. El imperio mauriano se había disuelto alrededor del 185 a.C. Fue sucedido en el corazón de Magadha por una serie de dinastías menores: la Shunga (c. 187-75 a.C.), la Kanva (75-30 a.C.), y una serie de familias aún menos significativas, hasta la ascensión de la dinastía Gupta en el siglo IV d.C. La historia de estos reinos ilustra muy claramente el habitual sistema dinástico indio que sobrevivió durante toda la Edad Media. Era semifeudal, en el sentido de que cada área se hallaba bajo el control de una familia dominante. Entre estas familias podía haber una más poderosa que el resto, cuya cabeza gobernaba sobre las otras como su rey, exigía su lealtad, tomaba princesas de sus familias para su harén, y contaba el territorio acumulado como su reino. El campo sostenía a la capital de la dinastía, normalmente una de las antiguas ciudades, aunque a veces se fundaba una nueva capital. Los reyes construían embalses (llamados depósitos) y santuarios, y concedían tierras y poblados para sostenerlos. Todos los gobernantes reclamaban la sanción de la religión para su dominio. Tanto el hinduismo como el budismo ofrecían autentificaciones metafísicas del poder real, como veremos. Los reyes que exigían el título imperial definitivo debían realizar el sacrificio del caballo, que está prescrito en los Veda. Un caballo blanco era soltado para que vagara durante un año y un día. Si nadie se atrevía a molestarlo en todas sus peregrinaciones, sería sacrificado en una elaborada ceremonia; el rey reclamaría entonces un status único y sublime, bendecido por los dioses. Imperios y grandes reinos podían encojerse hasta sus insignificantes reinos constituyentes si la autoridad central perdía su presa. Las áreas limítrofes podían caer bajo el control de alguna otra dinastía vecina cuyo poder estuviera creciendo. Así, las fortunas de las ciudades podían subir y bajar al compás de las de sus familias reales. Muchas de las ciudades modernas de la India se remontan al 600 a.C. Otras son mucho más jóvenes. Pero otras o bien han desaparecido por completo o han descendido hasta el status de un poblado de campesinos que guardan su ganado en establos que antes eran antiguos santuarios dinásticos, y utilizan las finamente cortadas piedras para construir sus casas y vallar sus campos.

Hay dos textos importantes que ilustran aspectos muy



Marfil tallado de la India excavado en Pompeya, Italia, ciudad destruida por el Vesubio el año 79 d.C.; probablemente se trate del mango de un espejo. Museo Nazionale, Nápoles.

diferentes de la vida urbana durante el período post-Maurya inmediato. Ambos son resúmenes de ideas y conocimientos acumulados sobre un período más bien largo, y ambos se convirtieron en clásicos en eras posteriores. El primero es el *Arthashastra*, el segundo el *Kamasutra*. Se atribuye el *Arthashastra* a un ministro de Chandragupta Maurya, pero probablemente no sea de él. Es un texto

sobre la ciencia del gobierno, incluida la administración civil, los impuestos, la ley, las herencias, el ejército y el servicio secreto, la planificación y construcción de ciudades y pueblos, los préstamos y sus intereses, la esclavitud y el juego. Trata de lo que llamaríamos prostitución, que en la India antigua era una profesión honorable, protegida por el estado, que obtenía ingresos de sus cortesanas. Reyes y hombres ricos mantenían grupos de prostitutas asalariadas, que atendían a sus cortes personales, incluso en la batalla, y podían esperar hacer buenos matrimonios.

El *Kamasutra* (c. 200 a.C.) es un famoso manual sobre las técnicas del amor, hoy un clásico mundial. Además de describir los mecanismos del sexo y los talentos de las mujeres de diferentes partes de la India, describe también la vida de placer vivida normalmente por los hombres de las ciudades del norte de la India, donde el placer era visto sin culpabilidad como una parte normal de la vida. Menciona de pasada que uno de los logros esperados de un hombre joven es que sea capaz de pintar una imagen de cualquiera de sus amantes; en consecuencia, no es sorprendente que muchas de las terracotas del valle del Ganges mencionadas más arriba sean explícitamente sexuales. Son los vestigios materiales de esta cultura del Ganges que mejor ilustra la formulación de lo que se convirtió en el modo principal de expresión estética india, el erótico. Como veremos, la idea de que un ser de status divino debe estar de forma natural rodeado por gente hermosa dedicada a placeres sobrenaturales aparece constantemente en los modelos de decoración desarrollados para los edificios religiosos indios.

Arte y arquitectura. Una serie de obras mauryanas en piedra señalan los primitivos estadios del desarrollo del arte histórico indio. Muchas serán examinadas con mayor detalle más adelante. Las cuevas más antiguas fueron excavadas en Barabar, en la colina de Nagarjuni, inicialmente, parece según una inscripción, para albergar a una orden de monjes durante las lluvias monzónicas. Los interiores estaban pulidos, como muchas otras obras de piedra mauryanas, quizás imitando las piedras imperiales en Persépolis, la capital del Irán aqueménida. La serie de columnas inscritas mencionadas arriba fueron también monolitos pulidos, coronados con figuras de animales simbólicos. Se han encontrado balaustradas pulidas y fragmentos de escultura dedicatoria en Sarnath (Benarés), el yacimiento que parece fue adoptado como el santuario dinástico budista mauryano. Su principal stupa fue construido o ampliado bajo los Maurya, como lo fue el Stupa I en Sanchi (distrito de Bhopal). En el mismo período empezó la excavación de los santuarios cueva budistas en Ajanta, con la cueva pulida número 8. También había una serie de



colosales esculturas de piedra autoestables que representaban a opulentos hombres y mujeres sujetando espantamosas, normalmente llamadas *yakshas* y *yakshis*. La mayoría están dañadas, y fueron halladas sin ningún contexto. Pero es probable que fueran estatuas erigidas en santuarios sagrados en beneficio de la realeza como dedicatorias a sí mismos, talladas por un gremio imperial mauryano de artesanos.

Tras el eclipse mauryano, durante el reinado de los Shunga, se construyó el gran y muy adornado stupa de Barhut; también lo fue la balaustrada del Stupa II en Sanchi. Se conocen fragmentos de obras en otros lugares de la India de estilos relacionados, sin duda de fecha similar. Por ejemplo, en la importante ciudad de Mathura (moderna Muttra), los stupas, tanto budistas como jainíes, debieron de estar adornados de una forma muy similar a Barhut; y, en el sudeste, alrededor de Amaravati, en el delta del Krishna, se hicieron trabajos similares, probablemente en los primeros yacimientos dinásticos importantes de la dinastía Shatavahana, cuyo gobierno empezó en el área *c.* del 150 a.C. En su conjunto, parece que el budismo representó con mucho el papel más importante en el patrocinio del arte indio en estos siglos. Hay muy poco que sugiera que el hinduismo hizo mucho uso del arte en general. Pero en un santuario en Vidisha (India central), una columna fue dedicada a una deidad llamada Vasudeva por un tal «Heliodoros», quizás un griego, alrededor del 113 a.C. Resulta interesante señalar que el primer viaje marítimo directo desde Egipto hasta la India se dice que lo realizó Eudoxo el año 120 a.C. Los «yavanas» —pueblo de descendencia helénica— se hicieron familiares como comerciantes y soldados. Una de las figuras guardianas en la balaustrada de Barhut es un hombre que lleva ropas de confección india, una inusual espada envainada y una diadema griega ciñendo su cabeza. Bajo los Kanva (75-30 a.C.), el budismo siguió estando protegido, y se construyó una balaustrada en Bodhgaya, el escenario de su iluminación, alrededor del «lugar de paseo» del Buda.

Comercio con ultramar y colonias. Ha quedado probado que en el oeste de la India se establecieron contactos comerciales con el mundo occidental en la última parte del siglo I a.C. Los puertos, entre los que los principales eran Bharukaccha (la moderna Broach) y Kalyan, al norte de Bombay, estaban importando y exportando activamente artículos, con el equilibrio comercial bastante a

Yakshi, o asistente aristócrata, de Didarganj, Bihar, siglo I a.C. La colosal figura está tallada en piedra arenisca y su superficie muy pulida; probablemente perteneció a un templo hoy desaparecido. Museo Patna.

favor de la India. Los gobernantes de esta área fueron probablemente al principio los shakas, aunque la dinastía Shatavahana compitió fuertemente por controlar el área y su comercio. En el siglo I a.C., bajo gobierno Shatavahana y al estilo Shatavahana, el Gran Stupa de Sanchi recibió finalmente sus cuatro puertas. Entre el 26 y el 20 a.C. la dinastía envió embajadas al emperador romano Augusto, probablemente con la idea de desarrollar sus rutas comerciales alrededor de la parte sur de la península, hasta el área del delta del Krishna, del que tenían el control. Alrededor del 45 d.C. se dice que un marinero griego llamado Hipalos aprendió el truco de navegar con los monzones por el océano Índico, y desembarcó en la costa de Malabar, en el Decán sudoccidental. El puerto de Arikamedu, ya mencionado, era muy activo por aquellas fechas, y por él pasaban la cerámica y los vinos romanos en ánforas. El escritor romano Plinio (siglo I d.C.) se lamentaba de la extravagancia de los romanos al comprar enormes cantidades de artículos de lujo de la India a precios desorbitados. Esto incluía especias, perfumes, textiles

Derecha: Figura dedicatoria de un bodhisattva de pie, de Mathura, período kushano, principios del siglo II d.C. Museo Mathura.

Abajo: Figura de una muchacha celestial llevando la jaula de un pájaro, tallada en la columna de una balastrada de un stupa desaparecido en Mathura, siglo II d.C. Museo Mathura.

finos, tintes, esclavos, joyas, azúcar, hierro y marfil tanto sin tallar como elaborado. En Italia se ha hallado una talla de marfil indio en Herculano, sepultada por el Vesubio el año 79 d.C. En Pompeya se han hallado joyas finas que, por su estilo y opulencia, pueden ser muy bien identificadas como indias. Elefantes, leones, tigres y búfalos, periquitos, pavos reales y monos, fueron transportados vivos para el circo romano y los zoos privados. Estas importaciones fueron pagadas en oro, y constituyeron un tremendo drenaje de los recursos del imperio romano y enormes ganancias para los comerciantes indios. Se han hallado muchas acumulaciones de monedas de oro romanas en la India, en especial en el Decán y en Ceilán.

Los Shatavahana budistas desarrollaron también el comercio con el sudeste de Asia. Uno de sus reyes acuñó





Paneles de marfil del tesoro excavado en Begram, que pudieron formar parte de una caja. Están tallados con agradables adornos y figuras en un estilo parecido al de Amaravati en el siglo II d.C. Museo Kabul.

monedas con la divisa de un barco de dos mástiles. Las primeras evidencias de la presencia india durante el siglo I d.C. en Malasia, Sumatra y las costas de Tailandia e Indochina se deben probablemente a los esfuerzos de sus comerciantes en busca de oro (en especial en Sumatra), piedras preciosas y las especias que estas regiones estaban ya cultivando. Los indios pasaron con grandes beneficios estas especias a Occidente, al mundo romano. Los puestos comerciales establecidos por aquel entonces en el sudeste asiático se convirtieron en los núcleos de los reinos indianizados, y el budismo viajó con el comercio. Es concebible que la redacción de las escrituras hinayana en pali, que algunos estudiosos creen que tuvo lugar en esta época (c. 70 a.C.), pudo ser en parte una respuesta a la necesidad de registrar auténticas versiones de los textos en beneficio de las comunidades monásticas remotas en ultramar. Hay muchos pasajes de las propias escrituras que se refieren a largos viajes a través del océano.

El papel de las denominadas dinastías shakas en la India occidental todavía no está suficientemente reconocido por muchos estudiosos occidentales. Hacia el 140 a.C. los shakas gobernaban el área de Taxila; y hacia el 70 d.C. el autor griego Arriano llamó a la región inferior del Indo, entonces gobernada por los shakas, «Escitia». Pero es más probable que incluso durante el siglo II a.C. los shakas estuvieran ya gobernando, desde su capital de Ujjain, las aún fértiles regiones del valle del Indo y el Punjab, incluida Mathura, franjas de la costa occidental, los Ghates adyacentes e incluso áreas del Decán. Algunos estudiosos indios creen que fue en esta región bajo los shakas donde se conservó el sánscrito puro, y que Patanjali, el segun-

do gran gramático de la India, que se dice también que escribió los sutras yoga donde se define la doctrina fundamental del yoga, vivió en este reino, junto con algunos de los más grandes escritores de poesía sánscrita normalmente datados muy posteriores por los estudiosos occidentales. También es posible que los textos sánscritos en los que se condensa la doctrina budista mahayana, la «literatura de la sabiduría», fueran compuestos en los dominios shaka. Ciertamente, las inscripciones en sánscrito puro más primitivas en la India fueron grabadas por los Kshatrapa, una dinastía shaka del oeste (por ejemplo la inscripción Rudradaman I en Girnar). Y el sánscrito fue el idioma oficial de la región occidental, mientras que incluso los reyes en el resto del norte de la India seguían grabando sus inscripciones en prakrit hasta el siglo IV d.C., cuando ellos también adoptaron el sánscrito. La primera de la gran serie de cuevas budistas en los Ghates occidentales fue tallada en el siglo II a.C., probablemente bajo los Shatavana, que se vieron finalmente obligados a abandonar la zona por los Kshatrapa durante el siglo II d.C., cuando estos últimos empezaron a tallar e inscribir sus propias cuevas. La primera colonización de Java la realizó un príncipe «Aji Shaka» de la India occidental hacia el 75 d.C., y el fundador de Funan el siglo I procedió probablemente de la misma región. Así, es probable que los shakas tuvieran un papel sustancial en la indianización del sudeste asiático.

Los kushanos. El siglo I d.C. fue, de hecho, uno de los más cruciales en la historia de la expansión colonial de la India. Las primeras colonias hindúes fueron fundadas en Kamboja (Camboya) por Kaundinya, en Malasia por Lankesha y su hijo Bhagadatta, en Champa por Shri Mara y en el oeste de Java por Devavarman. La expansión en otras direcciones fue posible gracias a la llegada en el noroeste y el centro oeste de la India de la dinastía kushana, fundada por el pueblo yueh-chi del Asia central. El año 126 a.C. los chinos le enviaron una embajada, mientras vivían en el valle del río Oxus. Ya en el siglo II a.C. presentaron escrituras budistas a la corte china; y hacia el 65 d.C. se edificó el primer monasterio budista, el «Caballo blanco», en Ch'ang-ngan, la capital china. En la práctica los yueh-chi debieron controlar las carreteras del Asia central durante todo este período. Hacia el siglo I d.C. controlaban la antigua Gandhara, la región del valle de Kabul y el Indo Superior, con su capital Taxila (sector de Sirkap), y expulsado a los shakas de Mathura, a la que habían convertido en su segunda capital. Enviaron embajadas a Roma y, en colusión con los romanos, rompieron el control parto de las rutas comerciales por tierra al Mediterráneo a través de Irán, Mesopotamia y Siria.

Hacia el 120 d.C. habían abierto carreteras directas a las orillas orientales del Mediterráneo, y el comercio —en especial la seda— empezó a fluir por tierra bajo sus auspicios desde China e India hasta Roma. El año 129 los chinos alcanzaron por primera vez Bactriana, que para ellos era por aquel entonces «India». Los mercaderes kushanos se hicieron inmensamente ricos, y buena parte de sus riquezas fueron gastadas en arte para adornar los santuarios y monasterios budistas. Existen pocas dudas de que Mathura, conocida por los griegos como *Modoura ton theon*, «Mathura de los dioses», sostenía ya florecientes escuelas de arte, en especial escultura sobre piedra arenisca rosa; de las características de algunos de los relieves del período Shaka en Mathura parece seguro también que debió existir la pintura. Hay muchos motivos derivados de prototipos mediterráneos o egipcios. Bajo los kushanos, la escultura siguió desarrollándose en Mathura, y sus obras fueron exportadas a otras partes del imperio kushano, incluido Sanchi. En Mathura se sentaron los cimientos de las tradiciones unificadas del arte icónico tanto budista como hindú en la India posterior.

El más grande de los reyes kushanos fue Kanishka, cuyas fechas son inciertas; su ascensión se sitúa en el 78, el 124 o el 144 d.C. Gobernó un enorme imperio que se

Colosal figura de pie del Buda tallada en la roca, de 50 metros de alto, en la cueva budista de Bamiyan en la ruta comercial que cruza Afganistán, probablemente siglo III d.C.; muy dañada por el vandalismo musulmán.



extendía hasta lo más profundo de Asia central, atravesaba Afganistán y descendía hasta Benarés en el Ganges. El budismo Mahayana lo recuerda como un gran mecenas, porque bajo su gobierno esa fe floreció, en especial en Gandhara. Se construyeron enormes santuarios y complejos monásticos cerca de casi todas las ciudades importantes, pagados por príncipes, mercaderes e incluso campesinos. Estaban encostrados con esculturas en un estilo fuertemente influenciado por el arte de las provincias helenísticas de Roma del Mediterráneo oriental; las primeras obras eran en esquisto, las posteriores en estuco. Las figuras adoptan poses clásicas y llevan atuendos estilo toga; son torsos helénicos, mástiques sosteniendo lujosas guirnaldas; y aparecen leyendas griegas entre los adornos. Dos nombres de artistas conocidos sugieren conexiones clásicas: un tal Tita (Tito) pintó el santuario de Miran en Asia central, y Agishala (Agesilao) forjó el cofrecito relicario de oro hallado en el colosal stupa de Kanishka en Shah-ji-kidheri, en Gandhara. Muchas joyas clásicas, pequeños bronce y terracotas han sido excavados también en el noroeste. Las monedas kushanas tendían a seguir los tipos y estándares de peso grecorromanos.

Fue el arte kushano gandharano el que proporcionó la base para el arte budista del Asia central, de China, Corea (528) y Japón (538). Duró hasta el siglo VI en Hadda, Akhnur, Ushkur. Un estilo budista relacionado apareció en otras partes de la India occidental en los dominios kushanos, donde se mantuvo hasta entrado el siglo VII. Una importante acumulación de arte fue descubierta por Hackin en Begram, en Afganistán, un complejo de verano de los kushanos. Amontonados en una estancia, cuyo techo había caído y así los había protegido, había grandes cantidades de cristal pintado sirio, dibujos de plata griegos orientales y relieves en estuco, marfiles indios, posiblemente del reino de Shatavahana, y algunos fragmentos lacados chinos Han. Esto proporciona una penetración única a la comprensión del carácter internacional del comercio durante la época en la que los kushanos controlaban las vías de comunicación. Su poder disminuyó algo tras el siglo III, y los reyes kushanos de Kabul se convirtieron en vasallos de los sasánidas persas. El imperio se disolvió gradualmente en una multiplicidad de estados kushanos menores, muchos de los cuales siguieron produciendo importante arte religioso.

Desarrollos del siglo II. El siglo II d.C. vio varios desarrollos en otras partes del Asia india. En el sudeste, los Shatavahana siguieron construyendo en piedra caliza blanca tallada una serie importante de santuarios budistas en las orillas del río Krishna, soberbiamente decorados a su estilo indígena. Pero más importante fue el desarrollo que



tuvo lugar luego en las colonias comerciales en el sudeste de Asia. En Malasia y el oeste de Java se establecieron auténticos reinos. En el 192, cerca de Hue, en Vietnam, se construyó el primer templo real (ya no existente) en el reino de Champa. El reino de Funan, en la parte inferior del río Mekong, en Camboya, la base del futuro gran imperio khmer, fue descrito por primera vez por los chinos en aquel siglo como poseedor de muchos espléndidos edificios, tallados, pintados y dorados. El fundador fue probablemente un comerciante brahmán, de nuevo de la India occidental, al que las leyendas locales describen como que se casó con la hija de una deidad serpiente. Muchos yacimientos de ciudades y fuertes junto a canales con grandes terraplenes de tierra pertenecientes a este reino han sido identificados alrededor de Oc-éo, ahora en Vietnam del Sur. Parece que las casas estaban construidas sobre pilotes. Hasta ahora sólo se ha excavado un yacimiento, pero ha proporcionado, entre otros hallazgos, sellos indios, joyas y anillos, monedas romanas, gemas grabadas helénicas, joyas sasánidas y broncees chinos de las dinastías Han y Wei. Desde el siglo II hasta el V Funan envió repetidamente embajadores a China, sin duda para

Arriba: Bodhisattva rezando, una escultura del siglo IX en estuco de un edificio de la gran universidad budista en Nalanda, Bihar, fotografiada durante su excavación.

Arriba, a la izquierda: Figura del dios hindú Visnú, en el dulce estilo gupta del siglo V d.C., de Mathura. Museo Delhi.

Abajo: Vista de las excavaciones en progreso en Nalanda, la antigua ciudad universitaria budista en Bihar. Hoy es posible visitar el lugar y pasear por sus calles y patios.



ayudar a mantener el flujo del comercio marítimo. Y aunque sabemos que hacia el 500 los reyes de Funan eran hindúes, sólo un poco después fueron llamados monjes budistas de Funan a China para enseñar el budismo allí.

Junto con los desarrollos más significativos de la cultura material, y sin duda inspirando algunos de ellos, tuvieron lugar un cierto número de muy importantes desarrollos en el pensamiento budista a finales del siglo I y en el siglo II d.C. Ashvaghosha escribió sus grandes poemas en sánscrito sobre la vida del Buda, el *Buddhacharita* y el *Saundarananda*, en parte quizá con la intención de proporcionar a los budistas una épica propia que rivalizara con el *Ramayana* y el *Mahabharata* hindúes. También se sabe que escribió obras de teatro, ninguna de las cuales ha sobrevivido intacta. Una colección definitiva de historias sobre las anteriores vidas del Buda, llamada el *Jatakamala*, fue escrita por un poeta llamado Aryasura. Dos de los más grandes textos doctrinales budistas en sánscrito fueron compuestos probablemente en los dominios kusha-

Figura de un bodhisattva procedente de Sarnath, tallada en piedra arenisca en el suave estilo redondeado gupta del siglo V; las ropas cuelgan en un estilo característico en cola de pez. Imágenes similares influenciaron el arte budista chino en el siglo VI. Museo Delhi.



nos: el *Saddharmapundarika* (el Sutra «Loto»), que fue uno de los sutras fundamentales para el budismo mahayana en China y Japón; y el *Lalitavistara*, difícilmente menos importante. En el sudeste, el filósofo budista Nagarjuna, en cuyo honor fue erigido y decorado un stupa bajo los Shatavahana, desarrolló su *Madhyamika*, una obra teórica fundamental de la filosofía budista. Se dice también que este filósofo escribió himnos, así como una epístola a un rey Shatavahana al que se atribuye una de las colecciones clásicas de poesía lírica prakrit, el *Saptashataka*, que trata de la vida en el poblado y el amor. También en el siglo II d.C. vivió el más grande dramaturgo primitivo conocido de la India, Bhasa. Sus obras nos proporcionan nuestra primera visión amplia del florecimiento del drama clásico. Su obra maestra es el *Sueño Vasavadatta*, una madura proyección histórica. Sobreviven otras obras sánscritas de la misma época, sólo unas pocas de las muchas compuestas.

Los siglos III y IV vieron también importantes desarrollos en la difusión del budismo a través del Asia central. En el siglo III, el Sutra Loto y el *Divyavadana* fueron traducidos al chino; y cerca de Bamiyan, en Afganistán, fueron esculpidos enormes Budas tallados en la roca en un monasterio cueva que se convirtió en el patrón para los primitivos complejos cueva chinos en Yun-kang y Longmen, tallados durante los siglos IV a VI. Sabemos que el monje chino Chu She-hsing llegó a Khotan para estudiar el budismo, el primero de muchos que efectuaron peregrinajes que fueron penetrando gradualmente cada vez más hacia el núcleo budista de la India. Entre el 344 y el 413 el gran maestro indio Kumarajiva vivió en la capital china de Ch'ang-ngan, supervisando las traducciones al chino de 106 textos mahayana, una tarea colosal por la que fue altamente honrado. Durante estos siglos, a todo lo largo de la India, florecieron los monasterios budistas en las regiones: en el Decán occidental, donde Ajanta siguió expandiéndose; en el sudeste, donde el estilo Shatavahana alcanzó su apogeo alrededor del año 300 en Amaravati, Nagarjunakonda y Jaggayapeta, antes de que esta dinastía cediera el paso a la Pallava; en el oeste, bajo el patronazgo Kushan tardío, por ejemplo en Sind; mientras en Mathura eran tallados toda una serie de iconos budistas y jainíes que fijaron el modelo para los principales iconos que se elaborarían en otros lugares. También se fundaron colonias con monasterios budistas en Borneo y quizá en las Filipinas. En Champa las primeras inscripciones en sánscrito, y un poco más tarde en cham, señalan que el fundador de lo que se convertiría en la capital cham en el norte, Mi Son, era un devoto de Siva.

El imperio Gupta. Durante el siglo IV emergió en la India un nuevo imperio, el de los Gupta, con base en Ma-



Galerías de las cuevas de Jain en el gran centro religioso de Ellora en los Ghates occidentales, probablemente del siglo IX d.C. Las glorificadas columnas y las finas tallas transforman la cueva en una imagen de palacios celestes.

gadha, que suplantó el poder kushano en la India central. Se mantuvo hasta el siglo VI, aunque sufrió un eclipse temporal a finales del V cuando perdió la mayor parte de su territorio occidental ante unos invasores llamados hunos; pero volvió a adquirir algo parecido a su anterior tamaño y gloria con el rey Harsha de Kanauj (606-647). Esta dinastía fundó una de las más gloriosas cortes legendarias de los tiempos antiguos. Impulsó toda una galaxia de talentos literarios sánscritos, la mayor parte de cuyas producciones se han perdido y conocemos tan sólo a través de las discusiones de críticos posteriores. Su misma existencia indica un público apreciativo y altamente culturizado. Había poemas, textos épicos, satíricos y líricos, muchas novelas, y especialmente obras teatrales. Uno de los más grandes poetas-dramaturgos Gupta fue Kalidasa (c. 440), cuya obra *Shakuntala* fue traducida al inglés por William Jones en 1789 y cuyo poema *Meghasandesha* («Mensajero de las nubes») era familiar en su traducción alemana a Goethe, entre otros. El teatro Gupta fue sobresaliente. Sus nombres más ilustres incluyen a Vishakhadatta, Bharavi, Bana, Bhavabhuti, Dandin y el propio emperador Harsha. El texto fundamental de la estética india, el *Natyashastra*, fue compilado probablemente durante el período Gupta (siglo IV o V), aunque ciertamente contiene material mucho

más antiguo. Proporciona la más completa descripción de las antiguas técnicas de actuación, mimo y danza, con detalles completos sobre posturas corporales, gestos de brazos y piernas, miradas de los ojos, que sobrevive en cualquier parte del mundo, y pese a todo sigue siendo muy poco conocido. El gran matemático indio Aryabhatta (c. 476-499) floreció también por esta época.

El budismo siguió siendo doctrinalmente creativo: porque parece que los textos sánscritos mahayana fueron compuestos en el siglo IV y fueron traducidos al chino durante el V: por ejemplo, el inmenso *Avatamsaka* de Buddhahadra en Nankín (429) y el *Lankavatara* de Gunabhadra (435-443). Muchos monjes y monjas indios alcanzaron entonces China, y un grupo de 61 peregrinos chinos visitó la India (399-414), entre ellos Fa-hsien, que dejó un valioso relato escrito de lo que vio. Alrededor del 420 el rey Kumaragupta fundó lo que se convertiría en la mayor ciudad universitaria budista, la de Nalanda en Bihar. En Sarnath, así como en algunos otros centros budistas en Magadha, se ejecutaron altamente refinados iconos de piedra del Buda y los bodhisattvas durante los siglos V a VIII, basados inicialmente en desarrollos de Mathura, así como muchas imágenes de bronce más pequeñas. En el Decán, una dinastía llamada los Vakataka, aliada de los Gupta por matrimonio, y en cuya corte vivió el gran escritor Vishnushaiman, autor del *Panchatantra*, siguió favoreciendo las cuevas budistas de Ajanta; los trabajos prosiguieron allí hasta aproximadamente el año 600; en Ellora (Cuevas 5-9), en Bagh y en Aurangabad, fueron talladas otras cuevas budistas durante los siglos VI y VII.

El principal progreso artístico bajo los Gupta fue, sin embargo, hindú. Los templos hindúes más primitivos pertenecen a principios del siglo V. En el siglo VI su escultura introdujo una iconografía completamente nueva, y desarrolló un soberbio y pulido estilo de ejecución. En las cuevas Udayagiri (Bhilsa, Malwa), aparecen por primera vez toda una serie de figuras hindúes míticas. Las concepciones cortesanas de movimientos corporales y gestos, evidentemente conectados con el florecimiento de la danza y el drama, se abren camino hasta los legendarios relieves narrativos de muchos santuarios. Aparecen ornamentos extraordinariamente elaborados, así como estilos de peinado que son masas de bucles o fantásticos rizos. Debemos suponer que en las sofisticadas cortes y ciudades de la época debió de florecer un arte secular no menos desarrollado que el religioso, y que contribuyó con algo de su dulzura y elegancia a las imágenes religiosas. Todo lo que nos ha llegado es la escultura en una serie de templos hindúes que prosiguió a todo lo largo del período Gupta hasta bien entrado el siglo VII. Pocos de ellos están bien conservados. Sin embargo, los conceptos arquitectónicos



El templo de la dinastía Pallava de Kanchipuram, en la costa de Madrás, siglo VII d.C.

y escultóricos que encarnan se abrieron camino a otras regiones de la India, y al sudeste de Asia, donde fertilizaron los estilos artísticos locales.

En el Decán, durante los siglos VI y VII, la dinastía Chalukya construyó importantes grupos de templos hindúes en sus sucesivas capitales, al principio Aivalli, luego más tarde en Badami. Aquí la escultura hindú parece haberse desarrollado como una función de la compilación de aquellas enormes enciclopedias sánscritas de leyendas hindúes llamadas *Purana*. Se requirió a los escultores que inventaran imágenes no de acontecimientos humanos sino cósmicos; así, entre el 700 y el 800, en los templos tallados en la roca hechos primero para los Chalukya, y luego para los Rashtrakuta después de c. el 758 en los Ghates occidentales, el arte de la escultura alcanzó una escala de logros extraordinaria. Ecos de estas enormes y energéticas formas aparecen en muchas de las tallas ejecutadas en el sudeste de Asia. Porque éstos fueron siglos de importantes desarrollos en la escultura hindú sobre piedra más allá del mar. No es sorprendente que el siglo VIII fuera también rico en literatura secular, novelas alegóricas en particular. En el siglo IX el jainismo dio un gran salto adelante en el Decán, y muchos de los reyes Rashtrakuta abdicaron para morir como monjes jainíes. Hay una importante serie de cuevas jainíes en Ellora.

Vínculos con el sudeste de Asia. Parece que durante el siglo VI el imperio romano dejó de comerciar con Oriente por mar. Pero el área de comercio marítimo de la India había empezado a incluir regularmente el sur de China. Porque los chinos conocían la gran ciudad pyu de Shrikshetra (Hmawza, Prome) en Birmania, que había sido fundada por el 470. Allí se han encontrado textos budistas inscritos en pali, y las excavaciones han revelado muchas ruinas primitivas. Los chinos informaron también de la existencia de florecientes reinos recién descubiertos

en la Birmania inferior y en Malasia. En el año 560 sabían de la existencia del reino mon de Dvaravati, que se mantuvo hasta el siglo VIII; estaba centrado en Thaton en Birmania y en Nakhon Pathom en Tailandia, su budismo se basaba en el theravada pali, y parte de su arte estaba influenciado por la India pala. Durante el siglo VII el arte chino empezó a mostrar los efectos del contacto regular directo con el arte budista indio de Magadha, y sus tipos originales gandharanos empezaron a perder terreno. En el siglo V los chinos registraron también que el reino original de Funan, en el Mekong medio, en las modernas Camboya y Laos, había sido reemplazado por un reino al que llamaban Chen-la. Ninguno de los muchos yacimientos de Chen-la ha sido excavado todavía, aunque se han recogido muchas espléndidas esculturas icónicas.

En el año 616 Chen-la fue sustituido por el reino khmer de Camboya, cuyo imperio estaba destinado a convertirse probablemente en el más grande del sudeste de Asia. Fue fundado por Isanavarman I (616-635), que construyó su capital en Sambor Prei Kuk, basando su planificación y ornamentación en modelos indios, aunque las esculturas icónicas completamente redondas —la gloria de la tradición del arte Funan/Chen-la— trascendió con mucho los prototipos indios. Las primeras fases de este reino iban a soportar grandes dificultades y reveses a lo

Thang-Ka tibetano que representa al santo-mago indio Padmasambhava entronizado en su milagrosa isla, rodeado por santos y semidioses; principios del siglo XIX, Museo Gulbenkian, Durham.



largo de todo el siglo VIII, los menores no precisamente de los cham hindúes. El pueblo de este reino se enriqueció gracias a la piratería, haciendo presa en los barcos que recorrían las rutas de los monzones. Su sociedad tribal tenía un elemento matrilineal, en cuyo centro el templo hindú, servido por sacerdotisas, actuaba como foco para el ceremonial social, manteniéndose de los subproductos económicos del peregrinaje. Era una cultura vigorosa, basada parcialmente en versiones corruptas de la literatura sánscrita, la astrología y la magia, incluidos relatos folclóricos nativos y extravagantes leyendas de maravillas. La irregularidad de los manuscritos supervivientes, con su mezcla de papeles y estilos de escritura, sugiere que la erudición cham no era de las más altas. Se hallaban constantemente bajo presión de los chinos, que tomaron su capital en el 605 pero se retiraron. Luego, en el siglo VIII, los reinos de Indonesia echaron una mano en la lucha marítima por el poder; primero la dinastía de Shrivijaya, que fue visitada por el monje peregrino chino I-Ching (671-695), y cuyos reyes gobernaban partes de Malasia, Sumatra y el oeste de Java; luego, más tarde, la Shailendra de Java central, que construyó tantos grandes monumentos budistas mahayana, incluido Borobudur (c. 800). Fuera de este período de conflictos emergieron primero los Shailendra, luego los Khmer, como potencias predominantes, con sus dinastías unidas por alianzas matrimoniales.

Parece probable que la dinastía Pallava, que había gobernado la costa sudoriental de las llanuras del Tami en la India desde aproximadamente el 360 d.C., participara sustancialmente en la política del sudeste de Asia durante finales del siglo VII y el VIII. Ciertamente mantuvieron estrechas conexiones comerciales por todo el sudeste asiático. Es posible que fueran de descendencia shaka; escribían en prakrit, aunque gobernaban un pueblo tamil. Adoradores de Siva, construyeron muchos templos (por ejemplo Mamallapuram, Kanchipuram) a Visnú además de a Siva en los siglos VII y VIII. Durante su gobierno la literatura del sur del Tami alcanzó su mayor florecimiento. Desde las primitivas antologías de canciones bárdicas (siglos II y III d.C.) y a través del Kural —llamado el Veda tamil (siglo VI)— hasta las épicas del siglo IX *Manimegalai* y *Silappadigaram*, se produjo un constante flujo de inspiración secular. Pero desde el siglo VI fue acumulando fuerza también una corriente de devoción religiosa que culminó en una poesía extática de adoración a Siva y Visnú compuesta por generaciones de santos a lo largo de los siglos VIII y IX. Este conocimiento puede añadir mucho a nuestra percepción de las artes visuales que sobreviven. Los Pallava siguieron dominando su terreno, en conflicto con los Chalukya del Decán, hasta que fueron derribados en el siglo X por los Chola.

Las dinastías hindúes. Los Pallava fueron probablemente los responsables del eclipse virtualmente total del budismo en la zona. Un peregrino chino que visitó la India durante la época de Harsa de Kanauj (606-647), Hiuan Chang, escribió el más largo y más interesante relato chino sobre la India. Como I-Ching (672-696), se mostró entristecido por el evidente declive del budismo. Halló Kapilavatsu desierta, Kaushambi y Vaishali en ruinas. Por todos lados había signos de que, pese al número de lugares budistas, los «templos deva de los no creyentes» estaban ganando apoyo popular por todas partes. Ciertamente, durante los siguientes siglos el hinduismo sufrió una gran ascensión en la India central y occidental, fortificado por las enseñanzas primero de Guadapada (finales del siglo VII), un gran filósofo monista, y luego en el siglo IX por el más grande de todos los filósofos, Shankaracharya, un brahmán de Kerala, primer maestro del Vedanta, que es considerado por muchos hindúes como una encarnación del propio Siva.

Las dinastías hindúes del norte y el oeste de la India son interesantes para nosotros sobre todo por los templos hindúes que han dejado, y que serán examinados en un capítulo posterior. La mayoría fueron construidos entre el 750 y la llegada de los turcos musulmanes en los siglos XI y XII, que lanzaron una de las campañas más devastadoras de destrucción total que la historia ha conocido. Saquearon ciudades y templos, quemaron bibliotecas con la intención expresa de exterminar toda cultura no musulmana, y emplearon enormes esfuerzos en destruir, piedra a piedra, muchos cientos de santuarios. En consecuencia, no es sorprendente que conozcamos relativamente poco de la cultura material de las dinastías hindúes de la India medieval, cuya enmarañada y fluctuante suerte es de interés sobre todo al historiador puro, y debe descifrarse por las monedas y las placas dedicatorias de cobre. Los lenguajes, sin embargo, no podían ser destruidos, y tanto en sánscrito como en los vernáculos del norte (hindi, braj, rajasthani, maithili, etc.) se compuso una extensa literatura clásica, buena parte de la cual sobrevive en manuscrito. A la luz del hecho de que el único arte visual que conocemos de toda esta época resultan ser las obras religiosas talladas en piedra, vale la pena recordar que, aunque alguna literatura era religiosa, una buena parte de ella era secular; por lo que debemos suponer de nuevo que hubo también un arte visual secular en materiales no permanentes.

Algunas dinastías indias occidentales y centrales fueron descendientes de invasores anteriores que habían sido asimilados por los 46 clanes rajputas reconocidos en tiempos medievales posteriores. Entre las dinastías que conocemos, principalmente por su patronazgo de templos que han sobrevivido a la devastación musulmana, están la Chandella de Bandelkhand (de mediados del siglo IX al siglo XI), cuya capital era Khajuraho; los Gurjara-Pratihara



Pintura mural del santuario budista de Pagan en Birmania, en un estilo similar al del norte de la India.

de Kanauj (725-1036); los Paramara de Dhara (c. 950-siglo XII) en el oeste; y los Chalukya del Decán occidental (siglos VIII-XIII); incluso los Hoyshala (cc. 1100-1386) del lejano Mysore del sur, cuyo reino fue destruido también por los musulmanes. Sólo dos importantes regiones hindúes sobrevivieron culturalmente intactas a la primera embestida musulmana: Orissa, y el reino Chola-Pandya de las llanuras del Tamil. Ambas produjeron magnífica arquitectura además de literatura vernacular. Un testimonio de la gran importancia de la influencia hindú Chola estrictamente shaiva en el sudeste de Asia es el hecho de que alrededor del año 1005 d.C. el rey de Shrivijaya dedicó un templo a Negapatam en las llanuras del Tamil. En Kanchi, una ciudad Chola, fue compilado uno de los tex-

Vista de los edificios supervivientes en Pagan. Los pintados de blanco aún están en uso; el Ananda se halla en el centro izquierda.

tos más importantes del hinduismo medieval, el *Shrimad Devibhagavatam*, un purana sánscrito en honor de la diosa, que se convirtió en el foco de un vasto movimiento devocional en todo el subcontinente.

La suerte de la cultura hindú en ultramar se vio ligada primordialmente a la de las dinastías de los Khmer, de los Cham y del este de Java. El imperio Khmer surgió en el antiguo territorio de Chen-la. En el año 802 un rey Khmer, Jayavarman II, estableció su capital en Phnom-Kulen y edificó muchos santuarios. Indravarman I (877-889) expandió el imperio y trasladó su capital a Ankor, a unos 30 kilómetros de distancia. Allí floreció el reino, manteniendo una cultura de amplia base india, incluida una forma tántrica de hinduismo introducida probablemente desde el sur de la India en el 802. La enorme importancia del imperio Khmer y de su conexión con los Chola del sur de la India nace de un repentino incremento en el comercio marítimo señalado por fuentes chinas de la dinastía Song. Los chinos, entre los años 960 y 1200, se dieron cuenta al parecer del valor del comercio marítimo de una forma sin precedentes. Once de sus puertos marítimos —el número más grande hasta el siglo XIX— estuvieron comerciando activamente con el sudeste asiático. Se sabe que fueron escritos treinta y seis tratados chinos relativos a la geografía y la cultura del sudeste asiático; y tuvieron lugar nuevas iniciativas mercantiles chinas. Angkor fue saqueada por los Cham en 1177. Durante el breve renacimiento del esplendor de Angkor bajo Jayavarman VII (1181-c. 1215), el budismo se convirtió en la religión del estado. Ha seguido siéndolo desde entonces. Los temporalmente victoriosos Cham hindúes se vieron a su vez eliminados gradualmente por la presión del pueblo racialmente vietnamita del norte, que se adhería al budis-



mo theravada, como sus parientes étnicos, los racialmente birmanos y thai. La dinastía hindú se vio finalmente eclipsada en el siglo xv. Sin embargo, otro reino hindú, el del este de Java (927-siglo xvi) duró hasta que fue gradualmente eliminado por las fuerzas del Islam; una forma muy modificada de hinduismo sobrevive hasta el día de hoy en la pequeña pero famosa y muy hermosa isla de Bali.

Renacimiento budista bajo los Pala. El budismo y la cultura budista recibieron un gran y renovado ímpetu bajo los reyes Pala, cuya fortuna creció durante la segunda mitad del siglo viii. Terminaron gobernando Bengala, Bihar y parte de Orissa. Su pacífico reinado duró todos los siglos ix y x y parte del xi. Luego se vio trastornado, primero cuando los Chola se apoderaron de parte de la costa bengalí, y luego cuando los Sena, una dinastía hindú, rechazando a los Chola, se apoderaron de la parte más meridional de su dominio, incluido el norte de Orissa, en algún momento antes del 1040. Pero el gobierno Pala persistió en la mayor parte de Bihar y Bengala hasta 1196. Su reino era tan pacífico que en ese año fue posible que un pequeño grupo de jinetes musulmanes caminaran directamente hasta el palacio de Pala y mataran al último rey de la dinastía. Los musulmanes se dedicaron luego a destruir la gran universidad budista de Nalanda, que había sido fundada cerca de 700 años antes. Aunque el hinduismo no fue eliminado, no gozó del patronazgo real como el budismo; porque los Pala habían fundado muchos otros centros de aprendizaje budistas, incluidos los grandes complejos en Vikramapura y en la colina Ratnagiri en Orissa. También fueron destruidos por los musulmanes. Algunos de sus monjes que escaparon a la masacre se refugiaron en Birmania, Nepal y el Tibet.

Durante los relativamente pacíficos siglos de gobierno de la dinastía Pala, los principales acontecimientos fueron religiosos y literarios. La forma de budismo era Vajrayana, en la que se combinaba toda la masa de las distintas enseñanzas anteriores. A veces se le llama tántrico. Porque era la contrapartida budista del hinduismo tantra, que enfatizaba un yoga basado en la asimilación de la energía generativa del universo fenomenológico a la propia energía corporal del individuo. Su aprendizaje especial y sus prácticas mágicas asociadas eran en consecuencia de interés no sólo a los monjes individuales, sino también al público y al estado; porque se suponía que los practicantes con experiencia eran capaces de controlar las fuerzas no sólo del mundo interior sino también del exterior, y así afectar el curso fenomenológico de los acontecimientos. Aunque los textos tántricos más antiguos supervivientes son budistas —el *Hevajra* y el *Guhyasamaja*, ambos anteriores al 600 a.C.—, de hecho el tantra ha sido durante

mucho tiempo un elemento de culto en el sur y el centro de la India, y en especial en Bengala. El texto superviviente más antiguo en lo que llegó a ser el lenguaje bengalí es una colección de himnos tántricos del siglo x llamados los *Doha*, adscritos a un maestro budista llamado Sarahapada. Uno de los más grandes filósofos enciclopédicos y esteticistas de la India medieval, Abhinavagupta (c. 1000 d.C.), viajó desde su hogar en Cachemira hasta Bengala, para absorber allí las enseñanzas tántricas que le permitieron terminar su gran trabajo de síntesis. Así se convirtió en uno de los maestros de la importante escuela de la filosofía Kashmiri Shaiva (seguidores de Siva de Cachemira).

La influencia del budismo tántrico, el Vajrayana, se difundió ampliamente durante la época Pala, en especial en el Tibet. Ya en el año 640 el rey tibetano Srong-tsen-gampo fue persuadido por su esposa india de importar el budismo Vajrayana, junto con una versión de las escrituras indias en las que escribir el previamente no escrito lenguaje tibetano. El budismo fue reconocido como la religión del estado en el 779. Más tarde, pese a una persecución durante los años 838-842, el budismo Vajrayana se atrincheró gradualmente en el Tibet, y se expandió enormemente en los siglos ix y x, así como en Sikkim y Bhutan. Una serie de grandes maestros indios se abrieron camino desde las universidades Pala para fortalecer las tradiciones tántricas en el Tibet, donde permanecían vivas aún en los tiempos modernos. El primero de ellos fue Padmasambhava (c. 747), un colorista y poderoso mago y milagrero además de practicante del yoga sexual, que fundó la secta del Sombrero Rojo. Su vida se ha convertido en el foco de una gran cantidad de leyendas simbólicas. Durante el siglo xi otros grandes maestros abandonaron la India de los Pala por el Tibet, notablemente Marpa el traductor (m. 1098), que fue el maestro del más famoso poeta-santo budista nativo del Tibet, Milarepa; y Atisa (m. 1042), que procedía de Bengala.

También sabemos, a través del Tibet occidental, que se mantenían conexiones con los hasta ahora poco estudiados monasterios budistas de Cachemira, centrados en Hasaraja, de donde fueron importadas muchas obras de arte. Se afirma que Rinchensangpo (958-1055) fue a Cachemira, y luego regresó para fundar un templo en el Tibet occidental. Puede que fuera a través de tales contactos que las posteriores técnicas Fondukistan-Ushkur de Gandhara de esculturas de estuco pintado se abrieron camino hasta el Tibet. Al mismo tiempo sabemos por las crónicas nativas que las primeras tradiciones de arte tibetano se remontan a artistas llamados Diman y Bhitpala, que vivieron en los siglos viii y ix en la época pala y puede que trabajaran en Nalanda. Otras obras de arte y artistas llegaron del Nepal, el centro de la India, e incluso del

sur de la India. Se sabe que un artista de Khotan fue especialmente admirado por un rey tibetano del siglo x. Otros artistas emigraron de China. Todo esto ayuda a explicar la variedad de características estilísticas que todavía pueden reconocerse en el arte tibetano. Un acontecimiento muy importante fue la reunión entre los líderes tibetanos y Gengis Kan, el gran kan de los mongoles (1206), cuya invasión de China condujo a la fundación de la dinastía Yuan. Esto aseguró que la cabeza visible del monasterio Sakya se convirtiera en el maestro oficial hereditario de la dinastía, un acontecimiento que ayudó a introducir un poderoso movimiento vajrayana en China. Sólo en el siglo xiv se transfirió la primacía de Sakya al Dalai Lama en Lhasa.

Budistas en Birmania y Tailandia. Desgraciadamente, no tenemos una documentación comparable sobre la forma en que el Vajrayana Pala, con todo su arte, penetró también en Java, Sumatra y especialmente Birmania superior bajo los pyu, donde floreció entre su sacerdocio ari. Los pyu hablaban un lenguaje tibetano-birmano, y puede que se originaran en Asia central. La magnificencia de sus ciudades quedó registrada en la historia china de los T'ang. En el siglo viii se informó de una ciudad que tenía unos 80 kilómetros de circunferencia. Su capital, Hmawza, ha sido parcialmente excavada, y sus hallazgos se examinan en un capítulo posterior. Después de que los pyu fueran conquistados (c. 900) por unos vecinos no identificados, su territorio se vio gradualmente infiltrado desde el nordeste por un pueblo racialmente birmano, afín a los thai y vietnamitas, que también estaban presionando hacia el sur por aquella época. Fueron convertidos al budismo por los pyu, y a medida que avanzaban hacia el reino mon de Birmania inferior terminaron adoptando el budismo theravada de los mon. En 1056 su rey Anawratha decretó que ésta tenía que ser la religión del estado de toda Birmania, y así ha seguido hasta este siglo. Los ari fueron proscritos, aunque algunas de sus habilidades mágicas fueron adquiridas por los budistas estatales; y la tradicional religión animista de los birmanos, con sus 36 nats, llamados seres espirituales, se combinó hábilmente en el sistema budista. Los monjes y artesanos mon fueron traídos de la conquistada capital mon (probablemente Thaton). A los monjes se les encomendó la tarea de organizar el nuevo reino; los artesanos fueron empleados en la construcción de la nueva y enorme capital birmana en el antiguo emplazamiento de Pagan, buena parte de la cual todavía sigue en pie hoy en día, la única ciudad antigua que puede vanagloriarse de ello. Representa el logro culminante del arte mon. Los trabajos continuaron hasta que fue saqueada y convertida en una guarnición por los mongoles el año 1287.

En la vecina Tailandia la raza thai también avanzó por un país ya budista. En el sur de esta región, sin embargo, el reino mon occidental de Dvaravati ya había sido anexionado por los khmer. Los templos khmer hindúes fueron construidos como focos del culto dinástico, y el más importante estaba en Phimai. Allí ha sido encontrada una estatua de culto de Jayavarman II (c. 802). También hay figuras de bronce de deidades Vajrayana, que señalan que la influencia Pala actuó también. Sólo cuando se consiguió romper finalmente el poder khmer en el siglo xiii consiguieron los thai ocupar la mayor parte de su moderno país que no había sido unido en un solo reino. Parcialmente a causa de esta fase de su historia Tailandia, que es extremadamente fértil, ha permanecido dividida en regiones septentrionales y meridionales. La capital del norte era Chiangmai, la del sur Ayutthaya. Entre las dos se alza la ciudad de Sukhodaya, retenida ya sea por el reino thai septentrional o meridional en diferentes épocas, o independiente en otras. Sukhodaya, que se halla en uno de los principales caminos comerciales por tierra que van de este a oeste, parece que fue un centro de cultura budista theravada que permaneció en contacto directo con Ceilán mucho después de que los musulmanes hubieran destruido el budismo en la India Pala.

Los thai también tenían una religión animista combinada con el chamanismo de trance. Tenían y todavía tienen una espléndida tradición de arquitectura de madera de gabletes altos; y adoptaron el budismo theravada, pero mucho más lentamente y menos completamente que los birmanos. A medida que avanzaban hacia el norte de Tailandia, los thai mantuvieron algunas relaciones con un primitivo reino de montaña llamado Nanchao, en el actual Yun-nan chino. Al parecer los gobernantes de este reino adoptaron un bodhisattva patrón, y produjeron modestas imágenes de bronce de él basándose al parecer en un desconocido prototipo Pallava (c. siglo ix). A medida que avanzaban hacia el sur, los reyes thai adoptaron también el budismo como su culto dinástico, y confiaron la organización espiritual de su reino a monjes, pero tratando las grandes imágenes de bronce del Buda que hicieron a partir del siglo xv como repositorios de un poder inequívocamente mágico. Una y otra vez los reyes intentaron «purificar» y fortalecer la religión del pueblo importando monjes e imágenes de Ceilán. Pero hasta hoy la cultura budista de Tailandia sigue siendo idiosincrática. La influencia india ha sido profunda, pero se ha adaptado, como lo hizo en otros lugares en el sudeste de Asia, a las costumbres y al estilo de vida de los pueblos no indios para producir una civilización que ha permanecido durante mucho más de 1.000 años.

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

